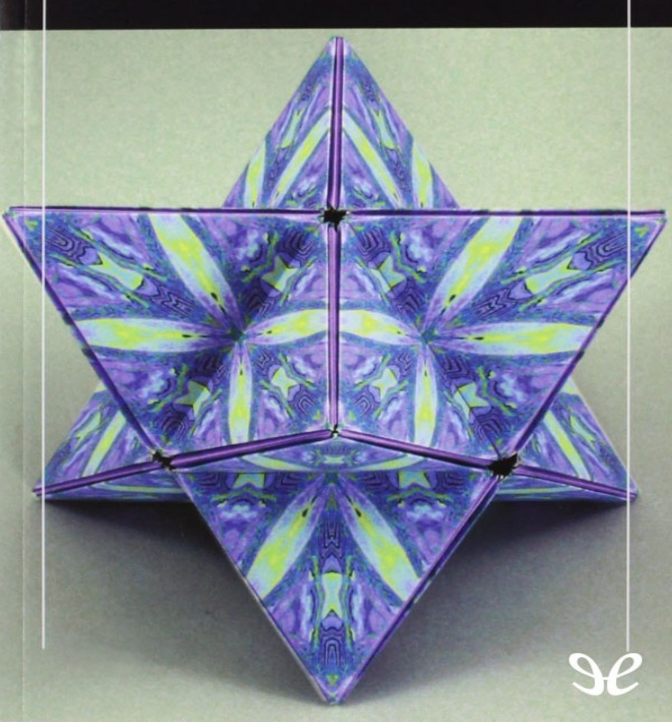
El joven Arquímedes

ALDOUS HUXLEY



Aldous Huxley (1894-1963) no es sólo el singularísimo autor de Viejo muere el cisne, creador de una nueva fórmula novelesca; es también, en cuanto narrador, y aparte de sus ensayos, biografías y libros de viaje, un admirable cuentista. Ducho en todas las dimensiones de la ficción, se mueve con pareja maestría tanto en los espacios abiertos de la gran novela como en los más exiguos de la nouvelle. Acierta del mismo modo al presentar una acción fraccionada, vista en cortes transversales, yendo y viniendo a través del tiempo, como en «El joven Arquímedes», y otros tres apasionantes relatos, de ritmo seguido y progresión continua.

Aldous Huxley

El joven Arquímedes

ALDOUS HUXLEY no es sólo el singularísimo autor de *Contrapunto* y de *Con los esclavos en la noria* —quizá sus obras más difundidas en castellano—, creador de una nueva fórmula novelesca; es también, en cuanto narrador, y aparte sus ensayos, biografías y libros de viaje, un admirable cuentista. Ducho en todas las dimensiones de la ficción se mueve con pareja maestría tanto en los espacios abiertos de la gran novela como en los más exiguos de la « *nouvelle*» . Acierta del mismo modo al presentar una acción fraccionada, vista en cortes transversales, yendo y viniendo a través del tiempo, como en los relatos de ritmo seguido y progresión continua.

Esto último podrá apreciarse cabalmente mediante la versión, por vez primera a nuestro idioma, de las cuatro novelas cortas que en este volumen recopilamos. *El joven Arquímedes* procede de *Little Mexican* (1924); *Los Claxtons* y *La cura de reposo*, de *Brief Candles* (1930); *El Monóculo*, de *Mortal Coils* (1922). Tales libros, junto con *Limbo* (1920) y *Two or three Graces* (1926) integran su producción de relatos breves publicados hasta el día.

Por ahora hemos de limitarnos a estas meras indicaciones bibliográficas. Las frondosas perspectivas, los múltiples problemas que ofrece a granel el arte novelesco de Aldous Huxley, desde sus comienzos en *Crome Yellow* (1921) (traducida con el título *Los escándalos de Crome*) hasta *Con los esclavos en la noria* (1936), pasando por la utopía *Un mundo feliz* (1932) y deteniéndose en la que sigue siendo su obra maestra, *Contrapunto* (1928), son tan vastos que fuera imposible exponerlos aquí esquemáticamente. Igual dificultad se presentaría al intentar analizar sus libros de ensayos, desde el primero, *On the Margin* (1923) hasta *Fines y medios* (1938) y la evolución de sus ideas, desde el escepticismo de Pilatos burlón (*Jesting Pilate*), 1926 (título de su libro de la vuelta al mundo) hasta el misticismo pacifista, con toques de neobudismo y de primitivo cristianismo, que Huxley defiende actualmente.

Coyuntura más adecuada para la exposición y análisis de arte y del pensamiento huxleyano habrá de ofrecérnosla próximamente la publicación, en esta misma serie, de una selección de sus ensayos. Por el momento, para no retrasar el deleite que estas breves novelas proporcionarán al lector, anticipemos

que en ellas están cabalmente contenidas las mejores virtudes de Aldous Huxley: su virtuosismo narrativo, su buida ironía, aun más, su implacable «*sense of humour*», sin contar atributos de gracia y amenidad, de ligereza y pensamiento simultáneamente, según cumple a un autor en quien —según ya fue escrito—, se complementan y equilibran una naturaleza poética y una cultura científica.

Guillermo de Torre

EL JOVEN ARQUÍMEDES

FUÉ la vista lo que nos decidió a alquilarla. Es cierto que la casa tenía sus inconvenientes. Estaba bastante lejos de la ciudad y no tenía teléfono. El alquiler era excesivamente caro y los desagües deficientes. En las noches de viento, cuando los vidrios mal colocados hacían en las maderas de las ventanas un ruido terrible como el de los ómnibus de hotel, la luz eléctrica, por algún misterioso motivo, se apagaba invariablemente y uno se quedaba en ruidosa oscuridad. Había un espléndido cuarto de baño; pero la bomba eléctrica, destinada a llevar el agua de los tanques a la terraza, no funcionaba. Puntualmente, en el otoño, el pozo de agua potable se secaba. Y nuestra casera mentía y era una tramposa.

Pero éstas son las pequeñas desventajas de todas las casas alquiladas, en todo el mundo. Para Italia no eran tan graves. He visto muchas casas que las tenían con cien más, sin poseer las compensadoras ventajas de la nuestra: la orientación al sur del jardín y la terraza para el invierno y la primavera, las amplias y frescas habitaciones al abrigo del calor estival, el aire de lo alto de la colina, la ausencia de mosquitos, y, por último, la vista.

¡Y qué vista! O más bien, ¡qué sucesión de vistas! Cambiaban cada día; y sin moverse de la casa se tenía la impresión de un perpetuo cambio de decoración: todos los encantos del viaje sin ninguno de sus inconvenientes. Había días de otoño en que todos los valles estaban llenos de neblina y las crestas de los Apeninos emergían, oscuras, de un liso lago blanco. Había días en que esa niebla invadía nuestras alturas y en que estábamos envueltos en un blando vapor en donde los olivos color de bruma, que bajaban, ante nuestras ventanas, hacia el valle, desaparecían, fundidos, se diría, en su propia esencia; y las dos únicas cosas firmes y definidas del pequeño mundo vago en que estábamos confinados eran los dos altos cipreses negros que se elevaban sobre una pequeña terraza en saliente a unos cien pies cuesta abajo. Se levantaban negros, agudos y sólidos, gemelas columnas de Hércules en el confín del mundo conocido; y más allá sólo había nubes pálidas y alrededor nebulosos olivares.

Eso era los días de invierno; pero había días de primavera y otoño, días invariablemente sin nubes o —más deliciosos todavía— variados por las enormes masas de vapor flotante que, nevadas sobre las lejanas cimas tocadas de nieve, desenvolvían gradualmente contra el brillante cielo azul pálido, enormes gestos heroicos. Y en lo alto del cielo, las colgaduras hinchadas de aire, los cisnes, los mármoles aéreos, desbaratados e inacabados por dioses hartos de creación casi antes de formarlos, vagaban adormecidos, a impulsos del aire, cambiando de forma con el movimiento. Y el sol aparecía y desaparecía detrás de ellos; y tan pronto la ciudad, allá en el valle, se esfumaba y casi desaparecía en la sombra, y semejante a una inmensa joya cincelada entre las colinas resplandecía con brillo propio. Y mirando a través del más cercano valle tributario que descendía bajo

nuestra cuesta serpenteando hacia el Amo, y por sobre el lomo oscuro del monte en cuyo extremo promontorio se elevaban las torres de la iglesia de San Miniato, se veía el enorme domo aéreo, suspendido en su armazón de albañilería, el cuadrado campanil, la aguda flecha de Santa Croce, y la torre endoselada de la Signoria, levantándose encima del intrincado laberinto de casas, diversas y brillantes, como pequeños tesoros esculpidos en piedras preciosas… Sólo un instante, pues pronto su brillo se esfumaba otra vez, y el destello viajero no llegaba, entre las lejanas colinas azul índigo, más que a dorar una única cima.

Había días en que el aire estaba mojado de lluvia pasada o próxima, y en que todas las distancias parecían acortarse milagrosamente claras. Los olivos se destacaban uno a uno en las distantes laderas; las aldeas lejanas eran deliciosas y patéticas como pequeños y exquisitos juguetes. Había días de verano, días de tormenta amenazante, en que, luminosas y soleadas sobre un fondo de masas hinchadas negras y púrpuras, las colinas y las casas blancas brillaban como con un fulgor efímero, con un muriente fulgor, al borde de una horrible catástrofe.

¡Cómo cambiaban las colinas! Cada día y cada hora del día casi, eran distintas. Había momentos en que mirando por sobre la planicie de Florencia no se veía más que una silueta azul oscuro contra el cielo. El cuadro no tenía hondura; era sólo un cortinaje suspendido, sobre el que estaban pintados sin relieve los símbolos de las montañas. Y luego, casi de golpe con el pasar de una nube, o cuando el sol había declinado a un cierto nivel del firmamento, la escena plana se transformaba; y donde antes había sólo una cortina pintada, ahora había filas y filas de montes, en tonos y tonos desde el pardo, o gris, o verde oro hasta el lejano azul. Formas que hasta ese momento estaban fundidas indistintamente en una sola masa, ahora se descomponían en sus elementos. Fiesole, que había sido sólo un soporte del Monte Morello, ahora se revelaba como la cabeza saliente de otro sistema de montes, separado del baluarte más próximo, de sus vecinos mayores, por un profundo valle sombrío.

Al mediodía, en los ardores del verano, el paisaje se hacía oscuro, polvoriento, vago y casi descolorido bajo el sol de mediodía; los montes desaparecían entre las franjas temblorosas de cielo. Pero, al avanzar la tarde, surgía de nuevo el paisaje, perdía su anonimía, salía de la nada volviendo a la forma y a la vida. Y esa vida, a medida que el sol declinaba, declinaba lentamente en la larga tarde, se hacía más suntuosa, más intensa momento por momento. La luz horizontal, con su acompañamiento de sombras alargadas y oscuras, desnudaba, por decirlo así, la anatomía del terreno; los montes —cada escarpadura occidental brillante, y cada pendiente opuesta al sol hundida en sombra— se volvían macizos, proyectándose en sólido relieve. Aparecían, en el suelo liso en apariencia, hoyuelos y pequeños pliegues. Al este de nuestra cresta, borrando la planicie del Erna, un gran pico lanzaba su sombra, que se agrandaba sin cesar; entre el brillo vecino del valle una ciudad entera yacía eclipsada. Y al

expirar el sol en el horizonte, mientras las colinas más distantes se enrojecían con su luz ardiente hasta que sus flancos iluminados tenían el color de rosas tostadas, los valles se colmaban con la bruma azul de la tarde. Y esa bruma subía y subía; el fuego se apagaba en los vidrios de las laderas habitadas; sólo las cimas ardían todavía, pero todas también se apagaban por fin. Las montañas al palidecer se entremezclaban y se fundían en una pintura plana de montañas contra el cielo pálido de la tarde. Un poco más y era de noche; y si la luna estaba llena, un fantasma de la escena muerta revivía en los ámbitos.

Cambiante en su belleza, el vasto paisaje conservaba siempre una cualidad humana y doméstica que lo hacía, al menos a mi modo de ver, el mejor de los paisajes para convivir. Día por día uno recorría sus diversas bellezas, pero el viaje, como el Gran Viaje por Europa de nuestros antepasados, era siempre un viaje en la civilización. Pues con todas sus montañas, sus declives a pico y sus hondos valles, el paisaje toscano está dominado por sus habitantes. Han cultivado hasta el más pequeño pedazo de suelo posible; sus casas profusamente esparcidas hasta en los declives se unen a los valles populosos. Solitario en la cima de un monte, no se está, sin embargo, en un desierto. Las huellas del hombre cubren el suelo y ya —lo descubrimos con alegría al abarcarlo en una mirada— por siglos, por miles de años ha sido suyo, sumiso, domado y humanizado. Las vastas landas desiertas, las arenas, los bosques de árboles innumerables, son lugares para visitas ocasionales, saludables al espíritu que se somete por un tiempo no muy largo. Pero influencias demoníacas y también divinas pueblan esas completas soledades. La vida vegetativa de plantas y cosas es extraña y hostil al hombre. Los hombres no pueden vivir tranquilos sino donde han dominado lo que los rodea y donde sus existencias acumuladas son más numerosas e importantes que la de las próximas vidas vegetales. Despojado de sus bosques oscuros, plantado, dispuesto en terrazas y cultivado casi hasta la cima de sus montes, el paisaje toscano es seguro y humanizado. Los que a veces lo habitamos somos presa del deseo de un lugar solitario, inhumano, sin vida, o poblado sólo de vida extraña. Pero ese deseo se satisface pronto, y uno se alegra de volver al sumiso paisaje civilizado.

Yo consideré esta casa en lo alto el sitio ideal para vivir. Porque ahí, seguro en medio de un paisaje humanizado, se está solo sin embargo; se puede estar tan solitario como uno quiera. Vecinos cercanos que uno no ve nunca son los vecinos ideales.

Nuestros vecinos más próximos, próximos físicamente, vivían muy cerca. Teníamos dos series de ellos, en realidad, casi en la misma casa, con nosotros. Una era la familia campesina que habitaba un largo edificio bajo, medio casa habitación, medio caballerizas, galpones y establo de vacas, agregados a la quinta.

Nuestros otros vecinos —vecinos intermitentes, porque no se aventuraban a

dejar la ciudad sino de tarde en tarde, cuando el tiempo era perfecto— eran los propietarios de la villa, que se habían reservado la pequeña ala de la enorme casa en forma de L —unas doce habitaciones apenas— dejándonos las dieciocho o veinte restantes.

Era una curiosa pareja la de nuestros caseros. Un viejo marido, encanecido, distraído, tembleque, de unos setenta años; y una señora de unos cuarenta, baja, regordeta, con manos y pies diminutos y un par de enormes ojos muy negros, que manejaba con la destreza de una comediante de nacimiento.

Su vitalidad, si hubiera sido posible encauzarla y hacerla realizar trabajo útil, habría suplido de luz eléctrica a toda una ciudad. Los físicos hablan de extraer energía del átomo; sacarían mayor provecho sin buscar tan lejos descubriendo alguna manera de utilizar esas enormes provisiones de energía vital que acumulan las mujeres desocupadas de temperamento sanguíneo y que en el presente estado imperfecto de organización social y científica se emplean en general tan deplorablemente; interviniendo en asuntos ajenos, armando escenas emocionales, pensando en el amor y haciéndolo y fastidiando a los hombres hasta el punto de impedirles continuar sus tareas.

La *signora* Bondi se desembarazaba de su energía superflua, entre otras cosas, «envolviendo» a sus inquilinos. El viejo señor, que era un antiguo negociante de reputación intachable, no estaba autorizado a hacer tratos con nosotros. Cuando vinimos a visitar la casa, fue la señora quien nos la enseñó. Fue ella la que con gran despliegue de encanto, con irresistible revoloteo de ojos, se explayó en los méritos del lugar, cantó loas a la bomba eléctrica, glorificó el cuarto de baño (en vista de él, el alquiler era, insistió, verdaderamente bajo), y cuando sugerimos llamar un perito para examinar la casa, nos rogó encarecidamente, como si nuestro bienestar fuera su sola preocupación, no gastar tan superfluamente nuestro dinero en una cosa innecesaria. Después de todo —dijo— somos personas honradas. Yo no soñaría en alquilarles la casa si no estuviera en perfecta condición. Tengan confianza. —Y me miró con una expresión apenada y suplicante en sus magníficos ojos, como pidiéndome que no la insultara con mi grosera desconfianza. Y sin dejarnos tiempo a llevar más lejos lo de los peritos, empezó a asegurarnos que nuestro hijito era el ángel más hermoso que había visto. Al terminar la entrevista con la *signora* Bondi, estábamos completamente decididos a tomar la casa.

—¡Qué mujer encantadora! —dije al salir. Pero creo que Elizabeth no estaba enteramente de acuerdo conmigo.

Después empezó el episodio de la bomba.

Al anochecer de nuestra llegada a la casa abrimos el conmutador de la electricidad. La bomba hizo un ruido ronco muy profesional; pero no salió ni una gota de agua de las canillas del baño. Nos miramos llenos de dudas.

¿Mujer encantadora? Elizabeth arqueó las cejas. Pedimos una entrevista; pero

sucedía siempre que el viejo caballero no podía recibirnos y que la *signora* invariablemente estaba indispuesta o había salido. Dejamos unas líneas; quedaron sin respuesta. Al fin, nos dimos cuenta de que el único medio de comunicarnos con nuestros caseros, que vivían en la misma casa que nosotros, era bajar a Florencia y enviarles una carta certificada por expreso. Para recibirla estaban obligados a firmar dos recibos separados, y, si queríamos pagar cuarenta céntimos más, otro documento inculpatorio, que se nos devolvía después. No había medio de alegar, como sucedía con las cartas o notas ordinarias, que la comunicación no había sido recibida. Empezamos, al fin, a recibir contestaciones a nuestros reclamos. La *signora*, que escribía todas las cartas, empezó diciéndonos que naturalmente la bomba no funcionaba, porque las cisternas estaban vacías a causa de la larga sequía. Tuve que andar tres millas hasta el correo para certificar mi carta recordándole que había habido una violenta tormenta sólo el miércoles pasado, y que los tanques en consecuencia se habían llenado hasta más de la mitad. Vino la respuesta; en el contrato no garantizaba el agua para baños; y si yo la deseaba ¿por qué no había hecho examinar la bomba antes de alquilar la casa? Otra caminata a la ciudad para preguntar a la *signora* de al lado si no recordaba su ruego de que tuviéramos confianza en ella y para informarla de que la existencia de un cuarto de baño en una casa era en sí una garantía de agua para bañarse. La respuesta fue que la *signora* no podía continuar en correspondencia con personas que le escribían tan groseramente. Después de todo eso puse el asunto en manos de un abogado. Dos meses más tarde se cambió la bomba. Pero nos vimos obligados a enviar a la dama un exhorto judicial antes de que cediera. Y los gastos fueron considerables.

Un día, hacia el final del episodio, encontré al viejo caballero en el camino, paseando su inmenso perro —o más bien, paseado por el perro. Pues el viejo debía ir en la dirección que el perro quería. Y cuando se detenía a olfatear o arañar el suelo, o a dejar contra una verja su carta de visita o un injurioso desafío, pacientemente, a la extremidad de la correa, el viejo tenía que esperar.

Pasé y lo dejé atrás parado en un lado del camino, a unos centenares de metros de nuestra casa. El perro olfateaba las raíces de uno de los cipreses gemelos que crecían a cada lado de la entrada de una granja; oí al animal gruñir indignado, como si oliera un intolerable insulto. El viejo *signor* Bondi esperaba, atado a su perro. Las rodillas dentro los pantalones grises, tubulares, se doblaban ligeramente. Apoyado en su bastón, contemplaba tristemente el paisaje con mirada vaga. El blanco de sus ojos viejos era descolorido, como bolas de billar usadas. En el rostro grisáceo de profundas arrugas, su nariz era de un rojizo dispéptico. Su bigote blanco, como serruchado y amarillento en los bordes, caía hacia abajo en curva melancólica. En la corbata negra llevaba un grueso brillante; tal vez eso era lo que la *signora* Bondi encontraba más atrayente.

Me quité el sombrero al acercarme. El viejo me miró con aire vago, y

solamente se dio cuenta de quién era cuando ya casi había pasado.

—¡Espere —gritó detrás de mí—, espere! Y se apresuró a bajar el camino en mi seguimiento. Tomado completamente de sorpresa, y en posición desventajosa —porque estaba ocupado en devolver la afrenta impresa en las ramas del ciprés — el perro se dejó llevar.

Asombradísimo para hacer otra cosa que obedecer, siguió a su dueño.

—¡Espere!

Esperé.

—Mi querido señor —dijo el anciano, asiéndome por la solapa de la chaqueta, y echándome a la cara un aliento desagradable—, quiero disculparme. —Miró a su alrededor, como temeroso de que aún, en ese lugar solitario alguien pudiera oír sus palabras—. Quiero disculparme —prosiguió—, acerca de ese miserable asunto de la bomba. Le aseguro que si hubiera dependido sólo de mí, la hubiera arreglado tan pronto como usted lo pidió. Usted tiene razón; un baño es una tácita garantía de agua. Desde el primer momento me di cuenta de que no teníamos ninguna probabilidad de ganar el asunto si se planteaba ante la justicia. Y además, pienso que se debe tratar a los inquilinos tan generosamente como sea posible. Pero a mi mujer —bajó la voz— el hecho es que le agradan esa clase de asuntos, aun sabiendo que no tiene razón y que perderá el pleito. Y además, esperaba, sin duda, que usted, cansado de reclamaciones, haría al fin el trabajo por su cuenta. Desde el principio le dije que cediera; pero no quiso oír nada. ¿Qué quiere usted?, eso la entretiene. Ahora se ha convencido de que hay que hacerlo. En dos o tres días tendrán ustedes el agua para su baño. Pero he pensado que me gustaría decirle cuanto… —Pero el *maremmano*, que ya se había repuesto de la sorpresa sufrida, dio un brinco de repente y gruñendo disparó cuesta arriba. El viejo señor trató de sujetar el animal, tirando de la correa, se tambaleó y vencido se dejó arrastrar—… Cuánto lamento —continuó, mientras se alejaba—, que ese pequeño malentendido… —Pero era inútil—. Adiós —sonrió cortésmente, hizo un gesto de súplica, como si de pronto recordara una cita urgente, y no tuviera tiempo de entrar en explicaciones—. Adiós. —Se descubrió y se dejó llevar por el perro.

Una semana después el agua empezó a correr de veras y al día siguiente de nuestro primer baño la *signora* Bondi, vestida de raso gris tórtola, y luciendo todas sus perlas, vino a visitarnos.

—¿Están hechas las paces, ahora? —preguntó con una franqueza encantadora, mientras nos daba la mano.

Se lo aseguramos, y así era por nuestra parte.

—Pero ¿por qué han escrito ustedes esas cartas tan terriblemente descorteses? —dijo, fijando en mí una mirada de reproche que debía despertar la contrición del pecador más endurecido—. Y luego, ese pleito, ¿cómo ha *podido* usted? A una señora…

Tartamudee algo sobre la bomba y nuestra necesidad de bañarnos.

—¿Pero cómo pretendían que yo escuchara nada dicho en ese tono? ¿Por qué no tratar las cosas de otro modo, cortésmente, de una manera seductora?

Me sonrió y bajó sus párpados inquietos.

Me pareció mejor cambiar la conversación. Es desagradable cuando uno tiene razón sentir que lo quieren hacer a uno culpable.

Algunas semanas más tarde recibimos una carta —debidamente certificada; por expreso— en la cual la *signora* nos preguntaba si pensábamos renovar el contrato (que era sólo por seis meses) y nos notificaba que en caso afirmativo aumentaría el alquiler en un 25 por ciento, en consideración a las mejoras que habían sido ejecutadas. Nos dimos por bien servidos, después de mucho negociar, de poder renovar el contrato por un año con sólo un aumento del 15 por ciento.

Principalmente por la vista aceptamos esa explotación intolerable. Pero teníamos otras razones, a los pocos días de habitarla, para gustar de la casa. De esas razones, era la más poderosa, que en el hijo menor del campesino descubrimos el compañero ideal de juegos de nuestro hijito.

Entre el pequeño Guido —tal era su nombre— y el menor de sus hermanos había una diferencia de seis o siete años. Los dos mayores trabajaban en el campo con su padre; después de la muerte de la madre, dos o tres años antes de conocerlos, la hermana mayor manejaba la casa, y la menor, que acababa justamente de dejar el colegio, la ayudaba y en las horas libres vigilaba a Guido, quien no necesitaba ya mucha vigilancia: contaba de seis a siete años, y era tan precoz, tan seguro y tan lleno de responsabilidad como lo son en general los hijos de los pobres, entregados a sí mismos desde que empiezan a andar.

Aunque era dos años y medio mayor que el pequeño Robin —y en esa edad treinta meses están rellenos con la experiencia de la mitad de una vida— Guido no se aprovechaba indebidamente de la superioridad de su inteligencia y de su fuerza. No he visto nunca un niño más paciente, tolerante y menos tiránico. Nunca se reía de Robín y de sus torpes esfuerzos para imitarle en sus prodigiosas hazañas; no fastidiaba ni atemorizaba a su compañerito, más bien lo ayudaba cuando lo veía en apuros y le explicaba aquello que no podía entender. Robín lo adoraba, mirándolo como el modelo del perfecto Muchacho Grande, y servilmente lo imitaba en todo lo posible.

Estos esfuerzos de Robin para imitar a su compañero eran, a menudo, bastante cómicos. Pues por una oscura ley psicológica, las palabras y las acciones serias en sí mismas se vuelven ridículas al ser imitadas; y cuanto más exacta es la copia, si la imitación es una parodia deliberada, más ridícula resulta, pues ninguna imitación exagerada de alguien conocido nos hace reír como la perfecta imitación casi exacta al original. La mala imitación no es risible sino cuando es una muestra de sincera y seria adulación que no cuaja enteramente. Las imitaciones de Robin eran de esta clase, en su mayoría. Sus heroicos y

desgraciados esfuerzos para ejecutar las proezas fuertes y hábiles que Guido llevaba a cabo fácilmente eran de una exquisita comicidad. Y sus largas y prolijas imitaciones del modo de ser y de las maneras de Guido no eran menos divertidas. Las más risibles, porque estaban hechas seriamente y de modo inesperado por parte del imitador, eran las tentativas de Robin de imitar un Guido pensativo. Éste era un niño reflexivo sujeto a súbitas abstracciones. Uno lo encontraba, a veces, solo en un rincón, la barbilla en la mano, el codo en la rodilla, sumergido, al parecer, en profunda meditación. Y a veces, aun en medio de sus juegos se detenía de pronto y se quedaba de pie con las manos detrás, el entrecejo fruncido y mirando al suelo. Cuando esto sucedía, Robin se asustaba y se ponía inquieto. Con asombrado silencio, miraba a su compañero.

—Guido, —le solía decir suavemente—, Guido. —Pero Guido generalmente estaba demasiado preocupado para contestarle; y Robin, no atreviéndose a insistir, se deslizaba a su lado, y tomando como podía la actitud de Guido —parado napoleónicamente, con las manos cruzadas a la espalda, o sentado en la postura del Lorenzo el Magnífico de Miguel Ángel— trataba él también de meditar. Cada dos segundos volvía sus vivos ojos azules hacia el niño mayor para ver si su actitud era correcta. Pero al minuto empezaba a impacientarse; la meditación no era su fuerte.

—Guido —volvía a llamar, más alto— ¡Guido! —Y lo tomaba de la mano tratando de arrastrarlo. A veces Guido sacudía su ensueño y volvía al juego interrumpido. A veces no prestaba atención. Melancólico, perplejo, Robin se veía obligado a ir a jugar solo y Guido continuaba inmóvil sentado o de pie; y sus ojos, si uno los miraba bien, eran bellos en su grave y pensativa calma.

Eran grandes ojos muy separados, y, —cosa extraña en un niño italiano de cabellos oscuros— de un pálido y luminoso azul grisáceo. No siempre eran graves y quietos, como en los momentos pensativos. Cuando jugaba o charlaba o reía, se iluminaban y la superficie de esos lagos claros y pálidos de meditación, parecía en cierto modo agitada con olas brillantes de sol. Sobre esos ojos se levantaba una frente amplia y alta, de una curva que era como la curva sutil de un pétalo de rosa. La nariz era recta, la barba pequeña y algo puntiaguda, la boca de comisuras caídas, un poco triste.

Tengo una instantánea de los dos niños sentados juntos en el parapeto de la terraza. Guido está casi de frente, pero mirando de lado y hacia abajo; sus manos cruzadas sobre los muslos y su expresión, su actitud son graves, meditativas. Es el Guido abstraído en uno de esos trances en que solía caer, aun en plena risa y juegos, de manera absoluta e inesperada, como si de pronto se le hubiera metido en la cabeza irse y hubiera dejado el hermoso cuerpo silencioso abandonado, como una casa vacía, esperando su vuelta. Y a su lado está sentado el pequeño Robin, tratando de mirarlo, con el rostro un poco desviado de la máquina, pero delatando su risa la curva de la mejilla; una de sus manecitas levantada está

tomada en el momento de un ademán, la otra ase la manga de Guido, como si le incitara a jugar con él, y las piernas colgando del parapeto están fijadas por la mirada indecisa del aparato en mi impaciente ajetreo, en el momento de dejarse caer al suelo y escaparse para jugar al escondite en el jardín. Todas las características principales de ambos niños están en la pequeña instantánea.

—Si Robin no fuera Robin, —solía decir Elizabeth—, casi desearía que fuera Guido.

Y aun entonces, cuando yo no tenía particular interés en el niño, era de su parecer. Guido me parecía uno de los niños más interesantes que había visto.

No éramos los únicos en admirarlo. La *signora* Bondi, que en los intervalos de curiosidad que había entre nuestras querellas venía a visitarnos, hablaba de él constantemente.

—¡Un niño tan hermoso, tan hermoso! —decía con entusiasmo—. Es una lástima que sea hijo de campesinos que no pueden vestirlo bien. Si fuera mío, lo vestiría de terciopelo negro, o con un pantaloncito blanco y un jersey tejido de seda blanco con una lista roja en el cuello y los puños; o quizá un traje blanco de marinero sería bonito y en el invierno un abrigo de piel, con un gorro de piel de ardilla, y botas rusas tal vez… —Se dejaba llevar por la imaginación—. Y le dejaría crecer el pelo, como a un paje, y se lo rizaría un poquito en las puntas. Y un cerquillo sobre la frente. Todo el mundo se volvería a mirarlo si lo llevaba conmigo a la Vía Tornabuoni.

Lo que usted desea, le hubiera querido decir, no es un niño: es una muñeca de cuerda o un mono sabio. Pero no se lo dije, en parte porque no encontraba la palabra italiana equivalente a muñeca de cuerda y en parte porque no quería correr el riesgo de que me aumentaran de nuevo el alquiler en un 15 por ciento.

—¡Ah, si yo tuviera un varoncito como ése! —suspiraba, entornando los párpados, modestamente.

—Adoro los niños, a veces pienso en adoptar uno, es decir, si mi marido me lo permitiese.

Yo pensaba en el pobre señor que se dejaba arrastrar por su gran perro blanco y sonreía interiormente.

—Pero no sé si me lo permitiría —continuaba la *signora*—. No sé si lo permitiría… —y se quedaba silenciosa un momento, como si examinara una idea nueva.

Unos días después, estábamos sentados en el jardín después del almuerzo tomando nuestro café y el padre de Guido en vez de pasar y saludarnos con una inclinación de cabeza, como de costumbre, y con el jovial buenos días, se detuvo y empezó a conversar. Era un hombre hermoso, no muy alto, pero bien proporcionado, vivo, de movimientos elásticos y lleno de vida. Tenía un fino rostro moreno, con las facciones de un romano, iluminado por un par de los más inteligentes ojos grises que yo haya visto. Casi brillaban con demasiada

inteligencia, cuando, y eso acontecía a menudo, trataba con una apariencia de perfecta franqueza y de infantil inocencia de sacar algo o de envolverlo a uno. Complaciéndose en sí misma, esa inteligencia brillaba de malicia. El rostro podía ser ingenuo, impávido, casi imbécil en su expresión, pero los ojos en esas ocasiones lo traicionaban completamente. Ya uno sabía al verlos brillar así que había que ponerse en guardia.

Hoy, sin embargo, no tenían esa luz peligrosa. No quería sacarnos nada, nada de valor: sólo un consejo —artículo, él lo sabía bien, que muchas personas dan encantadas. Pero quería consejo en algo que para nosotros era un asunto algo delicado: sobre la *signora* Bondi. Carlos se había quejado de ella con frecuencia.

—El viejo es bueno —nos decía— muy bondadoso, es la verdad. —Lo que significaba, sin duda, entre otras cosas, que se dejaba engañar fácilmente Pero su mujer… Bueno, la mujer era una mala bestia. Y nos contaba cuentos de su rapacidad insaciable: pedía siempre más de la mitad de la cosecha, que, según la ley, es lo que corresponde al propietario. Se quejaba de sus sospechas: lo acusaba constantemente de malos manejos, de robo —a él, se golpeaba el pecho, a él, el alma de la honradez—. Se quejaba de su ciega avaricia: no quería gastar en el abono necesario, no quería comprarle otra vaca, ni quería instalar luz eléctrica en los establos.

Le manifestamos nuestra simpatía, pero con prudencia, sin dar una opinión decisiva. Los italianos son maravillosos para hablar sin comprometerse; no dirán ni una palabra al interesado hasta estar absolutamente ciertos que esa palabra es justa y necesaria y, ante todo, perfectamente segura. Habíamos vivido bastante entre ellos para no imitar su prudencia. Lo que dijéramos a Carlos estábamos seguros que tarde o temprano llegaría a oídos de la *signora* Bondi. No se ganaba nada con agriar innecesariamente nuestras relaciones con la señora —solamente perder, quizá, otro quince por ciento.

Hoy no eran quejas sino perplejidad. La *signora* le había mandado buscar, parecía, para preguntarle qué diría él de un ofrecimiento —todo era hipotético en el capcioso estilo italiano—: adoptar al pequeño Guido. El primer impulso de Carlos había sido decir que eso no le agradaba; pero esa contestación lo hubiera comprometido de modo grosero. Había preferido decir que lo pensaría. Y ahora nos pedía un consejo.

—Haga lo que le parezca mejor —fue, en efecto, lo que contestamos. Pero le dimos a entender de una manera velada, aunque precisa, que a nuestro parecer la *signora* Bondi no sería una buena madre adoptiva para el niño. Y Carlos se inclinaba a convenir en ello. Además, quería mucho al niño.

—Pero la cuestión es —concluyó con tristeza— que si realmente se le ha metido en la cabeza tener al chico, no dejará nada por hacer para tenerlo. Nada.

Él también, se veía muy bien, hubiera querido, que los físicos se ocuparan de las mujeres desocupadas sin hijos pero de temperamento sanguíneo, antes de

tratar de emprenderla con el átomo. Sin embargo, pensaba yo, mientras se alejaba a grandes pasos por la terraza, entonando poderosamente una canción con estentóreo acento, hay ahí fuerza y vida suficiente en esos miembros elásticos, tras esos brillantes ojos grises, para sostener una seria lucha aun con las acumuladas fuerzas vitales de la *signora* Bondi.

Fue algunos días después de este incidente cuando mi gramófono y dos o tres cajones de discos llegaron de Inglaterra. Fue un gran recurso para nosotros en nuestra montaña, que nos proporcionó lo único que faltaba a esta soledad tan espiritualmente fértil —perfecta isla de robinsones suizos—: la música. No se oye mucha música en Florencia en esta época. Los tiempos en que el Dr. Buney podía recorrer Italia, escuchando una interminable sucesión de óperas, sinfonías, cuartetos, cantatas —todas nuevas—, ya pasaron. Pasados los tiempos en que un docto músico, sólo inferior al Reverendo Padre Martini de Bolonia, podía admirar los cantos campesinos y lo que tamborileaban y rascaban en sus instrumentos de músicos ambulantes.

He viajado semanas por la península sin oír ni una nota que no fuera *Salomé* o la canción fascista. Ya que no poseen otra riqueza que haga la vida agradable o soportable, las metrópolis del Norte tienen la riqueza de la música. Es, tal vez, el único atractivo que puede hallar un hombre razonable para habitar en ellas. Los otros atractivos —alegría organizada, gente, conversación variada, placeres mundanos ¿qué son, después de todo, sino un gasto del intelecto que nada recibe en cambio? Y luego el frío, la oscuridad, la suciedad, la humedad, la inmundicia… No, donde la necesidad solamente puede retenerlo a uno no puede haber otro halago que la música. Y la música, gracias al ingenioso Edison, se puede llevar ahora en una caja y sacarla en cualquier soledad que uno quiera visitar. Se puede vivir en Benin, o en Nuneaton, o en Tozeur en el Sahara, y oír cuartetos de Mozart, o selecciones del *Clave bien temperado*, o la Quinta Sinfonía, el quinteto con clarinete de Brahms y los motetes de Palestrina.

Carlos, que había bajado a la estación con su carro y su mula a buscar el cajón, estaba interesadísimo en el aparato.

—Oiremos música otra vez —decía, mirándome desembalar el gramófono y los discos—. Es difícil hacerla uno mismo.

Sin embargo, pensaba yo, él se arregla para hacer bastante. En las noches cálidas solíamos oírlo tocar la guitarra y cantar suavemente, sentado a la puerta de su casa; el chico mayor tocaba en falsete la melodía en el mandolín y a veces toda la familia hacía coro, y la oscuridad se llenaba con el acento apasionado de sus voces. Cantaban, principalmente, canciones de Piedigrotta, y las voces resbalaban ligadas nota a nota, subían con pereza o se lanzaban de pronto en suspiros enfáticos de un tono a otro. A distancia y bajo las estrellas el efecto no era desagradable.

—Antes de la guerra —prosiguió— en épocas normales —y Carlos tenía la

esperanza, y hasta la creencia, de que las épocas normales volverían y de que la vida sería pronto tan fácil y barata como antes de la catástrofe—, yo acostumbraba escuchar óperas en el Politeama. ¡Ah, eran magníficas! Pero ahora cuesta cinco liras la entrada.

—Demasiado caro —yo asentía.

—¿Tiene *Il Trovatore*? —preguntaba.

Sacudí la cabeza.

—¿*Rigoletto*?

—Creo que no.

—¿*La Boheme, Fanciulla del West, Pagliacci*?

Yo seguía decepcionándolo.

—¿Tampoco *Norma*? ¿Y el *Barbiere*?

Puse Battistini en « *La ci darem*» de *Don Giovanni.*

Convino en elogiar el canto; pero se veía que la música no le satisfacía. ¿Por qué? No le fue fácil explicarlo.

—No se parece a *Pagliacci* —dijo por fin.

—No es palpitante —asentí.

Y reflexioné que ésa es realmente la diferencia entre palpitante y no palpitante y que en eso se separa el gusto musical moderno del antiguo. La corrupción de lo mejor, pensé, es lo peor. Beethoven enseñó a la música a palpitar con su pasión espiritual e intelectual. Desde entonces no ha cesado de palpitar, pero con la pasión de hombres inferiores. Indirectamente, pensé, Beethoven es responsable de *Parsifal, Pagliacci* y del *Poema del Fuego*; más indirectamente de *Sansón y Dalila* y de « *Ivy, cling to me*» . Las melodías de Mozart pueden ser brillantes, memorables, contagiosas; pero no palpitan, no lo sujetan a uno entre suspiros y lágrimas, no llevan al auditorio a éxtasis eróticos.

Para Carlos y sus hijos mayores, mi gramófono, me temo, fue una decepción. Eran demasiado corteses para decirlo abiertamente; dejaron, simplemente, al cabo de los dos primeros días de interesarse por el aparato y su música. Preferían la guitarra y su propio canto.

Guido, al contrario, estaba interesadísimo. Y le gustaban, no los bailes alegres, a cuyos ritmos vivaces Robin marchaba dando vueltas y marcando el paso como todo un regimiento de soldados, sino la música genuina. El primer disco que oyó, recuerdo, fue el del movimiento lento del Concierto de Bach en re menor para dos violines. Ése fue el primer disco que puse, apenas Carlos me dejó. Me parecía, en cierto modo, la pieza más musical con que refrescar mi espíritu tan sediento de música —la bebida más clara y más fresca. Comenzaba a iniciarse el ritmo y se ponía en movimiento desarrollando sus puras y melancólicas bellezas, de acuerdo con las leyes de la lógica intelectual más exigentes, cuando los dos niños, Guido primero y el pequeño Robin siguiéndolo sin aliento, hicieron

ruidosa irrupción en la pieza, entrando de la *loggia*.

Guido se detuvo ante el gramófono, y se quedó inmóvil, escuchando. Sus ojos, de pálido azul grisáceo, se abrieron desmesurados, y, con un pequeño gesto nervioso que ya había notado antes, se tiró el labio inferior apretando el pulgar y el índice. Debió de haber hecho una profunda aspiración; porque noté que después de escuchar por algunos segundos espiró vivamente, y aspiró una nueva dosis de aire. Me miró un instante —mirada interrogadora, entusiasta, asombrada —, se rio con una risa que se volvió un estremecimiento nervioso, y se volvió hacia la fuente de esos maravillosos sonidos. Imitando servilmente a su amigo mayor, Robin se había colocado también ante el gramófono, en idéntica postura, echando de vez en cuando una mirada a Guido, para asegurarse de que la copia era fiel, hasta el gesto de tirarse el labio. Pero al cabo de un minuto se cansó.

—Soldados —me dijo, volviéndose hacia mí—. Como en Londres. —Recordaba los *ragtimes* y las alegres marchas alrededor del cuarto.

Puse un dedo en mis labios.

—Después —murmuré. Robin pudo quedarse quieto y silencioso otros veinte segundos. Luego asió a Guido por el brazo gritando:

—*Vieni, Guido*! Soldados, *soldati. Vieni giuocare soldati!*

Por primera vez vi a Guido impacientarse.

—*Vai!* —dijo con enojo pegando a Robin en la mano y empujándolo con rudeza. Y se aproximó más al aparato como para resarcirse escuchando más intensamente de lo que había perdido con la interrupción.

Robin lo miró atónito. Nunca había pasado nada semejante. Luego rompió a llorar y vino a mí en busca de consuelo.

Cuando la querella se apaciguó —y Guido, sinceramente arrepentido, volvió a ser tan bueno como sabía serlo, cuando la música se detuvo y su espíritu ya libre pudo pensar en Robin— le pregunté qué pensaba de la música. Me dijo que era hermosa. Pero *bello* en italiano es una palabra vaga, que se dice con demasiada frecuencia para que signifique algo.

—¿Qué te ha gustado más? —insistí. Porque parecía haber gozado tanto que yo tenía curiosidad de saber qué era lo que realmente prefería.

Quedó silencioso un momento, con el ceño fruncido, pensando. —Bueno —dijo al fin—, me gusta la parte que era así. —Y tarareó una larga frase—. Y también otras cosas que cantaban al mismo tiempo —se interrumpió—, que cantaban así ¿qué eran?

—Se llaman violines —le dije.

—Violines. —Bajó la cabeza—. Bueno. El otro violín hacía así. —Volvió a tararear—. ¿Por qué uno no los puede cantar al mismo tiempo? ¿Y qué hay en la caja? ¿Por qué hace ese ruido? —Las preguntas se sucedían en sus labios.

Le contesté lo mejor que pude, mostrándole las espirales grabadas en el disco, la púa, el diafragma. Le hice recordar cómo vibra la cuerda de la guitarra

al ser apretada; el sonido es un sacudimiento del aire, le dije, y traté de explicarle cómo esos sacudimientos se imprimen en el disco negro. Guido me escuchaba gravemente, asintiendo con la cabeza de vez en cuando. Tuve la impresión que había comprendido perfectamente lo que le decía.

A todo esto, el pobre Robin estaba tan tremendamente aburrido, que me dio lástima, y mandé a los dos a jugar al jardín. Guido se fue, obedeciendo, pero me di cuenta que hubiera preferido quedarse dentro oyendo música. Un poco después, al mirar afuera, estaba escondido en lo más sombrío, bajo el gran laurel, rugiendo como un león, y Robin riéndose un poco nervioso —como si temiera que el horrible ruido pudiera ser, después de todo, el rugido de un verdadero león— blandía un palo, con el que buscaba entre el matorral, gritando: —¡Sal, sal de ahí! ¡Quiero tirar y atraparte!

Después del almuerzo, cuando Robin subió a dormir su siesta, apareció Guido.

—¿Puedo ahora escuchar la música? —preguntó. Y por una hora se sentó frente al aparato, con la cabeza inclinada de lado, escuchando mientras yo ponía un disco tras otro.

Desde entonces vino todas las tardes. Pronto conoció toda mi colección de discos, tenía sus preferencias y sus antipatías y podía pedir lo que deseaba oír tarareando el tema principal.

—Ése no me gusta —decía del *Till Eulenspiegel*, de Strauss—. Se parece a lo que cantamos en casa. No es exactamente igual ¿verdad?… pero se parece bastante. ¿Comprende? —Nos miraba con un aire perplejo y lleno de ansiedad como pidiéndonos que lo comprendiéramos y librarse así de nuevas explicaciones. Asentimos. Guido prosiguió—: Y, además —decía—, el final no parece salir, como es debido, del principio. No es como el que oí la primera vez. —Tarareó uno o dos compases del movimiento lento del Concierto en re menor de Bach.

—No es —repliqué— como cuando se dice: A todos los niños les gusta jugar. Guido es un niño. Entonces a Guido le gusta jugar.

Frunció el ceño.

—Sí, quizá sea eso —dijo al fin—. El primero que usted puso es más bien eso. Pero —añadió con un celo extraordinario de la verdad— a mí no me gusta tanto jugar como a Robin.

Wagner era una de sus antipatías, también Debussy. Cuando puse el disco de uno de los *Arabesques*, me dijo:

—¿Por qué repite y repite la misma cosa? Debía decir algo nuevo, o seguir, o hacer algo grande. ¿No encuentra algo distinto? —Pero su crítica fue severa con el *Après-midi d'un faune*.

—Las cosas tienen hermosas voces —dijo.

Mozart le encantaba. El dúo de *Don Juan*, que su padre encontró poco palpitante, encantaba a Guido. Pero prefería los cuartetos y los trozos de

orquesta.

—Me gusta más la música que el canto —decía.

A mucha gente, pensaba yo, le gusta más el canto que la música; se interesan más en el ejecutante que en lo que ejecuta, y encuentran la orquesta impersonal menos emocionante que el solista. El tocar del pianista es el rasgo humano, y el do de la soprano es la nota personal. Es por el interés de este rasgo y de esta nota por lo que el auditorio colma las salas de concierto.

Guido, sin embargo, prefería la música. Es verdad que también le gustaban «*La ci darem*» y «*Deh, vieni alla finesta*», pensaba que «*Che soave zefiretto*» era tan encantador que todos los conciertos debían empezar con él. Pero prefería lo otro. Una de sus favoritas era la obertura de *Fígaro*. Hay un pasaje casi al principio, en que los primeros violines se elevan a lo más alto de su encanto; cuando la música llegaba a ese punto, sorprendía una sonrisa que se acentuaba y brillaba en el rostro de Guido, aplaudía y se reía de placer en alta voz.

En el otro lado del disco estaba grabada la obertura de *Egmont*, de Beethoven. Casi le gustaba más que la de *Fígaro*.

—Tiene más voces —explicaba. Me encantó lo sagaz de la crítica; porque es precisamente la riqueza de orquestación lo que hace a *Egmont* superior a *Las bodas de Fígaro*.

Pero lo que le conmovía más que nada era la obertura de *Coriolano*. El tercer movimiento de la Quinta Sinfonía, el segundo de la Séptima, el lento del *Concerto Emperador*, rivalizaban con *Coriolano*, pero nada lo excitaba tanto. Un día me lo hizo repetir tres o cuatro veces seguidas; luego lo puso a un lado.

—Me parece que ya no quiero oírlo más…

—¿Por qué?

—Es demasiado… demasiado… —titubeaba—, demasiado grande —dijo al fin—. Realmente no lo entiendo. Ponga el que dice así —tarareó una frase del Concierto en re menor.

—¿Te gusta más? —le pregunté.

Sacudió la cabeza.

—No, exactamente. Pero es más fácil.

—¿Más fácil? —Me parecía un término raro para aplicar a Bach.

—Lo entiendo mejor.

Una tarde, mientras estábamos en medio de nuestro concierto, se presentó la *signora* Bondi. Empezó en seguida a llenar de caricias al niño; lo besó, le palmeó la cabeza, y le hizo los cumplidos más exagerados sobre su figura. Guido se apartó de ella.

—¿Te gusta la música? —le preguntó.

El niño asintió.

—Creo que tiene mucha disposición —dije—, de todos modos tiene un oído

maravilloso y un don para escuchar y analizar que nunca había visto en un niño de esa edad. Desearíamos alquilar un piano para que aprendiera.

Unos instantes después me reproché el franco elogio del niño, porque la *signora* Bondi empezó a protestar y decir que si ella lo pudiera educar le pondría los mejores maestros, haría de él un gran músico —y por añadidura, un niño prodigio. Estoy seguro, que ya se veía, sentada maternalmente, vestida de raso negro y adornada de perlas, próxima al gran Stinway, mientras el angélico Guido vestido como el pequeño Lord Fauntleroy tocaba Liszt o Chopin, haciendo las delicias de un apretado auditorio. Ella veía los ramos y demás complicados tributos florales, oía los aplausos y las pocas palabras bien elegidas con que los maestros, conmovidos hasta el llanto, saludaban la revelación del pequeño genio. Era, para ella, más importante que nunca la conquista del niño. Cuando se fue la *signora* Bondi, Elizabeth observó:

—La has puesto terriblemente ávida. Será mejor decirle, la próxima vez que venga, que te has equivocado y que el muchacho no tiene el talento musical que pensabas.

El piano llegó a su debido tiempo. Después de dar a Guido un mínimum de conocimientos preliminares, le permití tocar. Empezó sacando en el piano las melodías que había oído, reconstruyendo la harmonía en que están basadas. Después de algunas lecciones, comprendió los rudimentos de la música y pudo leer a primera vista, aunque lentamente, un pasaje sencillo. Todo el proceso de la lectura le era, sin embargo, desconocido; conocía las letras, pero nadie le había enseñado a leer frases y ni aun palabras.

Aproveché la oportunidad, la primera vez que volví a ver a la *signora*, para asegurarle que Guido me había defraudado. No tenía, en verdad, ningún talento musical. Demostró pena al oírlo, pero me di cuenta de que no me creía en absoluto. Probablemente creyó que nosotros también teníamos interés en el niño, y queríamos guardar al niño prodigio, privándola de lo que ella consideraba como un derecho feudal. Pues ¿no eran sus gentes, después de todo? Si alguien tenía que aprovechar con la adopción del niño, debía ser ella.

Diplomáticamente, con mucho tacto, reanudó sus negociaciones con Carlos. El muchacho, le aseguró, tenía genio. Se lo había dicho el caballero extranjero, y era una clase de persona que sabía de esas cosas. Si Carlos le permitía adoptar el niño, ella lo haría estudiar. Sería un gran músico y lo contratarían en la Argentina y los Estados Unidos, en París y en Londres. Ganaría millones y millones como Caruso, por ejemplo. Le explicó que parte de esos millones serían para él. Pero antes de enriquecerse el niño tenía que estudiar. El estudio era costoso. En su propio interés y en el de su hijo, debía dejarla hacerse cargo del niño. Carlos le contestó que lo pensaría y volvió a pedirnos consejo. Le sugerimos que en todo caso le convenía esperar un poco y ver si el muchacho adelantaba.

Hacía grandes progresos, a pesar de mis afirmaciones a la *signora* Bondi.

Todas las tardes, mientras Robín dormía, venía a su concierto y a su lección; sus deditos adquirían fuerza y agilidad. Pero lo que más me interesaba era que empezaba a componer piececitas. Algunas las escribí al oírselas y aún las conservo. La mayoría, cosa rara, me parecía entonces, eran clásicas. Tenía pasión por lo clásico. Cuando le expliqué los principios de esa forma, quedó encantado.

—Es hermoso —decía admirado—. ¡Hermoso, hermoso, y tan fácil!

Quedé sorprendido. No son los cánones tan manifiestamente sencillos. Desde entonces pasaba la mayor parte del tiempo componiendo cánones para su propio entretenimiento. Eran a menudo notablemente ingeniosos. Pero en la composición de otra clase de música no se mostró tan fecundo como yo esperaba. Compuso y armonizó uno o dos aires solemnes como himnos, con algunas piezas más ligeras del tipo de marchas militares. Como composiciones de una criatura eran extraordinarias; todos solemos ser genios hasta los diez años. Pero yo había esperado que Guido seguiría siendo genio a los cuarenta; en cuyo caso lo que era extraordinario para un niño normal no era bastante extraordinario para él. No es un Mozart, conveníamos, volviendo a tocar sus piezas. Yo sentía, lo confieso, casi un resentimiento. No valía la pena preocuparse por algo menos importante que un Mozart.

No era un Mozart, no, pero era alguien, y debía llegar a descubrirlo, casi tan extraordinario.

Hice este descubrimiento una mañana, al principio del verano. Estaba trabajando, sentado a la sombra tibia de nuestro balcón que mira al norte. Guido y Robín jugaban abajo en el jardincito. Absorbido en mi trabajo, supongo, sólo me di cuenta del poco ruido que hacían los niños, después de un prolongado silencio. No se sentían ni gritos ni corridas: sólo una tranquila conversación. Sabiendo por experiencia que cuando los niños están quietos es porque se ocupan en algo prohibido, me levanté y miré por sobre la balaustrada lo que hacían. Esperaba verlos chapoteando agua, o encendiendo un fuego o cubriéndose de alquitrán. Pero lo que vi fue a Guido que, con un palo tiznado, demostraba sobre las piedras lisas de la vereda que el cuadrado construido sobre la hipotenusa de un triángulo rectángulo es igual a la suma de los cuadrados construidos sobre los dos otros lados.

Arrodillado en el suelo, dibujaba con la punta de su palo quemado sobre el piso. Y Robin, arrodillado, por imitación a su lado, empezaba, se veía, a impacientarse un poco con ese juego tan tranquilo.

—Guido —le dijo. Pero Guido no hizo caso. Frunciendo el ceño, pensativo, continuó su diagrama—. ¡Guido! —El más pequeño de los dos se inclinó y encogió el cuello para poder mirar de abajo arriba el rostro de Guido—: ¿Por qué no dibujas un tren?

—Después —dijo Guido—. Pero quiero, primero, mostrarte esto. ¡Es tan

hermoso! —agregó con tono engañador.

—Pero yo quiero un tren —insistió Robin.

—En seguida. Espera un momento. —El tono era casi suplicante. En un minuto Guido concluyó sus diagramas.

—¡Ya está! —dijo triunfalmente, levantándose para mirarlos—. Ahora te voy a explicar.

Y empezó a demostrar el teorema de Pitágoras, no como Euclides, sino por el método más sencillo y satisfactorio que según todas las probabilidades empleó el mismo Pitágoras. Había dibujado un cuadrado que había seccionado, con un par de perpendiculares cruzadas, en dos cuadrados y dos rectángulos iguales. Dividió los dos rectángulos iguales por sus diagonales en cuatro triángulos rectángulos iguales. Los dos cuadrados resultan estar construidos sobre los lados del ángulo recto de esos triángulos. Eso era, el primer dibujo. En el siguiente, tomó los cuatro triángulos rectángulos en los cuales estaban divididos los rectángulos y los dispuso alrededor del cuadrado primitivo, de manera que sus ángulos rectos llenaran los ángulos de las esquinas del cuadrado, las hipotenusas en el interior y el lado mayor y menor de los triángulos como continuación de los lados del cuadrado (siendo iguales, cada uno, a la suma de esos lados). De este modo, el cuadrado primitivo está seccionado en cuatro triángulos rectos iguales y un cuadrado construido sobre su hipotenusa. Los cuatro triángulos son iguales a los dos rectángulos de la primera división. Resulta que el cuadrado construido sobre la hipotenusa es igual a la suma de dos cuadrados —los cuadrados de los dos catetos— en los cuales, con los rectángulos, fue dividido el primer cuadrado.

En un lenguaje muy poco técnico, pero claramente y con implacable lógica, Guido expuso su demostración. Robin escuchaba, con aire de total incomprensión en su rostro vivo y cubierto de pecas.

—*Treno* —repetía de vez en cuando—. *Treno*, hazme un tren.

—En seguida —imploraba Guido—. Espera un momento. Pero mira esto; por favor. —Quería engatusarlo y conquistarlo.

—¡Es tan hermoso!, y ¡tan fácil!

Tan fácil… El teorema de Pitágoras parecía explicar las predilecciones musicales de Guido. No era un pequeño Mozart el que habíamos protegido; era un pequeño Arquímedes, que como la mayoría de sus congéneres, tenía también una inclinación por la música.

—*Treno, treno!* —gritaba Robin, inquietándose más y más a medida que proseguía la explicación. Y como Guido insistiera en continuar su demostración, se enojó—: *Cativo Guido!* —gritaba, y empezó a darle puñetazos.

—Bueno —dijo Guido resignado—. Te voy a hacer un tren —y con su palo quemado se puso a garabatear las piedras.

Yo seguí mirando en silencio. No era un tren muy notable. Guido podía inventar, él solo, el teorema de Pitágoras y demostrarlo, pero no valía gran cosa

como dibujante.

—¡Guido! —lo llamé. Los dos niños se volvieron a la vez levantando los ojos —. ¿Quién te ha enseñado a dibujar esos cuadrados? —No era imposible que alguien le hubiera enseñado eso.

—Nadie. —Sacudió la cabeza. Luego, ansiosamente, como si temiera que hubiera algo malo en dibujar cuadrados, prosiguió disculpándose y explicándome —. ¿Verdad? —dijo— me parecía tan hermoso. Porque aquellos cuadrados —señaló los dos pequeños cuadrados de la primera figura— son del mismo tamaño que éste. E indicando el cuadrado sobre la hipotenusa en la segunda, me miró con una conciliadora sonrisa.

Asentí.

—Sí, es muy hermoso —le dije—; en verdad, muy hermoso.

Una expresión de alivio y contento apareció en su rostro; se rio de alegría. —Mire, es así —prosiguió satisfecho con iniciarme en el glorioso secreto que había descubierto—: cortan esos dos largos cuadrados —quería decir rectángulos— en dos rebanadas. Entonces hay cuatro rebanadas, iguales, porque, porque —¡oh, he debido decirlo antes!— porque esos cuadrados son iguales, porque esas líneas, vea…

—Pero yo quiero un tren —protestó Robin.

Inclinado sobre el balcón, miraba yo los niños, allá abajo y pensaba en la cosa extraordinaria que acababa de ver y en lo que significaba.

Pensaba en las enormes diferencias entre seres humanos. Clasificamos los hombres por el color de sus ojos y de su pelo, por la forma de sus cráneos. ¿No sería mejor dividirlos en especies intelectuales? Habrá siempre un más ancho abismo entre los extremos tipos mentales que entre un bosquimano y un escandinavo. Este niño, pensaba, cuando crezca, será, comparado conmigo, lo que un hombre es comparado con un perro. Y hay otros hombres y mujeres que son casi perros comparados conmigo.

Tal vez los hombres de genio son los hombres verdaderos. En toda la historia de la raza humana sólo ha habido algunos miles de verdaderos hombres. Y el resto de nosotros ¿qué somos? Animales capaces de aprender. Sin la ayuda de los verdaderos hombres, no habríamos descubierto casi nada. Casi todas las ideas que nos son familiares nunca se les hubieran ocurrido a espíritus como los nuestros. Si se siembra en ellos, la semilla germina, pero nuestro espíritu habría sido incapaz de engendrarlas.

Hay naciones enteras de perros, pensaba yo, épocas enteras en las que no ha nacido ni un Hombre. De los pesados egipcios recogieron los griegos la dura experiencia y reglas empíricas para hacer ciencias. Pasaron más de mil años antes que Arquímedes tuviera un sucesor que se le pareciera. No ha habido más que un Buda, un solo Jesús, un solo Bach cuyo nombre nos haya quedado, un solo Miguel Ángel.

¿Será una pura casualidad que nazca un Hombre de tiempo en tiempo? ¿Qué será lo que produce toda una constelación de ellos en una misma época y en un mismo pueblo?

Taine creía que Leonardo, Miguel Ángel y Rafael nacieron en ese momento porque la época estaba madura para grandes pintores y el paisaje italiano estaba en armonía. En boca de un francés racionalista del siglo diecinueve, resulta esta doctrina extrañamente mística; no por eso tal vez menos cierta. ¿Pero coma explicar los que nacen fuera de su tiempo? Blake, por ejemplo. ¿Cómo explicarlos?

Este niño —pensaba yo— ha tenido la suerte de nacer en una época en la que podrá emplear útilmente sus capacidades. Encontrará a mano los métodos analíticos más perfeccionados; tendrá detrás de sí una prodigiosa experiencia. Supongamos que hubiera nacido en la época de los monumentos megalíticos; hubiera podido consagrar toda su vida a descubrir los rudimentos, a adivinar vagamente lo que ahora podría probar, quizá. Nacido en la época de la conquista normanda, hubiera tenido que luchar con todas las dificultades preliminares creadas por un simbolismo inadecuado; le hubiera tomado años, por ejemplo, aprender el arte de dividir MMMCCCCLXXXVIII por MCMXIX. En cinco años, ahora, aprenderá lo que han necesitado generaciones de Hombres para descubrir. Y yo pensaba en la suerte de todos los Hombres que nacieron tan lamentablemente a destiempo, sin poder llevar a término nada o muy poco de algún valor. Si Beethoven hubiera nacido en Grecia, pensaba, hubiera tenido que contentarse con tocar sencillas melodías en la flauta o la lira; en ese clima intelectual le hubiera sido casi imposible imaginar la naturaleza de la armonía.

Habiendo dibujado trenes, los niños, en el jardín habían pasado al juego de los ferrocarriles. Daban vueltas trotando; con las mejillas infladas y alargando la boca como querubín que simboliza el viento. Robin hacía puf-puf y Guido lo sujetaba por la blusa, arrastrando los pies detrás de él y silbando. Corrían, se volvían atrás, paraban en estaciones imaginarias, se encarrilaban por desvíos, franqueaban con estrépito los puentes, se metían ruidosamente en los túneles, y tenían sus choques y descarrilamientos. El joven Arquímedes parecía tan feliz como el pequeño bárbaro de cabellos rubios. Unos minutos antes se había ocupado del teorema de Pitágoras. Ahora, silbando infatigablemente, corriendo por rieles imaginarios, se sentía feliz de retroceder y avanzar sobre los canteros, entre los pilares de la *loggia*, dentro y fuera de los negros túneles del laurel. El hecho de que uno vaya a ser un Arquímedes no impide ser entretanto un niño animado. Yo pensaba en ese raro talento diferente y separado del resto de la mente, independiente casi de la experiencia. El niño prodigio típico es músico o matemático; los otros talentos maduran lentamente bajo la influencia de la experiencia emocional y crecen. Hasta los treinta años Balzac no dio pruebas sino de ineptitud; pero a los cuatro el joven Mozart ya era músico, y algunos de

los mejores trabajos de Pascal fueron realizados antes de los veinte años.

En las semanas siguientes, yo alternaba las lecciones de piano con lecciones de matemáticas. Eran más que lecciones sugestiones, indicación de métodos, dejando al niño desarrollar sus ideas. Así le hice conocer el álgebra, haciéndole una nueva demostración del teorema de Pitágoras. En esa demostración, se traza una perpendicular de lo alto del ángulo recto sobre la hipotenusa, y partiendo de la base de que los dos triángulos así formados son semejantes entre ellos y al triángulo primitivo, y que sus lados homólogos son en consecuencia proporcionales, se demuestra algebraicamente que c^2+d^2 (los cuadrados de los otros dos lados) es igual a a^2+b^2 (los cuadrados de los dos segmentos de la hipotenusa) +2ab; cuyo total, como se puede demostrar con facilidad geométricamente, es igual a $(a+b)^2$, o sea al cuadrado construido sobre la hipotenusa. Guido quedó tan encantado con los rudimentos del álgebra, como si le hubiera regalado una locomotora a vapor, con un calentador de alcohol para la caldera; más encantado, tal vez, porque la máquina se podía romper, y, quedando siempre igual, hubiera en cualquier caso perdido su atractivo, mientras que los rudimentos de álgebra se agrandaban y florecían en su mente con una exuberancia infalible. Cada día descubría algo que le parecía exquisitamente bello; el nuevo juguete tenía posibilidades ilimitadas.

En los intervalos que nos dejaba la aplicación del álgebra al segundo libro de Euclides, hacíamos pruebas con círculos; plantamos bambúes en la tierra endurecida por la sequía y medimos la sombra en distintas horas del día, sacando de esas observaciones sensacionales conclusiones. A veces, para entretenernos, cortábamos y doblábamos hojas de papel para hacer cubos y pirámides. Una tarde apareció Guido trayendo cuidadosamente en sus pequeñas y sucias manos un endeble dodecaedro.

—*É tanto bello!* —decía mientras lo mostraba, y cuando le pregunté cómo lo había hecho, se contentó con sonreír y decir que ¡había sido tan fácil! Miré a Elizabeth y me reí. Pero hubiera sido más simbólicamente conveniente —me parecía— ponerme en cuatro patas, remover la prolongación espiritual de mi coxis y ladrar para expresar mi sorprendida admiración.

Fue un verano excepcionalmente caluroso. Al empezar el mes de julio nuestro pequeño Robin, poco habituado a temperatura tan elevada, empezó a ponerse pálido y cansado; estaba distraído, había perdido su energía y su apetito. El doctor aconsejó aire de montaña. Decidimos pasar diez o doce semanas en Suiza. Mi regalo de despedida a Guido fueron los seis primeros libros de Euclides en italiano. Volvió las páginas mirando extasiado los diagramas.

—Si yo pudiera leer bien —decía—; soy tan estúpido. Pero ahora me pondré a aprender seriamente.

Desde nuestro hotel en Grindelwald le enviamos en nombre de Robin varias

postales con vacas, picos alpinos, chalets suizos, edelweiss y cosas por el estilo. Sin recibir respuesta; pero tampoco la esperábamos. Guido no podía escribir y no había motivo para que su padre o sus hermanas se molestasen en escribir por él. No hay noticias, pensamos, buenas noticias. Y un día, al empezar setiembre llegó al hotel una extraña carta. El administrador la había colocado bajo el cristal del tablero del *hall*, de manera que los huéspedes pudieran verla, y la reclamara el que se creyera destinatario. Pasando para ir a almorzar, Elizabeth se detuvo a mirar.

—Pero, si debe ser de Guido —dijo.

Fui y miré, por sobre su hombro. No tenía estampilla y estaba negra con los sellos de correo. Escritas con lápiz, las grandes e indecisas mayúsculas cubrían el sobre. En la primera línea se leía: AL BABBO DI ROBIN, y seguía una versión disfrazada del nombre del sitio y del hotel. Alrededor de la dirección, asombrados empleados de correo habían garabateado supuestas correcciones. La carta había vagado, a lo menos por una quincena, atrás y adelante por la faz de Europa.

«Al *babbo* de Robin. Al padre de Robin». Me reí. ¡Una hazaña de los carteros traerla hasta aquí! Me fui a la administración, probé la justicia que tenía para reclamar la carta y, habiendo pagado los cincuenta céntimos de multa por la falta de franqueo, abrieron la caja y me la entregaron. Fuimos a almorzar.

—La letra es magnífica —convinimos, riendo, mientras examinábamos de cerca la dirección.

—Gracias a Euclides —agregué—. Esto resulta de engolfarse en la pasión dominante.

Pero cuando abrí el sobre y vi el contenido, dejé de reír. La carta era breve y casi telegráfica en su estilo. SONO DALLA PADRONA, decía, NON MI PIACE HA RUBATO IL MIO LIBRO NON VOGLIO SUONARE PIU VOGLIO TORNARE A CASA VENGA SUBITO GUIDO.

—¿Qué hay?

Alcancé la carta a Elizabeth.

—Esa maldita mujer se ha apoderado de él —dije.

* * *

Bustos de hombres con sombreros de anchas alas, ángeles anegados en lágrimas de mármol apagando antorchas, estatuas de niñitas, querubines, figuras veladas, alegorías e implacables realismos —los ídolos más extraños atrayendo las miradas y gesticulando mientras pasábamos. Trazadas indeleblemente en hierro e incrustadas en la roca viva, aparecen, bajo vidrio, las oscuras fotografías entre las cruces, los túmulos de piedra y las más humildes columnas tronchadas. Señoras difuntas, vestidas a la moda de hace treinta años —dos conos de raso

negro juntando los vértices en la cintura, y los brazos; una esfera hasta el codo, y más abajo un pulido cilindro—, sonríen tristemente en sus marcos de mármol; las caras sonrientes, las manos blancas, son los únicos rastros humanos reconocibles que emergen de la sólida geometría de sus trajes. Hombres de bigotes negros, hombres de barba blanca, jóvenes rasurados, miran o vuelven la mirada para mostrar su perfil romano. Criaturas en sus tiesos trajes de fiesta sonríen a la espera del pajarito que va a salir por la abertura de la cámara, sonriendo escépticamente porque saben que no va a salir, sonriendo trabajosa y obedientemente porque se les ha dicho que sonrían. En casitas góticas de mármol los ricos difuntos reposan privadamente; a través de puertas enrejadas se echa una mirada sobre pálidas Inconsolables que lloran. Genios desesperados guardan el secreto de la tumba. Las clases menos prósperas de la mayoría duermen en comunidad, abrigadas bajo losas lisas de mármol, y cada una cubre una tumba individual.

Estos cementerios continentales, pensaba, mientras Carlos y yo seguíamos nuestro camino entre los muertos, son más horrendos que los nuestros, porque estas gentes se ocupan más de sus muertos que nosotros. Este culto primordial del cadáver, esa tierna solicitud por su bienestar, que conducía a los antiguos a abrigar sus muertos bajo piedras, mientras ellos vivían entre muros de mimbre y bajo techos de paja, persiste aquí todavía; persiste, yo pensaba, con más vigor que entre nosotros. Hay aquí cien estatuas gesticulantes para una sola en un cementerio inglés. Hay más panteones de familia; están más «lujosamente dispuestos» (como se dice de los barcos y de los hoteles) que los que pueden encontrarse entre nosotros. Y hay fotografías incrustadas en cada lápida para recordar a los despojos pulverizados que reposan allá abajo qué forma deberán tomar el día del Juicio final; al lado de cada una cuelgan lamparitas que deben arder con optimismo el día de difuntos. Están más cerca que nosotros, pensé, del Hombre que construyó las Pirámides.

—¡Si hubiera sabido! —repetía Carlos— ¡si lo hubiera sabido! —Su voz me llegaba lejana a través de mis pensamientos—. Entonces nada le importaba. ¿Cómo podía adivinar que tomaría, luego, la cosa tan a pecho? ¡Y ella me ha engañado, me ha mentido!

Le aseguré una vez que él no tenía culpa. Sin embargo, la tenía en parte. En parte, también era la mía; hubiera debido pensar en esa posibilidad y haberla previsto de un modo u otro. Y él no debió dejar partir al niño, aunque fuera provisionalmente o a prueba, aunque la mujer lo hubiera presionado. Y la presión había sido considerable. Los hombres de la familia de Carlos habían trabajado por más de cien años en la misma tierra y ahora había obligado al viejo a amenazarlos con echarlos a la calle. Sería horrible verse obligados a partir; y además no se encontraría fácilmente dónde ir. Se le dio a entender, claramente, que si permitía a la *signora* adoptar el niño, podría quedarse. Por un poco de

tiempo al principio, para ver si el niño se hallaba bien. Nunca lo obligarían a quedarse contra su voluntad. Y todo sería para bien de Guido, y a fin de cuentas para su familia también. Lo que el inglés había dicho, de que no era tan buen músico como le había parecido primero, era una mentira evidente, pura envidia y estrechez de espíritu; el hombre que quería atribuirse el mérito de Guido; eso era todo. Y el muchacho, claro está, no aprendería nada con él. Lo que necesitaba era un verdadero maestro.

Toda la energía que, si los físicos supieran su obligación, habría puesto dínamos en movimiento, se puso en campaña. Empezó, intensivamente, apenas dejamos la casa. Pensó, sin duda, la *signora* que tendría más éxito en ausencia nuestra. Y además, era esencial tomar la oportunidad cuando se ofrecía y apoderarse del niño antes que nosotros hiciéramos nuestro ofrecimiento, porque para ella no cabía duda que nosotros deseábamos tener a Guido con igual entusiasmo.

Día tras día volvía a la carga. Después de una semana mandó a su marido a quejarse del estado de las viñas: estaban en un estado lamentable; había resuelto, o casi resuelto, despedir a Carlos. Sumiso, avergonzado, obedeciendo órdenes superiores, el viejo señor profirió sus amenazas. Al día siguiente la *signora* Bondi volvió al ataque. El *padrone*, declaró, estaba furioso; pero ella hacía lo posible, todo lo posible, para aplacarlo. Y después de una pausa significativa se puso a hablar de Guido.

Al fin Carlos cedió. La mujer era demasiado persistente y tenía muchos triunfos en la mano. El chico podía ir y estar con ella uno o dos meses a prueba. Si deseaba seriamente quedarse con la *signora*, entonces podría adoptarlo en forma.

Aceptando la idea de ir a una playa —la *signora* Bondi le dijo que irían a una playa— Guido se puso loco de contento. Le había oído algo del mar a Robin. «*Tanta acqua*». Le parecía de tan bueno casi imposible. Y ahora él iría a ver esa maravilla. Y muy contento dejó a los suyos.

Pero cuando se acabaron las vacaciones junto al mar, y la *signora* Bondi regresó a su casa de la ciudad, empezó a sentir nostalgia. La *signora*, en verdad, lo trataba con gran bondad, le compraba trajes nuevos, lo llevaba a tomar té en la Vía Tornabuoni y lo llenaba de pastas, helados de fresa, crema de Chantilly y chocolates. Pero le hacía estudiar el piano más de lo que Guido quería, y, lo que era peor, le quitó su Euclides, con el pretexto que le hacía perder tiempo. Y cuando dijo que quería volver a su casa, lo entretuvo con promesas y excusas y mentiras manifiestas. Le dijo que lo llevaría la semana siguiente, si era bueno y estudiaba bastante el piano mientras tanto, la semana próxima… Y cuando llegó el momento, que su padre no quería que volviera. Y la *signora* redoblaba sus mimos, le hacía costosos regalos y lo llenaba de comidas indigestas. Inútil. A

Guido no le gustaba su nueva vida, no quería hacer escalas, suspiraba por su libro, y deseaba ardientemente volver junto a sus hermanos. La *signora* Bondi, mientras tanto, confiaba en que el tiempo y los chocolates harían que el niño se apegara a ella; y para tener la familia a distancia, escribía a Carlos cada dos o tres días cartas fechadas en la playa (se tomaba el trabajo de enviarlas a una amiga, que las reexpedía a Florencia), en las cuales hacía un cuadro encantador de la felicidad de Guido.

Fue entonces cuando Guido me escribió su carta. Abandonado, supuso, por su familia —porque el hecho de que no vinieran a verlo estando tan cerca probaba esa hipótesis— debió ver en mí su única y última esperanza. Y la carta, con su fantástica dirección, había tardado una quincena en llegar. Una quincena debió parecerle cien años, y, sucediéndose los siglos gradualmente, sin duda, el pobrecito se convenció de que yo también lo había abandonado. Ya no había esperanza.

—Aquí es —dijo Carlos.

Alcé los ojos y me encontré ante un enorme monumento. En una especie de gruta cavada en los flancos de un monolito de piedra gris, el Amor Sagrado, en bronce, abrazaba una urna funeraria. Y con letras de bronce incrustadas en la piedra, se leía una larga leyenda exponiendo cómo el inconsolable Ernesto Bondi había levantado ese monumento a la memoria de su amada esposa Annunziata como testimonio de eterno amor al ser arrancado prematuramente de su lado y al que esperaba reunirse pronto bajo esa losa. Su primera esposa falleció en 1912. Pensé en el viejo atado a la correa de su perro blanco; siempre debió ser un marido extremadamente apegado a su mujer.

—Ahí lo han enterrado.

Nos quedamos largo rato en silencio. Sentí llenarse de lágrimas mis ojos al pensar en el pobre niño que yacía bajo tierra. Pensaba en aquellos graves y luminosos ojos, y en la curva de su hermosa frente, en la caída de la boca melancólica, en la expresión radiante del rostro cuando aprendía algo nuevo, o cuando oía la música que le gustaba. Y esa hermosa criatura había muerto; y el espíritu que habitaba esa forma, ese espíritu extraordinario, también había muerto antes de empezar a vivir.

Y la pena que debió preceder al último acto, la desesperación del niño, la convicción de su completo abandono, eran cosas terribles ¡terribles!

Ahora será mejor irnos, dije al fin, y toqué al brazo de Carlos. Estaba ahí, como un ciego, los ojos cerrados, el rostro un poco levantado hacia el cielo; de entre los párpados cerrados brotaban lágrimas, que por un instante quedaban suspendidas y rodaban luego por sus mejillas. Le temblaban los labios y se adivinaba que hacía un esfuerzo para no moverlos.

—¡Vamos! —repetí.

El rostro, que en la pena había estado inmóvil, se convulsionó de pronto; abrió

los ojos, que a través de las lágrimas brillaban con violenta cólera.

—¡La mataré —dijo— la mataré! ¡Cuando pienso que se ha tirado al vacío, por la ventana…! —Bajando las dos manos que levantaba sobre su cabeza, hizo un gesto violento, las detuvo con brusca sacudida sobre el pecho. Y luego, estremecido, estalló—: Es tan culpable como si lo hubiera empujado ella misma. ¡La mataré! —Y apretó los dientes.

Es más fácil montar en cólera que entristecerse; es menos doloroso. Es reconfortante pensar en la venganza.

—No hable así —le dije—. No es bueno. Es estúpido. ¿Y para qué? —Ya había tenido accesos parecidos cuando su pena desbordaba y había tratado de apartarla. La cólera era la puerta de escape más fácil. Ya había tenido yo que traerlo por la persuasión al camino más duro del dolor—. Es estúpido hablar así —le repetía, le repetía, y lo arrastraba por el laberinto horrible de las tumbas, en que la muerte parece aún más terrible.

Cuando salimos del cementerio y bajábamos de San Miniato hacia el Piazzale Michelangelo, se fue calmando. Su enojo se había fundido, otra vez, en la pena de la que había tomado su fuerza y su amargura. Nos detuvimos en el Piazzale por un momento para mirar la ciudad, en el Valle allá abajo. Era un día de nubes flotantes —formas grandiosas, blancas, grises, doradas— y entre ellas parches de un fino azul transparente. La linterna, que llegaba casi al nivel de nuestros ojos, revelaba la cúpula de la catedral en toda su ligera grandiosidad, sus vastas dimensiones y su fuerza aérea. En los innumerables techos pardos y rosados de la ciudad, el sol de la tarde reposaba blandamente, suntuosamente, y se diría que las torres estaban como barnizadas y esmaltadas de oro viejo. Pensé en todos los Hombres que allí habían vivido, dejando huellas visibles de su espíritu, y que habían concebido cosas extraordinarias. Pensé en el niño muerto.

LOS CLAXTON

QUÉ espiritual y bella vida llevaban los Claxton en su casita del *Common*! Hasta el gato era vegetariano —al menos oficialmente—, hasta el gato. Lo cual hacía de todo punto inexcusable la conducta de la pequeña Silvia. Porque Silvia era un ser humano y tenía seis años; mientras Pussy no era más que un gato y tenía sólo cuatro. Si Pussy se contentaba con legumbres y patatas y leche y un ocasional pedacito de manteca de nuez como postre —Pussy que tenía un tigre en la sangre — bien se podía esperar que Silvia se abstuviera de comer tocino a hurtadillas y menos en casa ajena. Lo que hacía al asunto tan especialmente doloroso a los Claxton era que había sucedido bajo el techo de Judith. Era la primera vez que después de su casamiento pasaban algunos días en casa de Judith. Martha Claxton tenía un poco de miedo a su hermana, miedo de su lengua, de su risa y de su irreverencia cortante. Y también, por su marido, tenía un poco de envidia del marido de Judith. Los libros de Jack Bamborough no sólo eran estimados; también producían dinero. Mientras que el pobre Herbert… «el arte de Herbert es demasiado *interior* —solía explicar su mujer—, demasiado espiritual para ser comprendido por la mayoría». Le dolía el éxito de Jack Bamborough; era demasiado rotundo. No le hubiera importado tanto que hubiera ganado millones a despecho del desdén de la crítica si con su aprobación no hubiera ganado un céntimo. Pero recibir alabanzas y mil libras al año —era demasiado. Un hombre no tiene derecho a sacar provecho de dos mundos, el material y el espiritual a la vez, mientras que Herbert nunca vendía nada y estaba totalmente olvidado. A despecho de todo eso había aceptado, al fin, la repetida invitación de Judith. Después de todo hay que querer a su hermana y al marido de su hermana. Además todas las chimeneas de la casa necesitaban una limpieza, y había que reparar el techo en los sitios por donde la lluvia penetraba. La invitación de Judith llegó muy oportunamente. Martha aceptó, Y entonces Silvia fue y cometió lo imperdonable. Al bajar al desayuno antes que los demás robó una tajada de la fuente de tocino con que sus tíos erróneamente comenzaban el día. La llegada de su madre le impidió comerla ahí mismo; tuvo que esconderla. Poco después, Judith al buscar algo en el mueblecito italiano incrustado vio un charquito de grasa seca en uno de los cajones, prueba elocuente del robo. Pasó el día sin que Silvia tuviera oportunidad de perpetrar el crimen comenzado. Sólo por la tarde mientras bañaban a su hermanito pudo tomar posesión de la rebanada de tocino, ahora seca, fría y pegajosa. Con la precipitación del culpable, subió a su cuarto y la escondió bajo la almohada. Cuando al fin se apagó la luz, se la comió. La traicionaron a la mañana siguiente las manchas de grasa y un pedazo del pellejo masticado. Judith se rio a carcajadas.

—Esto es como en el Jardín del Edén —balbuceó entre las explosiones de su alegría—. La carne del Cerdo de la ciencia del Bien y del Mal. Pero si tú *quieres*

rodear el tocino de misterio e imperativos categóricos ¿qué puedes esperar, mi querida Martha?

Martha siguió sonriendo con su acostumbrada sonrisa de suave y dulce mansedumbre. Pero en su fuero interno estaba furiosa; la niña los había puesto en ridículo ante Judith y Jack. Le hubiera querido dar unas buenas. Y en cambio —porque una no debe ser nunca dura con un niño, ni dejarle ver que está contrariada— habló a Silvia, le explicó; hizo un llamado a sus buenos sentimientos más con pena que con enojo.

—Tu papá y yo creemos que no se debe hacer sufrir a los animales cuando uno puede alimentarse con legumbres que no sufren.

—¿Y qué saben ustedes? —preguntó Silvia con maligna intención. Tenía el rostro afeado de rabia.

—Encontramos, querida, que no está bien —prosiguió Mrs. Claxton, sin tomar en cuenta la interrupción—. Y estoy segura que tú tampoco lo encontrarás, si te das cuenta. Piensa, tesoro; para hacer ese tocino ha habido que matar a un pobre lechoncito. *Matarlo*, Silvia. Piensa en eso. Un pobre inocente lechoncito que no había hecho mal a nadie.

—Pero yo detesto los cerdos —gritó Silvia. De pronto su aire retobado se volvió feroz; sus ojos, que estaban fijos y vidriosos con sordo despecho, brillaron oscuramente—. Los odio, los odio, los *odio*.

—Muy bien —dijo tía Judith, llegando en el momento más inoportuno, en pleno sermón—. Muy bien. Los cerdos *son* asquerosos. Por eso la gente los llama cerdos.

A Martha le alegró volver a su casita sobre el *Common* y a su hermosa vida, feliz de escapar a la risa burlona de Judith y al perpetuo reproche que veía en el éxito de Jack. En su casa era el ama, la dueña de los destinos familiares. Se encantaba repitiéndoles a los amigos que venían a visitarlos, con esa sonrisa que le era peculiar:

—Tengo la sensación, que a nuestro modo y en pequeña escala, hemos fundado Jerusalén en la verde y alegre Inglaterra.

El abuelo de Martha fue el fundador de la cervecería. La cerveza integral Postgate era un nombre familiar en Cheshire y Derbyshire. La parte de Martha en la fortuna de la familia era alrededor de setecientas libras al año. La espiritualidad y el desinterés de los Claxton eran flores de una planta económica cuyas raíces estaban bañadas en cerveza. Gracias a la sed de los trabajadores ingleses, Herbert podía emplear su tiempo y sus energías en vivir hermosamente en vez de trabajar para ganarse la vida. La cerveza y el hecho de haberse casado con Martha le permitían cultivar el arte y las religiones, distinguirse en este mundo material como un apóstol del idealismo.

—Es lo que se llama la división del trabajo —decía Judith riendo—. Hay gentes que beben y Martha y yo pensamos. Al menos pensamos que pensamos.

Herbert era uno de esos hombres que llevan invariablemente una mochila a la espalda. Hasta en Bond street, en las raras veces que iba a Londres, parecía que Herbert estaba listo a escalar el Mont Blanc, La mochila es un signo de espiritualidad. Para los modernos teutones o anglosajones de corazón puro y elevados pensamientos, el escándalo de la mochila es lo que el escándalo de la cruz era para los franciscanos. Cuando Herbert pasaba, con sus largas piernas y sus *knickerbockers*, su rostro encuadrado en su barba rubia como una llamarada, su mochila desbordando puerros y coles en la profusión requerida para alimentar una familia exclusivamente vegetariana, gritaban los muchachos de la calle y las muchachitas se morían de risa. Herbert se hacía el desentendido o si no brotaba en su barba una sonrisa de perdón, con humor estudiado. Todos tenemos que soportar nuestra mochila. Herbert llevaba la suya no sólo con resignación, sino audazmente, provocadoramente a la faz de los hombres; y junto con la mochila los otros símbolos de su diferencia, de la separación del resto de la vulgar y grosera humanidad —la barba disimuladora, los *knickerbockers*, la camisa a lo Byron. Estaba orgulloso de esa diferencia.

—¡Sé bien que nos encuentran ridículos! —repetía a sus amigos del craso mundo materialista—. Sé que se burlan de nosotros como de una pandilla de locos.

—Pero no, pero no —mentían amablemente los amigos.

—Y sin embargo si no hubiera sido por los locos —proseguía Herbert— ¿dónde estarían ustedes y qué harían? Estarían todavía azotando a los niños, torturando a los animales, ahorcando a la gente por robar un chelín, y cometiendo los horrores que se cometían en los buenos tiempos de antaño.

Estaba orgulloso, orgulloso; tenía conciencia de su superioridad. Y Martha también. A despecho de su bella sonrisa cristiana, estaba convencida de su superioridad. Esa sonrisa era el sello de su espiritualidad. Una versión benévola de la sonrisa de Mona Lisa, que arqueaba sus delgados labios exangües en una suave curva de gentil y misericordiosa caridad, que cubría la natural expresión malhumorada de su rostro con una especie de dulzura sin fundamento. Era el resultado de largos años de obstinado renunciamiento, de obstinada aspiración hacia la vida más elevada, de un £ amor consciente y determinado por la humanidad y sus enemigos. (Y para Martha, esos dos términos se identificaban: la humanidad, aunque por nada en el mundo lo hubiera confesado, era su enemiga. La sentía hostil y *por consiguiente* la amaba, consciente y concienzudamente; la amaba por la sencilla razón de que la odiaba).

Por fin, la costumbre había fijado esa sonrisa en su rostro inalterablemente. Y ahí brillaba inalterable, como los faros de un automóvil encendidos inadvertidamente, que continúan ardiendo en pleno día. Aun desconcertada o iracunda, cuando terca, con la terquedad de una mula luchaba por imponer su voluntad, la sonrisa persistía. Encuadrado en los *bandeaux* prerafaelista de su pelo

color ratón, su rostro pesado de palidez malsana continuaba iluminado incongruentemente por su amor misericordioso a la detestable humanidad entera, y sólo los ojos grises dejaban a veces traslucir un algo de las emociones que Martha reprimía con tanto cuidado.

Fueron su bisabuelo y su abuelo los que hicieron la fortuna de la familia. Su padre era ya por nacimiento y educación el caballero propietario. La cerveza no era en su vida más que un fondo económico provechoso para sus actividades más distinguidas de *sportsman*, de agricultor, de criador de caballos y de rododendros, de miembro del Parlamento y de los mejores clubes de Londres.

La cuarta generación estaba naturalmente madura para el Arte y el Pensamiento. Y a su debido tiempo, con toda puntualidad, Martha, ya adolescente, descubrió a William Morris y Mrs. Besant, descubrió a Tolstoi y a Rodin y la danza folklórica y a Lao-Tze. Resueltamente, con toda la energía de su fuerte voluntad se dispuso a la conquista de la espiritualidad, al sitio y la captura de la Vida Superior. Y con no menor puntualidad que su hermana, Judith adolescente descubrió la literatura francesa y tuvo ligero entusiasmo (porque estaba en ella ser ligera y alegre) por Manet y Daumier, y hasta en un momento dado por Matisse y Cézanne. A la larga la cervecería, conduce casi infaliblemente al impresionismo, a la teosofía o al comunismo.

Pero hay también otros caminos que conducen a las alturas espirituales; era por uno de esos otros caminos por donde Herbert había viajado. No había cerveceros en sus antepasados. Venía de una capa social más baja, o, al menos, más pobre. Su padre tenía una tienda de paños en Nantwich. Mr. Claxton era un hombre flaco y débil que gustaba de la discusión y de las cebollas en vinagre. La mala digestión le había agriado el carácter, y la conciencia crónica de su inferioridad lo había convertido en un revolucionario y en un mandón doméstico. En sus ocios leía libros socialistas y escépticos y vituperaba a su mujer, que se refugiaba en la religión no conformista. Herbert era un muchacho inteligente con un don para pasar exámenes. Trabajaba bien en la escuela. En su casa estaban orgullosos de él, porque era hijo único.

—Recuerden mis palabras —decía su padre, iluminado proféticamente en ese beatífico cuarto de hora entre el final de la cena y el comienzo de su dispepsia—, este muchacho hará algo notable. —Pocos minutos después, con los primeros síntomas y convulsiones de una digestión laboriosa, se ponía furioso con el muchacho, lo abofeteaba y lo echaba del cuarto.

Herbert no tenía disposición para el deporte, pero se vengaba de sus compañeros más atléticos con sus lecturas. Aquellas tardes en la biblioteca pública o en su casa en medio de los libros subversivos de su padre, en vez de estar en la cancha de fútbol, fueron el comienzo de su diferencia y superioridad. Martha lo conoció, entonces, con una diferencia política y una superioridad anticristiana. La superioridad de Martha era principalmente artística y espiritual;

y la personalidad más fuerte era la de ella: en poco tiempo el interés de Herbert por el socialismo se vio relegado a segundo término detrás del interés artístico; su anticlericalismo se tiñó de religiosidad oriental. Era de preverse.

Lo que no podía preverse era que se casaran, que se encontraran un día. No es tan fácil para los hijos de cerveceros terratenientes encontrarse y casarse con hijos de propietarios de casas de paños.

Los bailes Morris hicieron el milagro. Se encontraron en cierto jardín en los suburbios de Nantwich, donde Mr. Winslow, conferenciante de la Universidad Popular, presidía los serios zapateos y cabriolas de todo lo mejor de la juventud del este de Cheshire. A ese jardín suburbano llegó Martha desde el campo en automóvil, Herbert vino en bicicleta desde la calle principal. Se encontraron: el amor hizo el resto.

Martha tenía entonces veinticuatro años, y en su pálido estilo pesado, no carecía de belleza. Herbert tenía un año más, era un joven alto, con un cuerpo estrecho que no iba bien a su rostro de rasgos aquilinos y fuertes, aunque especialmente suave («un cordero bajo el plumaje de un águila», así lo describió Judith una vez) y con el pelo muy rubio. En esa época no tenía barba. Necesidades económicas le impedían proclamar su diferencia y su superioridad. En la oficina del corredor donde trabajaba como escribiente, una barba hubiera sido tan inadmisible como los *knickerbockers* o una camisa de cuello vuelto y como la mochila, ese símbolo exterior de gracia interior. Esas cosas no fueron posibles para Herbert hasta que su casamiento con Martha y sus setecientas libras anuales lo colocaron fuera del ineludible fuego de la ley económica. En la época de Nantwich, sólo podía permitirse una corbata roja y algunas opiniones personales. Martha inició los amores. Silenciosamente, con una pasión casi torva en su porfiada intensidad, adoraba a Herbert, su cuerpo frágil, sus delicadas manos de largos dedos afilados, el rostro aquilino con su aire, para otros ojos que los suyos, de falsa distinción e inteligencia, todo, todo en él. «Ha leído a William Morris y a Tolstoi», escribía en su diario, «es una de las pocas personas que conozco con la noción de responsabilidad. Todos los demás son tan terriblemente frívolos, egocéntricos e indiferentes. Como Nerón haciendo música mientras ardía Roma. Él no es así. Es consciente, ve claro, acepta su carga. Por eso lo quiero». En todo caso, ella creía que lo quería por eso. Pero en realidad su físico era lo que la apasionaba. Pesadamente, como nube oscura, preñada de rayos, ella se cernía sobre él como una amenaza, lista a estallar en relámpagos de pasión y de tiránica voluntad. Herbert se cargó con un poco de esa electricidad pasional que había provocado. Porque él la quiso, le devolvió su amor. Su vanidad, también, se veía halagada; sólo en teoría despreciaba las diferencias de clase y la fortuna.

Los cerveceros terratenientes, se horrorizaron cuando Martha les anunció que pensaba casarse con el hijo de un tendero. Sus objeciones no lograron más que

afirmar la determinación obstinada de Martha de hacer su santa voluntad. Aunque no lo hubiera querido, se hubiera casado por principio, sólo porque el padre de Herbert *era* tendero, y porque todas esas historias de clases sociales no eran más que tonterías. Además, Herbert era inteligente. Aunque no era fácil especificar en qué consistía su inteligencia. Pero cualquier don propio que tuviera se veía aplastado en esa oficina de negocios. Las setecientas libras al año le darían plena libertad. Prácticamente era su deber casarse con Herbert.

—Un hombre, con todo, no es más que un hombre —le dijo a su padre, citando, con la esperanza de convencerlo, a su poeta favorito; para ella Burns era demasiado grosero y material.

—Sí, y un carnero no es más que un carnero —replicó Mr. Postgate—. Y una cucaracha no es más que una cucaracha, a fin de cuentas.

Martha enrojeció de ira y dio media vuelta sin decir palabra, Tres semanas después se casó con el dócil Herbert.

Y ahora Silvia tenía ya seis años, y Pablito, que era llorón y con vegetaciones, tenía casi cinco, y Herbert, bajo la influencia de su mujer, había descubierto, inesperadamente, que sus dones eran artísticos, y en este momento era considerado como un pintor incapaz de dar vida a sus obras. A cada reafirmación de su fracaso, hacía un mayor alarde del escándalo de su *rucksack*, de sus *knickerbockers* y de su barba. Martha, mientras tanto, hablaba de la intimidad del arte de Herbert. Lograban persuadirse a sí mismos de que su superioridad impedía que el público reconociera sus méritos. La falta de éxito de Herbert era una prueba (quizás no muy satisfactoria) de esa superioridad.

—Pero la hora de Herbert llegará —afirmaba Martha, con tono profético—. Es imposible que no llegue. —Mientras tanto la casita de Surrey rebosaba de cuadros sin comprador. Eran cuadros alegóricos, pintados en estilo indio primitivo, suavizados —los originales eran demasiado ricos en senos y talles de avispa y caderas lunares— por la lúgubre respetabilidad de Puvis de Chavannes.

—Y te ruego, Herbert —le había aconsejado Judith, mientras esperaban el tren que los reintegraría a su hogar—, por favor, sé un poquito más *indecente* en tus cuadros. No seas escandalosamente puro. No te imaginas qué feliz me harías si pudieras ser obsceno alguna vez. Pero obsceno de verdad.

—Qué alivio —pensaba Martha—, alejarse de este ambiente. Judith era demasiado… Sus labios sonreían, su mano decía adiós.

—¿No es delicioso volver a nuestra querida casita? —exclamó, en el taxi de la estación, dando tumbos por el camino del *Common* hasta la puerta del jardín.

—¡Delicioso! —dijo Herbert, haciendo un eco dudoso a ese casi forzado entusiasmo.

—Delicioso —repitió Pablito, medio gangoso por las vegetaciones. Era un niño amable, cuando no lloriqueaba, y siempre decía y hacía lo que debía.

Por la ventanilla del taxi, Silvia miraba con ojo crítico la larga casa baja entre

los árboles.

—Me parece que la casa de tía Judith es más linda, —concluyó con aire decidido.

Martha volvió hacia ella la dulce iluminación de su sonrisa.

—La casa de tía Judith es más grande —dijo— y más grandiosa. Pero ésta es la casa, mi amor. Nuestra propia casa.

—Pero me gusta más la casa de tía Judith —insistió Silvia.

Martha le sonrió con indulgencia y sacudió la cabeza.

—Comprenderás lo que quiero decir cuando seas más grande —dijo—. ¡Qué criatura rara, pensaba, qué criatura difícil! Qué distinta de Pablo, que era tan dócil. Demasiado dócil. Cedía a cualquier sugestión, hacía lo que se le decía, tomaba el tono del medio espiritual que lo rodeaba. Silvia no era así. Tenía voluntad propia. Pablo era como su padre. En la niña, Martha solía ver algo de su propia obstinación, de su naturaleza absoluta y apasionada. Si la voluntad pudiera ser bien orientada… Pero la dificultad consistía en que a menudo era hostil, rebelde, opuesta. Recordó Martha aquella deplorable escena, de hacía pocos meses, cuando Silvia, en un acceso de rabia porque no le permitían hacer algo que ella quería, había escupido a su padre en la cara. Herbert y Martha habían convenido en castigarla. Pero ¿cómo? Pegarle, eso no, por supuesto; pegarle estaba descartado. Lo importante era que la niña se diera cuenta de lo odioso de su proceder. Al fin decidieron que lo mejor sería que Herbert le hablara seriamente (pero con dulzura, claro está) y que la dejara en libertad para elegir su propio castigo. Parecía una excelente idea.

—Te voy a contar un cuento, Silvia —dijo Herbert esa noche, sentando a la niña en sus rodillas—. Se trata de una niñita que tenía un papá que la quería tanto, ¡tanto! —Silvia lo miró con desconfianza, pero no dijo nada—. Y un día la niñita, aunque yo no creo que fuera mala realmente, hizo algo que no estaba bien y que no debía de hacer. Y su papá le dijo que no lo hiciera. ¿Y qué te parece qué hizo la niñita? Escupió la cara de su papá. Y su papá estaba muy, muy triste. Porque lo que su niñita había hecho era malo, ¿no es verdad? —Silvia hizo un desconfiado signo de asentimiento—. Y cuando uno ha hecho algo malo, debe ser castigado, ¿no es así? —La niña asintió de nuevo. Herbert se alegró; sus palabras habían surtido efecto; la conciencia de Silvia le remordía. Cambió una mirada con Martha por sobre la cabeza de la niña—. Si tú hubieras sido ese papá —prosiguió — y la niñita que tanto querías te hubiera escupido la cara, ¿qué habrías hecho, Silvia?

—Yo también la hubiera escupido —contestó Silvia, furiosa, sin titubear.

Martha suspiró al recordar la escena. Silvia era difícil; decididamente, Silvia era un problema. El coche llegó a la puerta; los Claxton descendieron con su equipaje; encontrando insuficiente la propina, el cochero hizo la escena acostumbrada. Herbert, cargando su *rucksack*, le dio la espalda con una

paciencia digna. Estaba acostumbrado a estas cosas; era un martirio crónico. A él le tocaba siempre el desagradable deber de pagar. Martha no hacía más que proveer el dinero. ¡Con qué repugnancia, que aumentaba de año en año! Herbert estaba siempre entre las maldiciones de los descontentos y el mar profundo de la avaricia de Martha.

—¡Por cuatro millas, dos peniques de propina! —vociferó el cochero a Herbert y su *rucksack*.

Y hasta por esos dos peniques, Martha protestaba. Pero las convenciones exigían que algo debía darse. Las convenciones son estúpidas; pero hasta los Hijos del Espíritu tienen que hacer alguna concesión al Mundo. En este caso Martha estaba dispuesta a conceder al Mundo dos peniques. Pero no más. Herbert sabía que se hubiera puesto furiosa si hubiese dado más. No abiertamente, por supuesto; no explícitamente. Jamás se enojaba visiblemente, ni abandonaba su sonrisa. Pero su desaprobación benévola hubiera pesado muchos días sobre él. Y por muchos días hubiera encontrado excusas para economizar como compensación de la loca extravagancia de una propina de seis peniques en vez de dos. Las economías se hacían principalmente sobre la comida, y su justificación era siempre espiritual. Comer era grosero; la vida en grande era incompatible con los pensamientos elevados; era atroz pensar en los pobres hambrientos mientras uno vivía en una desvergonzada glotonería. Seguía una reducción de manteca y de nueces del Brasil, de las legumbres más sabrosas y de frutas elegidas. Las comidas se reducían a *porridge*, papas, repollo y pan. Sólo cuando la extravagancia original estaba corregida centenares de veces empezaba Martha a suavizar su ascetismo. Herbert no se animaba nunca a reprocharla. Por mucho tiempo, después de esas orgías de vida sencilla tenía buen cuidado de evitar despilfarros, aun cuando, como en este caso, sus economías lo ponían en dolorosos conflictos humillantes con quien las practicaba.

—La próxima vez —gritaba el cochero— voy a cobrarle extra por las patillas.

Herbert cruzó el umbral y cerró la puerta tras él. ¡Uf! Se despojó del *rucksack* y lo puso cuidadosamente sobre una silla. ¡Bruto, imbécil! Pero al fin se había largado con los dos peniques. Martha no tendría por qué quejarse y disminuir la ración de habas y arvejas. De modo suave y espiritual, Herbert apreciaba bastante la comida. Y Martha lo mismo —oscura y violentamente. Por eso se había hecho vegetariana, porque sus economías se hacían siempre a expensas del estómago— precisamente por su afición a la comida. Sufría realmente cuando se privaba de un buen plato. Pero en cierto modo prefería el sufrimiento al buen plato. Castigándose a sí misma, sentía que su ser irradiaba una poderosa llama; el sufrir la fortalecía, su voluntad estaba hecha, crecía su energía. Tras el muro de penitencia voluntaria, sus instintos contenidos se rebelaban, hondos y cargados de fuerzas potenciales. En Martha era más fuerte

el afán de dominación que la glotonería y en la lucha entre esos instintos triunfaba el primero; entre la jerarquía de placeres, era más intenso el de manifestar su voluntad consciente que el de comer, aunque se tratase de *rahat loukoum* o de fresas con crema. No siempre, sin embargo; había momentos en que, poseída por un deseo irresistible, Martha compraba, en un solo día, y se la comía en secreto, una libra entera de bombones de chocolate, echándose sobre los dulces con la misma violencia que había caracterizado al principio su pasión por Herbert. Con el andar del tiempo, después del nacimiento de sus dos hijos, calmada la pasión física por su marido, las orgías de chocolate se hicieron más frecuentes. Era como si su energía vital tuviera la necesidad, cerrado el desahogo sexual, de precipitarse en la glotonería. Después de cada una de esas orgías, Martha tendía a volverse más y más estricta en su ascética espiritualidad. A las tres semanas de volver los Claxton a su casita del *Common*, estalló la guerra.

—La guerra ha cambiado a muchas gentes —observó un día Judith, en el transcurso del tercer año—, los ha cambiado tanto que no se les reconoce. Pero no a Herbert y a Martha. Los ha hecho más, más ellos mismos que antes. Es raro —inclinó la cabeza—, muy raro.

Pero no era raro, en verdad; era inevitable. La guerra no podía sino intensificar todo lo básico en el carácter de Martha y Herbert. No hizo más que aumentar el sentimiento de remota superioridad distanciándolos más aún del vulgar rebaño. Porque mientras el común de las gentes creía en la guerra, luchaban y trabajaban para ganarla, Herbert y Martha la repudiaban totalmente, y por motivos en parte budistas, en parte socialistas-internacionales, en parte tolstoyanos, rehusaban tener relación alguna con esa cosa maldita. En medio de la locura universal, ellos eran los únicos cuerdos. Y esta superioridad se evidenciaba en la persecución y en la consagración divina. Y esa desaprobación no oficial fue seguida, después de la ley de conscripción, por represión oficial. Herbert alegó escrúpulos de conciencia. Lo enviaron a trabajar al campamento de Dorset, haciéndolo mártir, ser distinto y superior. La acción de un brutal ministerio de guerra lo había sacado definitivamente de las filas de una vulgar humanidad. En esta selección Martha participó virtualmente. Pero lo que estimulaba más poderosamente su espiritualismo no era tanto la persecución del período de guerra como la inestabilidad financiera y el alza de los precios del período de guerra. En las primeras semanas de confusión había sido presa de pánico; imaginaba que había perdido todo su dinero, y se veía con Herbert y sus hijos sin pan y sin techo mendigando de puerta en puerta. Inmediatamente despidió a sus dos sirvientas, redujo la comida de la familia a raciones de preso. Pasaba el tiempo, sin embargo, y seguía recibiendo sus rentas como antes. Pero Martha estaba tan encantada con las economías que hacía, que no quiso volver a su antigua manera de vivir.

« Después de todo —argüía—, no es agradable tener extraños en la casa para

servirle a uno. Y además, ¿por qué nos tienen que servir? Son tan buenos como nosotros». Era un hipócrita tributo a la doctrina cristiana; los consideraba, en su alma, infinitamente inferiores. «Porque tenemos con qué pagarles, sólo por eso, tienen que servirnos. Siempre me he sentido deprimida con ello y avergonzada. ¿Y tú, Herbert?».

—Siempre —dijo Herbert, que siempre estaba de acuerdo con su mujer.

—Además —prosiguió—, creo que uno debe servirse a sí mismo. Uno no debe perder contacto con las humildes realidades de la vida. Yo me he sentido más feliz desde que hago el trabajo de la casa, ¿y tú?

Herbert asintió.

—Y es tan bueno para los niños. Les enseña humildad y hacerse útiles…

Suprimir los sirvientes hacía una economía de ciento cincuenta libras al año. Pero las economías que hacía en la comida fueron pronto contrabalanceadas por la escasez de artículos alimenticios y por la inflación. Con cada nueva alza de precios el entusiasmo de Martha por el ascetismo espiritual era más férvido y profundo. Y también su convicción de que los niños se harían frívolos y mimosos si los mandaba a un colegio lujoso. «Herbert y yo tenemos fe en la educación del hogar: ¿verdad, Herbert?». Y Herbert tenía la firme convicción que así era. Educación casera, sin institutriz —insistía Martha—. ¿Por qué va uno a permitir que un extraño influya en los propios hijos? Y tal vez con una mala influencia. En todo caso sería una influencia distinta de la propia. La gente toma institutrices porque les asusta la tarea de educar a los hijos. Y es, claro está, una pesada tarea —tanto más pesada cuanto más elevados son nuestros ideales. ¿Pero no merecen nuestros hijos algún sacrificio? —A esta pregunta exaltada acentuaba Martha la curva de sus labios, en una sonrisa llena de alma—. Ya lo creo, bien lo merecían. El trabajo era una continuada delicia. ¿No es así, Herbert?

Porque, ¿qué mayor delicia, qué satisfacción más íntima que ayudar a los propios hijos a crecer en belleza, guiarlos, moldearles el carácter en normas ideales, encauzar sus pensamientos y deseos por las vías más nobles? Y no por un sistema de coerción; nunca se debe presionar al niño; el arte de educar consiste en persuadirle que debe moldearse a sí mismo en la forma más ideal, enseñarle que debe ser el creador de su yo más elevado, inflamarlo con el entusiasmo de lo que Martha había, no sin gracia, bautizado «autoescultura».

Para Silvia —la madre no podía menos que verlo—, este sistema educacional resultaba bastante difícil. Silvia no quería moldearse a sí misma, al menos con las formas que Martha y Herbert encontraban más bellas. Estaba desprovista, en grado desesperante, de ese sentido de belleza moral en el que descansaba el sistema de los Claxton, como medio de educación. Le repetían que era feo ser brusca, desobedecer, decir cosas descorteses y mentir. Que era hermoso ser suave y cortés, obediente y no mentir. «Pero a mí no me importa ser fea», contestaba Silvia. No merecía más que azotes; pero los azotes estaban en contra

de los principios de los Claxton.

La estética y la belleza intelectual parecían significar a Silvia tan poco como la belleza moral. ¡Qué dificultades para interesarla en el piano! Y esto era tanto más raro, decía su madre, porque Silvia estaba dotada, era evidente, de dotes musicales; cuando tenía dos años y medio ya podía cantar sin desentonar *Three blind mice*. Pero no quería hacer escalas. Su madre le hablaba de un niñito maravilloso llamado Mozart. Silvia odiaba a Mozart. « ¡No, no!» gritaba cada vez que su madre pronunciaba el nombre odiado, « no quiero oír nada» . Y para estar segura de no oír nada se metía los dedos en las orejas. Sin embargo, a los nueve años podía tocar *The merry peasant* sin una falta desde el principio hasta el fin. Martha tenía esperanzas de que fuera la música de la familia. Pablo entretanto era el futuro Giotto; estaba decretado que heredaría el talento paterno. Aceptó la carrera con la misma docilidad con que aprendió el abecedario. Silvia, por el contrario, rehusó tranquilamente aprender a leer.

—¡Pero piensa —le decía Martha como en éxtasis—, qué *maravilla* cuando puedas abrir cualquier libro y leer todas las *hermosas* cosas que se han escrito! —Sus insinuaciones quedaban sin efecto.

—Me gusta más jugar —repetía obstinadamente Silvia, con esa expresión de sombrío malhumor que amenazaba volverse tan crónico como la sonrisa de su madre. Fieles a sus principios, Herbert y Martha la dejaban jugar, pero era para ellos una pena.

—Das tanta pena a tu papá y a tu mamá —le decían tratando de conmover sus mejores sentimientos—. ¡Tanta pena! ¿No quisieras tratar de leer para contentar a tu papá y a tu mamá? —La niña les hacía frente con una expresión de desesperación malévola y tenaz sacudiendo la cabeza—. Sólo para complacernos —insistían con cariñoso acento—. ¡Nos das *tanta* pena! —Silvia miraba una después de la otra sus caras compungidas e indulgentes y rompía en sollozos.

—¡Malos! —lagrimeaba incoherentemente—. ¡Váyanse! —Los detestaba porque estaban tristes y porque la entristecían—. ¡No, váyanse, váyanse! —les gritaba cuando trataban de consolarla. Lloraba sin consuelo; pero no quería leer.

Pablo, en cambio, era admirablemente dócil y sumiso. Lentamente (porque a causa de sus vegetaciones no era muy inteligente), pero con toda la docilidad deseable, aprendía a leer algunas historietas. « ¡Escucha qué bien lee Pablo!» —decía Martha con la esperanza de despertar la emulación de Silvia. Pero Silvia se contentaba con adoptar un aire despectivo y abandonar el cuarto. Y por fin aprendió a leer sola y a escondidas, en un par de semanas. El orgullo de sus padres por semejante proeza se vio atenuado al descubrir el motivo de esfuerzo tan extraordinario.

—Pero ¿qué significa este horrible librito? —interrogó Martha, contemplando

un ejemplar de *Nick Carter y los crímenes del Boulevard Michigan*, que acababa de encontrar, cuidadosamente escondido bajo la ropa de invierno de Silvia. En la cubierta tenía el dibujo de un hombre arrojado desde el techo de un rascacielos por un gorila. La niña se lo arrancó de las manos.

—Es un libro lindísimo —replicó, roja de cólera, que intensificaba el sentimiento de su culpabilidad.

—Queridita —dijo Martha, sonriendo complaciente por sobre su disgusto— no se arrancan así las cosas de las manos. Es muy *feo*.

—No me importa.

—Dámelo, quiero verlo, por favor. —Martha estiró la mano. Sonreía, pero su rostro pálido estaba plenamente resuelto y sus ojos imponían.

Silvia le hizo frente, sacudiendo la cabeza con obstinación.

—No, no quiero.

—Te lo ruego —repitió la madre más misericordiosa y más autoritaria que nunca—. Te lo ruego.

Finalmente en una súbita explosión de rabia y llanto Silvia entregó el libro y huyó al jardín. « ¡Silvia, Silvia!» , la llamó su madre. Pero la niña no quiso volver. Asistir a la violación de su mundo propio le sería intolerable.

A causa de sus vegetaciones Pablo parecía y casi era un retardado. Sin ser una *Christian Scientist*, Martha no creía en los médicos; y especialmente detestaba a los cirujanos, tal vez porque eran tan caros. No hizo operar las vegetaciones de Pablo; crecieron hasta infectarse en su garganta. De noviembre a mayo se sucedían los resfríos, las anginas, los dolores de oído. El invierno de 1921 fue particularmente malo para Pablo. Empezó con una gripe que degeneró en una pulmonía, durante la convalecencia se le declaró el sarampión y para Año Nuevo le vino una infección del oído que amenazaba dejarlo sordo para siempre. El médico aconsejó en tono enérgico una operación, tratamiento y convalecencia en Suiza, altura y sol.

Martha dudaba en seguir el consejo. Estaba tan convencida de su pobreza que creía firmemente no tener los medios necesarios para realizarlo. En esta perplejidad escribió a Judith. A los dos días llegó Judith en persona.

—¿Pero quieres matar a tu hijo? —preguntó a su hermana, violentamente—. ¿Por qué no lo has sacado de este agujero húmedo desde hace tiempo?

En unas horas arregló todo. Herbert y Martha saldrían en el acto con el niño. Viajarían directamente a Lausana en coche-cama.

—Pero ¿es indispensable el coche-cama? —insinuó Martha—. Olvidas —sonrió con su hermosa sonrisa— que somos personas sencillas.

—Lo que no puedo olvidar es que lleváis un niño enfermo —contestó Judith. Y se pagaron las camas.

En Lausana, Pablo debía operarse. (Un telegrama carísimo a la clínica con respuesta paga; ¡lo que sufría la pobre Martha!). Y cuando se mejorara tendría

que ir a un sanatorio en Leysin. (Otro telegrama, que pagó Judith. Martha olvidó dar el dinero). Martha y Herbert, entretanto, debían ocuparse de encontrar un buen hotel, donde Pablo se les reuniría cuando acabara el tratamiento. Y tendrían que pasar allí seis meses a lo menos y hasta un año si fuera posible. Silvia se quedaría con su tía en Inglaterra; sería un gran ahorro para Martha. Judith buscaría un inquilino para la casa del *Common*.

—Se habla de los salvajes —decía Judith a su marido—, pero nunca he visto un canibalito como Silvia.

—Es lo que resulta, supongo, de tener padres Vegetarianos.

—¡Pobre criaturita! —prosiguió Judith con indignación y lástima—. Hay momentos en que me dan ganas de ahogar a Martha, es una loca criminal. Criar esos niños sin permitirles que se acerquen a ningún niño de su edad. ¡Es un escándalo! ¡Y luego hablarles de espiritualismo y de Jesús y *ahimsa* y belleza y Dios sabe de qué! ¡Y no dejarlos nunca jugar a juegos tontos, nada más que arte! ¡Y siempre el sistema de la dulzura aunque estuviera furiosa! ¡Es horrible, realmente horrible! Y tan estúpido. ¿No ve que la mejor manera de convertir una criatura en un demonio es educarla como un ángel? ¡Bueno!… —suspiró y se quedó pensativa; no había tenido hijos, y, si los médicos no se equivocaban, no los tendría nunca.

Pasaron las semanas y poco a poco la pequeña salvaje se civilizaba. Sus primeras lecciones fueron lecciones en el arte de moderarse. La comida, que en la casa de los Bamboroughs era buena y abundante, fue al principio una terrible tentación para la niña acostumbrada a las austeridades de la vida espiritual.

—Mañana habrá más —le decía Judith, cuando la niñita quería repetir de nuevo—. No eres una serpiente boa, ¿sabes? No puedes ir almacenando excedentes de alimento para tus comidas de las próximas semanas. Lo único que sacarás con tanta comida es enfermarte.

Al principio Silvia insistía, lloriqueaba y se volvía zalamera. Pero afortunadamente, como Judith lo hizo notar a su marido, tenía un hígado delicado. Después de tres o cuatro ataques de bilis, Silvia aprendió a moderar su glotonería. Su segunda lección fue de obediencia. Tenía la costumbre de obedecer a sus padres lentamente y a regañadientes. Herbert y Martha, por principio, no ordenaban nunca, sugerían. El sistema que había impuesto a la niña era el hábito de decir « no» , automáticamente, a todo lo que le proponían.

—¡No, no, no! —era lo primero que se le ocurría, y luego gradualmente, consentía en ser persuadida, convencida u obligada por la expresión triste de sus padres a un consentimiento tardío y rezongón. Obedeciendo a la larga, sentía un oscuro resentimiento contra aquellos que no la habían obligado a obedecer en el acto. Como la mayoría de los niños, hubiera preferido que la eximieran de la responsabilidad de sus propios actos; se resentía con sus padres porque la obligaban a desplegar tanta energía en resistir, tanta dolorosa emoción para a fin

de cuentas someter su voluntad. Hubiera sido tanto más sencillo que hubieran insistido desde el principio y la hubieran obligado a obedecer en el acto, evitándole así todo disgusto y esfuerzo espiritual. Oscura y amargamente condenaba el llamado continuo a sus buenos sentimientos. No era justo, no era justo. No tenían derecho a sonreír y perdonar y darle a entender que ella era una mala, y afligirla con la tristeza de ellos. Sentía que se tomaban sobre ella una cruel ventaja. Y perversamente, porque odiaba verlos tristes, decía y hacía a propósito las cosas que más los entristecían. Una de sus bromas favoritas era amenazarlos con « atravesar la planchada sobre el torrente» . Entre el tranquilo estanque y el oleaje playo del arroyo, la suave corriente se volvía furiosa en cierto trecho. Encerrada en un canal estrecho de fangoso enladrillado, una catarata de seis pies se volcaba con incesante estrépito en un estanque negro y tumultuoso. Era un lugar siniestro. ¡Cuántas veces sus padres le habían rogado que no jugase ahí cerca! Su amenaza los hacía redoblar las recomendaciones; le imploraban que fuera razonable. « No, no quiero ser razonable» , gritaba Silvia, y corría hasta el estanque. Si nunca se aventuró a menos de cinco yardas de distancia del rugiente abismo, es que en realidad la aterraba tanto como a sus padres. Pero se acercaba lo más posible por el placer —placer que detestaba— de oír a su madre lamentarse con voz dolorida de tener una hija tan desobediente, tan egoístamente despreocupada del peligro. Quiso ensayar el mismo sistema con tía Judith. « Me iré sólita al bosque» , amenazó un día rezongando. Judith se encogió de hombros.

—¡Vete, entonces, si quieres hacer la tonta! —le contestó, sin levantar los ojos de la carta que escribía.

Silvia se fue indignada; pero se asustó muchísimo al verse sola en el inmenso bosque. Sólo su amor propio le impidió volverse en seguida. Mojada, sucia, bañada en lágrimas y arañada, la trajo dos horas más tarde un guardabosque.

—¡Qué suerte —dijo Judith a su marido—, qué gran suerte que esta tontuela se haya ido y se haya perdido!

Las cosas se arreglaron para hacer frente a la desobediencia de la niña. Pero Judith no descansaba en ese arreglo para imponer su código; añadía sus sanciones personales. Las represalias eran inmediatas si la obediencia no lo era.

Una vez Silvia consiguió provocar en su tía un enojo real. La escena la impresionó profundamente. Una hora después, se arrastró tímida y humildemente hasta el lugar donde su tía estaba sentada:

—Perdón, tía Judith —dijo y prorrumpió en sollozos.

Era la primera vez en su vida que pedía perdón espontáneamente. Las lecciones que más aprovechó Silvia fueron las que aprendió de otros niños. Después de ciertos experimentos infructuosos y hasta dolorosos, aprendió a jugar, a comportarse como una igual entre iguales. Hasta entonces había vivido entre grandes, en estado de rebelión incesante y de guerrilla. Su vida había sido

un largo *risorgimento* contra Austrias llenos de mansedumbre y amables Borbones hermosamente sonrientes. Con los pequeños Carter de abajo, los pequeños Holmes de enfrente, se tenía que adaptar ahora a la democracia y al gobierno parlamentario. Al principio, hubo sus dificultades; pero cuando al fin la pequeña bandida adquirió el arte de la urbanidad se sintió feliz como nunca. Los mayores explotaron con fines educativos esta sociabilidad infantil. Judith organizó un teatro de aficionados; hubo una representación infantil del *Sueño de una noche de verano*. Mrs. Holmes, que sabía música, aprovechó el entusiasmo de los niños en hacer ruido para coros de canto. Mrs. Carter les enseñó danzas campesinas. En pocos meses adquirió Silvia toda esa pasión por una vida superior que su madre había tratado en vano de inculcarle durante años. Le gustaba la poesía, la música, el baile —más bien platónicamente, es verdad—, porque Silvia era una de esas naturalezas congénitamente inhábiles y estéticamente insensibles, cuya seria pasión por el arte está destinada a no realizarse nunca. Amaba ardientemente, sin esperanza, pero no sin alegría, porque tal vez aún no tenía conciencia de que su pasión era sin esperanza. Le gustaban también la aritmética y la geografía, la historia inglesa, la gramática francesa, que Judith había arreglado hacerle inculcar por la temible gobernanta de los pequeños Carter.

—¿Recuerdas lo que era a su llegada? —dijo un día Judith a su marido.

Él asintió, comparando mentalmente la salvajita hosca de hacía nueve meses con la niña grave y radiante a la vez que acababa de salir de la pieza.

—Me siento como una domadora de leones —dijo Judith con una risa que ocultaba un gran cariño y un gran orgullo—. ¿Pero qué hace una cuando el león se dedica al Alto Anglicanismo? Dolly Carter prepara su confirmación, y a Silvia se le ha contagiado la infección —suspiró Judith—. Supongo que está pensando que los dos estamos condenados.

—Ella sería la condenada si no lo creyera así —contestó Jack filosóficamente —. Y más seriamente condenada porque lo sería en este mundo. Demostraría una terrible falla en su naturaleza, si a su edad no creyera en esa especie de enredo.

—¿Pero supón —dijo Judith—, que siguiera creyendo en eso?

* * *

Martha, entretanto, no gustaba mucho de Suiza, tal vez porque físicamente le convenía demasiada Sentía vagamente que gozar de una salud tan perfecta en Leysin era algo indecente. Era difícil, sintiéndose tan llena de espíritu animal, interesarse demasiado en la humanidad doliente y en Dios, en Buda y en la vida superior y en lo demás. Lamentaba darse cuenta del alegre y despreocupado egoísmo de su cuerpo en perfecta salud. Teniendo, periódicamente, la conciencia de no haber pensado en nada más, horas y hasta días enteros, que en el placer de

sentarse al sol, de aspirar el aromático aliento de los pinos, o de andar por las altas praderas recogiendo flores y contemplando el paisaje, comenzaba una campaña de espiritualidad intensiva; pero a poco el sol y el aire vivo y penetrante eran más fuertes que ella y recaía en ese estado vergonzosamente irresponsable de simple bienestar.

—Qué contenta estaré —decía y repetía— cuando Pablo esté bien otra vez y podamos volver a Inglaterra.

Y Herbert aprobaba, parte en principio, porque estando ya hecho a su inferioridad moral y económica, siempre aprobaba a su mujer, y parte porque él también, aunque se sintiera físicamente mejor que nunca, encontraba a Suiza poco satisfactoria desde el punto de vista espiritual. En un país en el que todo el mundo lleva *knickerbockers* y camisa abierta y un *rucksack*, no daba ni superioridad ni distinción vestirse así. El escándalo del sombrero de copa sería en Leysin el equivalente del escándalo de la cruz; se sentía poco distinguido con su ortodoxia.

A los quince meses de su partida los Claxton estaban de vuelta en su casa del *Common*. Martha tuvo un resfrío y un amago de lumbago; privado del ejercicio en las montañas, Herbert ya empezaba a sentirse atacado de su viejo enemigo, el estreñimiento. Desbordaban espiritualidad.

Silvia también volvió a la casa del *Common*, y en las primeras semanas, todo era tía Judith por acá, tía Judith por allá, y en casa de tía Judith se hacía esto y tía Judith nunca me hacía hacer eso. Con su mejor sonrisa, pero con un despecho inconfesado en el fondo del alma, «querida», decía Martha, «yo no soy tía Judith». Detestaba a su hermana por haber triunfado donde ella había fracasado. «Has hecho maravillas con Silvia» —le escribió a Judith, «y Herbert y yo nunca podremos agradecértelo bastante». Y decía lo mismo en conversación con sus amigos: «Nunca le agradeceremos bastante, ¿verdad, Herbert?». Y Herbert convenía en ello lealmente. Pero cuanto más agradecida estaba, no sólo como era debido, sino exageradamente, más detestaba Martha a su hermana, más se resentía de su éxito y de su influencia sobre la niña. Esa influencia, sin duda alguna, había sido buena; pero eso precisamente era lo que dolía a Martha. Era intolerable que esa frívola Judith tan falta de espiritualismo hubiera influido en la niñita más eficazmente de lo que ella nunca había podido. Había dejado una Silvia necia, mal criada y desobediente, llena de odiosa rebeldía a todo lo que sus padres admiraban; se la devolvían bien educada, complaciente, apasionada de la música y de la poesía, seriamente entregada a los problemas religiosos recién descubiertos. Era intolerable. Pacientemente Martha se dedicó a minar la influencia de su hermana. La misma obra de Judith le facilitaba la tarea. Pues, gracias a Judith, Silvia ahora era maleable. El contacto con niños de su edad la había ablandado, sensibilizado y vuelto dócil, había templado su salvaje egoísmo y la había abierto a influencias externas. Se podía ahora hacer un llamado a sus

buenos sentimientos con la certeza de encontrar una respuesta positiva, en vez de una rebelde negativa. Martha hacía ese llamado constante y hábilmente. Machacaba, con admirable resignación, claro está, con la pobreza de la familia. Si tía Judith hacía o permitía tantas cosas que no se hacían ni permitían en la casa del *Common*, era porque tía Judith tenía mejor posición. Podía permitirse muchos lujos que no eran para los Claxton. « No es que tu padre y yo nos quejemos» , insistía Martha. « Al contrario. En realidad es una bendición no ser ricos. Recuerda lo que Jesús dijo de los ricos» . Silvia recordó y se quedó pensativa. Martha desarrollaba el tema; estar en posición de tener lujo y tenerlo tiene un efecto vulgar y resta espiritualidad. ¡Es tan fácil volverse frívola! Estas reflexiones implicaban, claro está, que tía Judith y tío Jack estaban tildados de frivolidad. La pobreza había preservado felizmente a los Claxton del peligro, la pobreza, y también —Martha recalcaba—, su meritoria voluntad. Porque ellos hubieran podido muy bien tener a lo menos una sirvienta, aun en estos tiempos difíciles; pero habían preferido no tenerla, « porque, compréndelo, mejor es servirse uno mismo, que ser servido» . Jesús había dicho que la manera de ser de María era mejor que la de Marta. « Pero yo soy una Marta» —decía Martha Claxton— « que hace todo lo posible por ser también una María. Marta y María: eso es lo mejor. Los trabajos materiales y la contemplación. Tu padre no es uno de esos artistas que egoístamente se desprenden de todo contacto con los humildes menesteres de la vida. Es un creador, pero no demasiado orgulloso para evitar el más humilde trabajo» . Pobre Herbert. ¿Cómo negarse a desempeñar la más baja ocupación, si Martha lo ordenaba? Algunos artistas —proseguía Martha —, sólo piensan en el éxito inmediato y sólo trabajan con la vista puesta en la ganancia y el aplauso. Pero el padre de Silvia, al contrario, era de los que trabajan sin pensar en el público, sólo por el afán de crear verdad y belleza.

Éstos y otros discursos similares, repetidos constantemente con variantes y en todos los tonos emocionales, hacían un profundo efecto en el espíritu de Silvia. Con todo el entusiasmo de la pubertad, deseaba ser buena y espiritualista y desinteresada, ansiaba sacrificarse sin importársele a qué causa, con tal que fuera noble. Y he aquí que su madre le brindaba un motivo. Se aferró a ello con toda la porfiada energía de su naturaleza. ¡Con qué entusiasmo estudiaba su piano! ¡Con qué determinación leía los libros más aburridos! Tenía un cuaderno para copiar los pasajes más notables de sus lecturas diarias, y otro para anotar sus buenos propósitos, y además un diario atormentado de sus remordimientos, sus desfallecimientos en seguir esos buenos propósitos, sus fallas. « Glotona: promesa de no comer más que una ciruela. Tomé cuatro de postre: Ninguna mañana. O. G. H. M. T. B. G.» .

—¿Qué quiere decir O. G. H. M. T. B. G.? —preguntó un día Pablo, maliciosamente.

Silvia se puso muy colorada:

—Has leído mi diario —dijo—. Eres un animal, una bestia. —Y se arrojó sobre su hermano como una furia. Le hizo sangrar las narices—. Si lo vuelves a mirar te mato. —Y parecía pensar realmente en lo que decía con sus dientes apretados, sus narices palpitantes, sus cabellos sueltos rodeando el pálido rostro. Su rabia estaba justificada; O. G. H. M. T. B. G. quería decir: *O God, help me to be good* (¡Oh Dios!, ayúdame a ser buena).

Esa misma tarde le pidió perdón a Pablo.

Tía Judith y tío Jack habían pasado en América la mayor parte del año.

—Sí, ve; tienes que ir —había dicho Martha cuando llegó la carta de Judith, invitando a Silvia a pasar con ellos unos días en Londres—. No debes perder esa buena oportunidad de ir a la ópera y a todos esos hermosos conciertos.

—Pero ¿realmente, debo ir, mamá? —replicó Silvia indecisa—. Es decir, no quisiera divertirme yo sola. Me parece que todo eso…

—Pero debes ir —le interrumpió Martha. Estaba ya tan segura de Silvia que no temía la influencia de Judith—. Para una música como tú es necesario oír *Parsifal* y *La flauta mágica*. Yo pensaba llevarte el año próximo; pero ya que la oportunidad se te brinda este año, debes aprovecharla. Y agradecida —añadió, dulcificando aún más su sonrisa.

Silvia se fue. *Parsifal* era como una función de iglesia, pero mucho más eclesiástica. Silvia escuchaba con entusiasmo religioso, interrumpido a ratos por una idea extraña al asunto, hasta innoble, pero ¡ay!, tan dolorosa, de que su traje, sus medias, sus zapatos eran terriblemente diferentes de los de una niña de su edad que había notado al entrar, en la fila de atrás. Y la muchacha, le pareció, había devuelto, burlonamente, su mirada. En torno al Santo Grial hubo una explosión de campanas y de armonioso estruendo. Se sintió avergonzada de pensar en cosas tan insignificantes frente al misterio. Y cuando en el entreacto tía Judith le ofreció un helado, lo rehusó casi con indignación. Tía Judith se quedó sorprendida.

—Pero ¡te gustaban tanto los helados!

—¡Pero no ahora, tía Judith, no en este momento! —Un helado en el templo ¡qué sacrilegio! Trató de pensar en el Santo Grial. La visión de unos zapatos de raso verde y de una deliciosa flor artificial color malva flotaba ante su mirada interna.

Al día siguiente salieron de compras. Era una clara mañana, sin una sola nube de comienzos de estío. Los escaparates de las tiendas de novedades de Oxford Street florecían en pálidos colores brillantes. Los maniquíes de cera estaban preparados para ir a Ascot, a Henley y ya pensaban en el match Eton-Harrow. Las aceras estaban repletas; un vago y vasto rumor llenaba el aire como una niebla. Los autobuses rojos y oro tenían un aire casi real y el sol brillaba con un fulgor aceitoso y vivo en el flanco liso de los automóviles. Una pequeña procesión de desocupados desfilaba a paso lento tras una banda de música, como

si estuvieran contentos de no trabajar, como si fuera un placer verdadero estar hambrientos.

Silvia no había estado en Londres hacía casi un par de años, y esas muchedumbres, ese ruido, esa riqueza infinita de cosas lindas y raras en todos los escaparates se le subieron a la cabeza. Estaba más desbordante de entusiasmo que oyendo *Parsifal*.

Una hora entera vagaron en Selfridge.

—Y ahora, Silvia —le dijo tía Judith, cuando hubo concluido su lista de compras—, puedes elegir el traje que más te guste. —Se los señalaba con la mano. Un despliegue de Modelos de Verano para Señoritas las rodeaba. Lila y morado, rosado y rosa pálido y verde, azul y malva, blanco floreado, moteado: se diría un jardín con bordes de trajes.

—El que te guste —repitió tía Judith—. O si prefieres un traje de noche…

Zapatos verdes de raso y una gran flor color malva. La niña la había mirado con aire burlón. ¡Era indigno, indigno!

—No, tía Judith, de veras. —Se sonrojó, empezó a tartamudear—. Realmente, no necesito ningún vestido. Realmente.

—Con más razón, para elegir uno, si no lo necesitas. ¿Cuál?

—No, de veras. No quiero, no puedo… —Y de repente, con gran asombro de tía Judith que no comprendía, rompió a llorar.

* * *

Era el año 1924. La casa sobre el *Common* se bañaba en el dulce sol de abril. Por las ventanas abiertas de la sala se oía a Silvia estudiando el piano. Obstinadamente, con una especie de furor reconcentrado, trataba de ejecutar el vals de Chopin en re menor. Bajo sus dedos concienzudos e insensibles, la fantasía y languidez del ritmo de la danza era trabajosamente sentimental, como la trasposición al piano de un solo de cornetín a la puerta de un café, y el rápido vuelo de las semicorcheas en los pasajes de contraste era, en la ejecución de Silvia, un revoloteo de mariposas mecánicas, un aleteo de alas de níquel. Tocaba y tocaba, una y otra vez. En el pequeño soto, en la otra margen del arroyo, al fondo del jardín, los pájaros, sin que la música los molestara, se dedicaban a sus asuntos. En los árboles las hojitas nuevas, eran como espíritus de hojas, casi inmateriales, pero vivas, como llamas minúsculas en la punta de cada rama. Herbert estaba sentado en el tronco de un árbol en el medio del bosque, haciendo sus ejercicios respiratorios de yoga, acompañados de autosugestión, que encontraba tan buenos para su estreñimiento. Tapándose el lado derecho de la nariz con su largo índice, aspiraba profundamente por el izquierdo, —hondo, hondo, mientras contaba hasta cuatro latidos de su corazón. Luego durante dieciséis latidos retenía el aliento y entre cada latido repetía rápidamente: « No

estoy estreñido, no estoy estreñido». Cuando había hecho dieciséis veces esta afirmación, se tapaba el lado izquierdo y espiraba por el derecho, contando hasta ocho. Después de lo cual recomenzaba. El lado izquierdo era el más favorecido; porqué aspiraba con el aire un perfume suave de prímulas y hojas y tierra mojada. Cerca, en un banco plegadizo, Pablo dibujaba un roble. Arte a toda costa; hermoso, desinteresado, levantaba el alma. Pablo se aburría. ¿Para qué dibujar ese árbol viejo? A su alrededor las agudas lanzas verdes de los jacintos silvestres brotaban de la tierra oscura. Una había atravesado una hoja seca y la levantaba en el aire. Unos cuantos días de sol y cada botón se abriría en una florecilla azul. Pablo se puso a pensar que la próxima vez que su madre lo mandara de compras en bicicleta podría ganarse dos chelines en vez de uno como la última vez. Se podría comprar con eso unos chocolates además de ir al cine; y quizás cigarrillos, aunque podría ser peligroso…

—Bueno, Pablo —le dijo su padre, que ya había tomado bastante equivalente espiritual de cascara sagrada—, ¿cómo va eso? —Se levantó de su tronco de árbol y caminó por la avenida hasta donde estaba sentado su hijo. El andar del tiempo no había cambiado a Herbert: su barba explosiva estaba más rubia que nunca, siempre delgado, su cabeza no tenía síntomas de calvicie. Sólo sus dientes habían envejecido; su sonrisa era pálida y triste.

—Pero realmente debe ir al dentista —había insistido Judith con su hermana, la última vez que se vieron.

—No quiere —replicaba Martha—. No les tiene fe. —Pero quizás su propia repugnancia a separarse de la cantidad de guineas necesarias tenía algo que hacer can la falta de fe de Herbert en los dentistas—. Además —añadía—, Herbert apenas se fija en las cosas materiales. Vive tan exclusivamente en el mundo espiritual, que apenas percibe el material. Ésa es la pura verdad.

—Bueno, haría muy bien en percibirlo —contestó Judith— es todo lo que puedo decirte. —Estaba indignada.

—¿Cómo va eso? —repitió Herbert, apoyando la mano en el hombro del niño.

—Es horriblemente difícil hacer la corteza —contestó Pablo con acento quejoso y malhumorado.

—Eso hace más meritorio el trabajo —dijo Herbert—. La paciencia y el trabajo son las cosas principales. ¿Sabes cómo definió una vez un gran hombre el genio? —Pablo sabía muy bien cómo un gran hombre había definido, una vez, el genio; pero la definición le parecía tan estúpida y tan insultante para él, que no respondió más que con un rezongo. Su padre lo aburría locamente. «El genio, prosiguió Herbert, en respuesta a su propia interrogación, el genio es una capacidad infinita de tomarse trabajo». En ese momento. Pablo odiaba a su padre.

—Uno, dos y tres. Uno, dos y tres y… —Bajo los dedos de Silvia las mariposas mecánicas seguían agitando sus alas metálicas. La expresión de su

rostro era fija, decidida, enojada; el gran hombre de Herbert la hubiera encontrado genial. Por detrás de su espalda decidida su madre iba y venía sacudiendo con un plumero. El tiempo la había engordado y vulgarizado. Andaba pesadamente. Su cabello empezaba a encanecer. Cuando acabó de sacudir o más bien cuando se cansó, se sentó. Silvia proseguía trabajosamente el solo de pistón a través del ritmo de danza. Martha cerró los ojos. «¡Qué hermoso, qué hermoso!» —dijo sonriendo con su más bella sonrisa. «Lo tocas admirablemente, querida». Estaba orgullosa de su hija. No sólo como música sino también como persona. Cuando pensaba en el trabajo que Silvia le había dado antes… «Magnífico». Se levantó y subió a su cuarto. Abriendo un armario, sacó una caja de frutas abrillantadas y comió varias cerezas, una ciruela y tres damascos. Herbert había vuelto a su estudio y a continuar su lectura sobre «Europa y América a los pies de la India Madre». Pablo sacó del bolsillo uno honda, puso una piedra y la disparó a un pajarito que corría como ratón por lo alto del roble del otro lado del arroyo. «¡Demonio!», exclamó al ver que el pájaro volaba indemne. Pero el tiro siguiente fue más afortunado. Hubo un remolino de plumas, se oyeron dos o tres grititos. Pablo se precipitó y descubrió un churrinche en la hierba. Había sangre en sus plumas. Estremecido de entusiasmo y un poco asqueado, Pablo levantó el pobre cuerpecito. ¡Qué calen tito! Era la primera vez que mataba. ¡Qué puntería! Pero no lo podía contar a nadie. Silvia no servía para nada. Era peor que mamá en ciertas cosas. Con una rama seca hizo un hoyo y enterró el cuerpecito, de miedo de que alguien lo encontrara y descubriera cómo había sido muerto. ¡Se pondrían furiosos si supieran! Se fue a comer muy satisfecho consigo mismo. Pero cuando vio lo que había en la mesa puso una cara larga.

—¿Nada más que ese plato fiambre?

—Pablo, Pablo —dijo su padre con un tono de reproche.

—¿Dónde está mamá?

—No come hoy —contestó Herbert.

—De todos modos —murmuró Pablo en voz baja— se podía haber tomado el trabajo de hacernos algo caliente.

Silvia, entretanto, sin levantar los ojos de su plato de ensalada de papas, comía en silencio.

CURA DE REPOSO

ERA una mujercita de pelo oscuro, cuyos ojos de color gris azulado llamaban la atención, tan grandes parecían en su carita pálida. Una cara de niña, con menudas facciones delicadas, pero marchitas prematuramente; pues la señora Tarwin sólo tenía veintiocho años y sus grandes ojos bien abiertos estaban llenos de inquietud y tenían al mirar un fulgor extraño. «Moka es nerviosa» —explicaba su marido cuando la gente le preguntaba por qué no estaba con él. «Nervios que no pueden soportar la tensión de Londres o de Nueva York. Tiene que vivir tranquila, en Florencia. Una especie de cura de reposo. ¡Pobre querida!» —añadía con una voz que de pronto se aterciopelaba de sentimiento; e iluminaba su cara inteligente, de ordinario inexpresiva, con una de esas sonrisas suyas, tan pensativas, tiernas y encantadoras. Casi demasiado encantadoras, uno se sentía incómodo. Apretaba el botón del encanto y de la ternura como el de la electricidad. ¡Clic!, su cara se iluminaba. Y luego ¡clic!, la luz se apagaba y volvía a ser el inexpresivo, inteligente investigador científico. El cáncer era su objetivo.

Pobre Moira. ¡Qué nervios! Estaba llena de caprichos y manías. Por ejemplo, cuando alquiló la quinta en las cuestas de Bellosguardo, quería que le permitieran cortar los cipreses en el fondo del jardín. «Tan terriblemente parecido a un cementerio», no se cansaba de repetir al viejo *signor* Bargioni. El viejo Bargioni era encantador, pero firme. No tenía intención de sacrificar sus cipreses. Daban el toque final de perfección a la vista más deliciosa de Florencia desde la ventana del dormitorio principal: el Duomo y la torre de Giotto encuadrados en sus oscuras columnas. Con locuacidad inagotable, trataba de persuadirla de que los cipreses no eran nada fúnebres. Para los etruscos, por el contrario (inventó esa pequeña pieza de arqueología bajo la inspiración del momento), el ciprés era un símbolo de alegría; las fiestas del equinoccio de primavera concluían con danzas alrededor del árbol sagrado. Boecklin, es cierto, había plantado cipreses en su *Isla de los Muertos*. Pero Boecklin, después de todo… Y si ella encontraba tristes los árboles, podía plantar nasturcias para que se enreden en ellos. O rosales. Los rosales que los griegos…

—Bueno, bueno —dijo Moira Tarwin precipitadamente—. Dejaremos los cipreses.

¡Esa voz, ese interminable flujo de erudición y de inglés extranjero! El viejo Bargioni era realmente terrible. Si lo hubiera tenido que seguir escuchando un momento más, hubiese llorado. La necesidad de defenderse la hizo ceder.

—¿*E la Tarwine*? —preguntó la *signora* Bargioni cuando volvió a casa su marido.

Él se encogió de hombros:

—*Una domina piuttosto sciocca* —fue su veredicto.

¡Un poco tonta! El viejo Bargioni no era el único hombre que lo pensaba; pero era uno —y no eran muchos— de los que miraban su ingenuidad como una falta. A la mayoría de los hombres que la conocían les encantaba; sonriendo, la adoraban. Aliada a su diminuta estatura, a esos ojos, a esos rasgos delicados en ese rostro infantil, su ingenuidad inspiraba devociones y amores protectores. Tenía un don de que los hombres se sintieran, por contraste, agradablemente amplios, superiores e inteligentes. Y para su suerte o tal vez su mala suerte, Moira había pasado su vida entre hombres realmente inteligentes, lo que se dice superiores. Su abuelo, el viejo *Sir* Watney Croker, con el que siempre había vivido desde la edad de cinco años (su padre y su madre habían muerto jóvenes), era uno de los médicos más eminentes de su época. La monografía sobre úlceras del duodeno, trabajo de los principios de su carrera, es todavía la obra clásica de ese tema. Entre dos úlceras del duodeno, *Sir* Watney encontraba tiempo para adorar y mirar a su nietecita y hacerle el gusto en todo. Con la pesca al anzuelo y la metafísica, era su manía. El tiempo pasaba. Moira creció, cronológicamente hablando; pero *Sir* Watney continuaba tratándola como niña mimada, continuaba encantándose con sus gorjeos de pajarito, y con la ingenuidad e impertinencia de sus *enfant-terrible-rías*. La alentaba, casi la compelía a preservar su infantilidad. Lo divertía conservarla niña a través del tiempo. Quería su puerilidad y sólo así podía quererla. Todas esas úlceras del duodeno, tal vez habían influido en su sensibilidad, lo habían desviado un poco, lo habían detenido en su desarrollo y preservado no adulto como la misma Moira. En las profundidades de su ser no especializado, no profesional, *Sir* Watney era también un poco niño. La excesiva preocupación por el duodeno había impedido a su descuidada parte instintiva desarrollarse por completo. Lo semejante gravita hacia lo semejante. Al viejo niño Watney le gustaba el niño en Moira y quería conservar a la joven perpetuamente infantil. Muchos de sus amigos compartían los gustos de *Sir* Watney. Médicos, jueces, profesores, funcionarios civiles —todos los miembros del círculo de *Sir* Watney eran profesionales eminentes, especialistas veteranos. Ser invitado a sus comidas era un privilegio. En esas augustas ocasiones, Moira desde los diecisiete años siempre había estado presente, única mujer en la mesa. No es una mujer, explicaba *Sir* Watney, es sólo una niña. Los grandes especialistas eran para ella tíos indulgentes. Cuanto más pueril, más la querían. Moira les ponía sobrenombres cariñosos. El profesor Stagg, por ejemplo, el neohegeliano, era el tío Bonzo; el señor juez Gidley era Giddy-goat, etc. Cuando la embromaban, les replicaba con impertinencias. ¡Cómo se reían! Cuando empezaban a discutir el Absoluto o el Porvenir Industrial de la Gran Bretaña, los interrumpía con alguna observación deliciosamente incongruente que los hacía reír a carcajadas. ¡Exquisita! Y al día siguiente la historia se la contaba a los colegas del tribunal o del hospital, a los camaradas del Ateneo. En los círculos

científicos o de profesiones liberales, Moira gozaba de una real celebridad. Al fin, había cesado no sólo de ser mujer, sino casi de ser una niña. Era simplemente la mascota.

A las nueve y media dejaba el comedor, y la conversación volvía a úlceras y Realidad y Evolución Emergente…

—Uno querría tenerla como un pajarito enjaulado —dijo John Tarwin, cuando la puerta se cerró tras ella, la primera vez que comió en casa de *Sir* Watney.

El profesor Broadwater asintió. Hubo un pequeño silencio. Fue Tarwin quien lo rompió.

—¿Cuál es su opinión —preguntó, inclinándose hacia adelante, con esa expresión de inteligencia inexpresiva en su rostro vehemente de agudos rasgos— cuál es su opinión sobre el valor de los experimentos en tumores artificialmente injertados en oposición a los practicados en tumores naturales?

Tarwin tenía sólo treinta y tres años y parecía más joven aún, entre los veteranos de *Sir* Watney. Ya tenía una buena obra, lo había dicho *Sir* Watney a sus huéspedes antes de la llegada del joven, y prometía mejorarla en lo sucesivo. Era además un tipo interesante. Había viajado mucho, en el África tropical, en la India, en ambas Américas. Tenía una buena posición y no necesitaba atarse a un empleo académico para ganarse la vida. Había trabajado aquí en Londres, en Alemania, en el Instituto Rockefeller de Nueva York, en el Japón —¡envidiables oportunidades! Tiene grandes ventajas poseer una renta propia…

—¡Ah!, aquí está. Tarwin, buenas noches. No, no es tarde… El señor juez Gidley, el profesor Broadwater, el profesor Stagg y ¡válgame Dios!, no te había visto, Moira; eres realmente ultramicroscópica, mi nieta. —Tarwin le sonrió. Era verdaderamente deliciosa.

Bueno, hacía cinco años que se habían casado, pensaba Moira, mientras se empolvaba el rostro frente al espejo. Tonino venía a tomar el té; se estaba cambiando el vestido. Por la ventana detrás del espejo, se veía Florencia entre los cipreses —un entrevero de techos pardos, en la bruma, y sobre ellos la torre de mármol y el Duomo surgiendo enorme, aéreo. Cinco años. Fue el retrato de John en su marco de cuero de viaje lo que la hizo pensar en su casamiento. ¿Por qué lo tenía en su tocador? La fuerza de la costumbre, suponía. No era que le recordara días particularmente felices. Al contrario. Había ahora como una falta de honradez de su parte en conservarlo ahí. Pretendiendo quererlo cuando ya no lo quería… Lo miró de nuevo. El perfil era afilado y ardiente: un joven investigador ávido, enfocando un tumor. A ella en realidad le gustaba más como hombre de ciencia que cuando trataba de tener un alma o ser un poeta o un enamorado. Parecía horrible decirlo pero era así: el hombre de ciencia era de mejor calidad que el hombre hombre.

Ella lo había sabido siempre —o más bien, sabido no, sino sentido. El hombre

siempre la ponía incómoda. Cuanto más humano, más incómoda se sentía. Nunca debía haberse casado con él. ¡Pero él había insistido tanto!, y tenía tanta vitalidad; todos hablaban tan bien de él; lo encontraba bien físicamente; parecía llevar una vida tan alegre, viajando por todo el mundo; y ella estaba cansada de ser la mascota de los viejos colegas de su abuelo. Había un buen número de pequeñas razones. Juntos los dos, pensaba Moira, serían el equivalente de una razón grande y poderosa. Pero no lo eran; se había equivocado.

Sí, cuanto más humano, más incómodo. ¡La manera desconcertante en que él proyectaba la hermosa iluminación de su sonrisa! Iluminación súbita que se apagaba sin aviso alguno, cuando se iniciaba una discusión sobre un tema serio; cáncer o filosofía, por ejemplo… Y además esa voz acolchada de sentimentalismo, cuando hablaba del Amor o de la Naturaleza, ¡o de Dios! ¡Ese acento emocionado y ese temblor superfluo que ponía en su adiós! Como un perrito de Landseer, le había dicho una vez antes de casarse, riendo y haciendo una burlesca parodia de su demasiado tierno ¡Adiós, Moira! La burla lo había herido. John se enorgullecía de su alma y de sus sentimientos tanto como de su intelecto; tanto de sus sentimientos por la Naturaleza y sus poéticas nostalgias amorosas como de su conocimiento de los tumores. Goethe era su autor favorito y el personaje histórico que más admiraba. Poeta y hombre de ciencia, pensador profundo y ardiente enamorado, artista en el pensamiento y en la vida. —John se veía personificado en ese papel fastuoso. La hizo leer *Fausto* y *Wilhelm Meister*. Moira hizo lo posible para fingir un entusiasmo que no sentía. En su fuero interno pensaba que Goethe era un farsante.

—Nunca he debido casarme con él —dijo a su imagen en el espejo, y sacudió la cabeza.

En John convivían el aficionado a hacer mimos y el educador cariñoso. Había veces en que la infantilidad de Moira lo deleitaba lo mismo que había deleitado a *Sir* Watney y sus colegas. Entonces se reía de todas las candideces o impertinencias que se le ocurrían, como si fueran rasgos del ingenio más exquisito; y no sólo se reía, sino que llamaba la atención pública, la inducía a nuevas puerilidades y repetía la historia de sus gracias a quien quería escucharlo. Era menos entusiasta cuando Moira se mostraba pueril a sus expensas, cuando sus inocentadas habían comprometido en algún modo su dignidad o sus intereses. En tales ocasiones perdía la paciencia, la llamaba tonta y le decía que debía avergonzarse de sí misma. Después de lo cual se dominaba y se volvía grave, paternal y pedagógico. Y hacía sentir a la pobre Moira que no era digna de él. Y por fin, encendía la sonrisa y se reconciliaba, prodigándola caricias que le dejaban fría como una piedra.

—¡Y pensar —reflexionaba, volviendo a colocar el cisne en la polvera— pensar en todo el tiempo y la energía que he gastado tratando de ponerme a tono con él!

Todos esos artículos científicos que había leído, esos esbozos de medicina y psicología, esos textos de esto o de aquello (no recordaba ni los nombres), ¡para no decir nada de los aburridos volúmenes de Goethe! ¡Y después todas las andanzas cuando le dolía la cabeza o estaba cansada! ¡Todos esos encuentros con gentes que la aburrían, pero que eran realmente, según John, tan interesantes e importantes! ¡Y todos los viajes, ese terrible afán de verlo todo, esas visitas a extranjeros distinguidos y a sus menos distinguidas esposas! Hasta físicamente le era imposible seguir a su marido —¡tenía las piernas tan cortas y John tenía siempre tanta prisa! Mentalmente, a despecho de todos sus esfuerzos, se quedaba cien millas atrás.

—¡Horrible! —dijo en alta voz.

Toda su vida de casada había sido horrible. Desde aquella horrible luna de miel en Capri, cuando la había hecho andar demasiado a prisa, demasiado a prisa, cuesta arriba, sólo para leerle extractos de Wordsworth, una vez arriba en el *Aussichtpunckt*; cuando le hablaba de amor y lo hacía con demasiada frecuencia, cuando le decía los nombres latinos de plantas y mariposas, desde aquella horrible luna de miel hasta el día, cuatro meses atrás, en que sus nervios se habían hecho pedazos y el doctor había ordenado que estuviera tranquila, lejos de John. ¡Horrible! Esa vida casi la había muerto. Y eso no era (al fin se había dado cuenta), eso no era vida. No era más que una actividad galvánica, como la contracción de la pata de una rana muerta cuando se le toca un nervio con un alambre eléctrico. No era vida sino una muerte galvanizada.

Recordaba la última de sus querellas, antes de la prescripción médica de alejarse. John estaba sentado a sus pies, la cabeza recostada en sus rodillas. ¡Y John empezaba a ponerse calvo! A ella le eran insoportables esos largos pelos aplastados sobre el cráneo. Y porque estaba cansado con sus investigaciones de microscopio, cansado y a la vez (habiéndola dejado en paz, gracias a Dios, por más de quince días) enamorado, se le veía en los ojos, se volvía sentimental y hablaba con su voz más aterciopelado de Amor y de Belleza y de la necesidad de parecerse a Goethe. Hablando hasta darle ganas de gritar. Y al fin ya no pudo más.

—¡John, por amor de Dios —le dijo casi a punto de perder el dominio de sí— cállate!

—¿Qué te pasa? —interrogó, levantando hacia ella sus ojos apenados.

¡Toda esa charla! Estaba indignada.

—Pero si tú nunca has querido a nadie más que a ti mismo. Ni sentido la belleza de nada. Ni más ni menos que ese viejo farsante de Goethe. Tú sabes lo que debes sentir cerca de una mujer o mirando un paisaje; tú sabes lo que siente la gente refinada. Y deliberadamente tratas de sentir lo mismo en cabeza propia.

John se sintió herido en lo más vivo.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Porque es cierto, es cierto. ¡Sólo vives intelectualmente, con la cabeza! ¡Y una cabeza calva, por añadidura! —agregó Moira, riendo sin poder contenerse.

¡Qué escena! Siguió riéndose mientras él estaba enfurecido; no podía contener la risa.

—Es histerismo —dijo John y se calmó—. La pobre criatura está enferma. —No sin esfuerzo, encendió su expresión de ternura paternal y fue a buscar las sales.

Un último toque a los labios ¡ya está!, lista. Bajó al salón, para encontrar a Tonino, que la esperaba —siempre se adelantaba—. Se levantó al verla, se inclinó sobre la mano que ella le tendía y se la besó. Le gustaban sus maneras rebuscadas de meridional, a veces algo excesivas.

John siempre ocupado en sus investigaciones científicas o en hacer el poeta de voz afelpada no tenía tiempo para pensar en buenas maneras. No creía que la cortesía fuera muy importante. Lo mismo le pasaba con la ropa. Andaba crónicamente mal vestido. Tonino, al contrario, era un modelo de elegancia llamativa. Ese traje gris claro, esa corbata color alhucema, esos zapatos abigarrados de cabritilla blanca y charol —¡maravilloso!

Uno de los placeres, o de los peligros de los viajes por el extranjero es que uno pierde la noción de clase. En su propio país, aun con la mejor voluntad, esto es imposible. El hábito nos hace a nuestra propia clase legible de inmediato como nuestro propio idioma. Una palabra, un gesto son suficiente: nuestro hombre está clasificado.

Pero en el extranjero la gente no es legible. Los defectos de educación no saltan a la vista; todos los más sutiles refinamientos, los más finos matices de la vulgaridad, se nos escapan. El acento, las inflexiones de voz, el vocabulario, los ademanes, nada nos dicen. Entre el duque y el corredor de seguros, el arrivista aprovechador y el gentilhombre campesino, nuestro ojo inexperimentado y nuestro oído no aprecian diferencias. Para Moira, Tonino era la flor característica de la sociedad italiana. Sabía, naturalmente, que no estaba en buena posición, ¡pero hay tanta gente distinguida en la pobreza! Veía en él el equivalente de uno de esos hijos menores de los *squires* ingleses, esa clase de joven que busca trabajo por medio de un aviso en el *Times*, en la *Agony Column*: « Exestudiante universitario, aficionado a los deportes, aceptaría cualquier empleo de confianza bien remunerado» . La hubiera apenado y llenado de sorpresa e indignación oír al viejo Bargioni, decir de Tonino después de su primer encuentro: « *il tipo dil parrucchiere napoletano*» —el peluquero típico napolitano. La *signora* Bargioni sacudió la cabeza ante el posible escándalo, regocijándose en el fondo.

En realidad Tonino no era peluquero. Era hijo de un capitalista, no muy fuerte, pero un capitalista auténtico.

Vasare padre era propietario de un *restaurant* en Pozzuoli y tenía la ambición de abrir un hotel. Tonino había sido enviado a estudiar la industria del turismo a

casa de un amigo de la familia que dirigía uno de los mejores establecimientos de Florencia. Cuando hubiera aprendido todos los secretos del oficio, volvería a Pozzuoli a ser el director de la pensión refaccionada que su padre se proponía rebautizar modestamente: el Gran Hotel Ritz-Carlton. Mientras tanto, vagaba en Florencia sin mucho que hacer. Había conocido a Moira en una forma romántica, en el camino real. Guiando sola, como era su costumbre, Moira había pasado sobre un clavo. Un pinchazo. Nada más fácil que cambiar la rueda —nada, siempre que se tenga la fuerza necesaria para desatar los nudos que sujetan la rueda pinchada a su eje. Moira no la tenía. Cuando Tonino apareció, diez minutos después del accidente, la encontró sentada en el estribo del coche, colorada, despeinada por los esfuerzos y en un mar de lágrimas.

—*Una signora forestiera*. —Esa noche, en el café, Tonino relató su aventura con satisfacción y aire fatuo. Para la pequeña burguesía en que se había criado, una Dama Extranjera era casi una criatura fabulosa, un ser de riqueza, independencia y excentricidad legendarias. *Inglese*, especificó. *Giovane y bella, bellissima*. Sus interlocutores no se convencían; la belleza por una u otra razón, no es común entre los ejemplares ingleses que ambulan por el extranjero. *Ricca*, añadió. Eso ya parecía menos improbable; las señoras extranjeras, eran todas ricas, casi por definición. Suculentamente y con unción, describió Tonino el coche que ella guiaba, la villa lujosa en que vivía.

El encuentro casual cuajó pronto en amistad. Ésta era la cuarta o quinta vez en una quincena que Tonino había visitado la casa.

—Unas pocas flores —dijo el joven en un tono de excusa, suave e insinuante; y adelantó la mano izquierda, que había tenido escondida detrás de la espalda. Sostenía un ramo de rosas blancas.

—¡Pero qué bueno de su parte! —exclamó ella en su mal italiano—. ¡Qué bonitas! —John no regalaba flores a nadie; miraba esas cosas como tonterías. Sonrió a Tonino por encima de las flores: mil gracias.

Con un gesto de súplica, devolvió la sonrisa. Brillaron sus dientes iguales, como perlas. Sus grandes ojos eran luminosos, oscuros, líquidos y algo vagos como los de las gacelas. Era todo un buen mozo.

—Rosas blancas —dijo—, para la rosa blanca.

Moira se rio. El cumplido era ridículo; pero no dejó de agradarle.

Tonino, no era sólo capaz de hacer cumplidos. Sabía hacerse útil. Cuando unos días después, Moira resolvió pintar al agua el *hall*, bastante deteriorado, y el comedor, Tonino fue el alma del arreglo. Trató con el decorador, hizo reproches a las demoras, indicó a los obreros las ideas personales de Moira sobre los tonos de color y tomó a su cargo la dirección de los trabajos.

—Si no hubiera sido por usted —le dijo Moira, una vez terminada la obra—, me hubieran robado y nada se hubiera hecho como es debido.

—Qué alivio —pensaba—, tener a mano un hombre sin cosa importante que

hacer; un hombre con tiempo disponible para ayudarla y serle útil. ¡Qué alivio! ¡Y qué cambio! Con John, era ella la que tenía que hacer todas las cosas prácticas y aburridas. John siempre tenía que hacer, y su trabajo era antes que todo, hasta de la conveniencia de su esposa. Tonino era un hombre vulgar, sin nada de sobrehumano en él o en sus actividades. Sí, era un gran alivio.

Poco a poco, Moira llegó a descansar en él para todo. Era universalmente útil. Se consumieron las mechas y Tonino las puso nuevas. Había un nido de avispas en la chimenea del salón, que Tonino heroicamente asfixió con azufre. Pero su especialidad era la economía doméstica. Criado en un *restaurant*, sabía los precios y todo lo concerniente a bebidas y alimentos. Cuando la carne no era buena, iba a la carnicería y poco faltaba para que se la hiciera tragar al carnicero. Hacía rebajar al almacenero lo que cobraba de más. Hizo un arreglo con un empleado de la pescadería, mediante el cual Moira tenía la flor de los lenguados y de los mújoles. Le hizo las compras de vino y aceite, al por mayor, en enormes damajuanas de vidrio; y Moira, que después de la muerte de *Sir* Watney podía permitirse beber Pol Roger 1911, y cocinar con manteca de yak importada, se entusiasmaba en largas conversaciones sobre la economía de un céntimo por libra o de una o dos liras por quintal. Para Tonino el precio y la calidad de las provisiones era de la mayor importancia. Conseguir una botella de Chianti por cinco liras noventa en vez de seis liras era a sus ojos una victoria; y la victoria era un triunfo completo si se podía probar que el Chianti llevaba tres años de embotellado y tenía más de catorce por ciento de alcohol. Por naturaleza Moira no era ni avara ni comilona. Y su educación había afirmado sus tendencias naturales. Tenía el desinterés de aquellos que nunca han estado cortos de dinero; y a su abstemia indiferencia por los placeres de la mesa nunca se había mezclado la preocupación de dueña de casa por el apetito y la digestión de los demás. Nunca; pues *Sir* Watney tenía a su servicio una ama de llaves profesional, y con John Tarwin, que apenas se daba cuenta de lo que comía, y que pensaba que las mujeres debían ocuparse en cosas intelectuales, más importantes que asuntos de cocina, había vivido la mayor parte del tiempo desde su casamiento en hoteles o en departamentos con pensión, o en piezas amuebladas en un crónico estado de *picnic*. Tonino le había revelado el mundo de los mercados y de las cocinas. Acostumbrada, sin embargo, a pensar con Johrt. que no valía la pena de preocuparse por la vida material, se rio al principio de la seriedad con que Tonino trataba de la carne o de un medio penique. Pero al poco tiempo empezó a contagiarse de ese entusiasmo casi religioso por la vida doméstica: descubrió que la carne y el medio penique eran interesantes, después de todo, que eran reales e importantes —mucho más reales e importantes, por ejemplo, que leer a Goethe cuando uno lo encuentra farsante y aburrido. Vigilada cariñosamente por los más competentes abogados y corredores, la fortuna del finado *Sir* Watney producía Un buen cinco por ciento, libre de impuestos. Pero en la compañía de Tonino

podía Moira olvidar el balance de su cuenta de banco. Descendiendo del Sinaí financiero en el que tan alto estaba colocada sobre el común de los mortales, descubrió, con él, las preocupaciones de la pobreza. Eran curiosamente excitantes e interesantes.

—¡Los precios que piden por el pescado en Florencia! —decía Tonino, después de un silencio, ya agotado el tema de las rosas blancas—. ¡Cuando pienso en el precio de los pulpos en Nápoles! Es escandaloso.

—¡Escandaloso! —repetía Moira, con igual indignación.

Hablaban interminablemente.

El día siguiente el cielo ya no fue azul, sino de un blanco opaco. No había sol, sólo un resplandor difuso sin sombras. El paisaje yacía absolutamente sin vida bajo la mirada del cielo muerto como de un pez muerto. Hacía mucho calor, no había viento, el aire apenas respirable parecía de lana. Moira se despertó con dolor de cabeza, y sus nervios tenían como una inquieta vida propia, independiente de la suya. Eran como pájaros enjaulados, aleteando y revoloteando y piando a la menor alarma; y su cuerpo laxo y dolorido era la pajarera. Contra su voluntad y su intención se sorprendió malhumorada contra la doncella diciéndole cosas desagradables. Como compensación tuvo que darle un par de medias. Ya vestida, quiso escribir algunas cartas; pero su estilográfica le manchó los dedos, lo cual la enfureció de tal modo que la tiró por la ventana. La estilográfica se hizo pedazos abajo en el embaldosado. No tenía otra con que escribir; era demasiado. Se lavó la tinta de las manos y tomó su bastidor. Pero le parecía que todos los dedos eran pulgares. Y se pinchó con la aguja. ¡Ah qué dolor! Se le llenaron los ojos de lágrimas; empezó a llorar. Y habiendo empezado no pudo parar. Assunta entró cinco minutos después y la encontró sollozando:

—¿Pero qué pasa, *signora*? —le preguntó llena de afectuosa solicitud, ablandada con el regalo de las medias. Moira sacudió la cabeza.

—Váyase —le dijo con voz entrecortada. La muchacha insistió—. Váyase —repitió Moira. ¿Cómo explicar lo que había, si no había sucedido otra cosa más que el pinchazo del dedo? No había nada. Y sin embargo, todo, todo la entristecía. A fin de cuentas ese todo era el tiempo. Aun en plena salud Moira había sido muy sensible a las tormentas. Sus nervios relajados eran entonces más sensibles que nunca. Las lágrimas y furias y desesperaciones de este horrible día tenían puramente un origen meteorológico. Pero no por eso eran menos violentas y dolorosas. Las horas pasaban lúgubremente. Espeso de nubes negras, vino el crepúsculo en un silencio sofocante y prematuramente se hizo noche. El reflejo de lejanos relámpagos, brillando más allá bajo el horizonte, iluminaba el cielo oriental. Los picos y las crestas de los Apeninos se recortaban momentáneamente contra extensiones de vapor plateado y desaparecían en silencio, la expectativa persistía. Con una sensación de ahogo —porque las tormentas la aterraban— Moira se sentó en la ventana, mirando las negras

colinas aparecer en ese fondo de plata y morir, aparecer y morir. Los relámpagos eran más intensos; por primera vez oyó acercarse el trueno, lejano y débil como el murmullo del mar en un caracol. Moira se estremeció. El reloj del *hall* dio las nueve, y como si el sonido fuera una señal convenida, de repente una ráfaga de viento sacudió la magnolia en el cruce de los senderos del jardín allá abajo. Largas hojas tiesas se entrechocaron como escamas de cuerno. Hubo otro relámpago. A su blanco resplandor fugaz distinguió los dos cipreses funerarios que se retorcían y se debatían en la agitación desesperada del dolor. Y entonces, de súbito, la tormenta estalló catastrófica; directamente sobre su cabeza, parecía. Ante la violencia salvaje de un diluvio glacial, Moira cerró la ventana. Una raya blanca de fuego zigzagueó terriblemente, allí detrás de los cipreses. El trueno inmediato fue como el derrumbe y la caída de una sólida bóveda. Moira se apartó de la ventana y se tiró en la cama. Se cubrió la cara con las manos. A través del ruido continuado de la lluvia el trueno estallaba y repercutía, estallaba otra vez y hacía rodar su voz entrecortada a través de la noche, en todas direcciones. Temblaba la casa entera. En las ventanas, los vidrios sacudidos repiqueteaban como los vidrios de un ómnibus viejo rodando sobre el empedrado.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —repetía Moira. En el enorme tumulto su voz era breve y como desnuda, perfectamente abyecta.

—Pero es una estupidez asustarse. —Recordaba la voz de John, su brillante tono de superioridad. Hay miles de probabilidades contra una de no ser alcanzada. Y en todo caso el esconder la cabeza no va a impedir al rayo de…

¡Cómo lo odiaba por ser tan sensato y razonable!

—¡Dios mío! —Se oyó otro trueno—. ¡Dios mío, Dios mío, Dios…!

Y de repente sucedió algo espantoso: se apagó la luz. A través de sus párpados cerrados ya no vio el rojo de sangre traslúcida, sino un negro absoluto. Destapándose la cara, abrió los ojos y miró con ansia a su alrededor: la misma oscuridad. Buscó a tientas el conmutador, lo encontró, le dio vuelta una y más veces: la misma oscuridad impenetrable.

—¡Assunta! —llamó.

Y de pronto, enmarcado por la ventana, se proyectó un cuadro del jardín sobre un fondo de cielo blanco-malva y de lluvia brillante que caía a mares.

—¡Assunta! —Una explosión que parecía en el mismo techo ahogó la voz—. ¡Assunta, Assunta! —Enloquecida, llegó tropezando hasta la puerta del cuarto oscuro como una tumba. Otro relámpago iluminó el picaporte. Abrió—. ¡Assunta!

Su voz resonó hueca en el pozo negro de la escalera. Volvió a estallar el trueno sobre su cabeza. Con un estallido y repiqueteo de vidrios rotos, una de las ventanas de su cuarto se abrió de par en par. Una ráfaga de viento frío le levantó los cabellos. De su escritorio se elevó un vuelo de papeles y remolineó con alas

crujientes en la oscuridad. Una le rozó la cara como algo vivo y después nada. Gritó con fuerza. La puerta golpeó tras ella. Aterrada corrió escaleras abajo, como si el diablo la persiguiera. En el *hall* encontró a Assunta y la cocinera que venían a su encuentro, encendiendo fósforos.

—¡Assunta, la luz! —Se colgó del brazo de la muchacha. Sólo el trueno respondía. Cuando se apaciguó el ruido, Assunta explicó que los fusibles habían saltado y que no había ni una vela en la casa. Ni una, y nada más que otra caja de fósforos.

—Pero entonces estaremos a oscuras —dijo Moira histéricamente.

Por las tres relucientes ventanas negras del *hall* aparecieron tres cuadros separados del jardín empapado y desaparecieron. En la pared, los viejos espejos de Venecia por un instante, parpadearon como ojos muertos vueltos a la vida.

—¡A oscuras! —repetía con una insistencia de loca.

—¡Ay! —grito Assunta, dejando caer la cerilla que le quemaba los dedos. El fragor del trueno caía sobre ellas, a través de las tinieblas que la falta de luz hacía más densas e impenetrables. Cuando sonó el teléfono, Tonino estaba sentado en la gerencia de su hotel, jugando a las cartas con los dos hijos del propietario y un amigo.

—Alguien quiere hablarle, *signor* Tonino —dijo el subportero, asomando la cabeza—. Una señora. —E hizo un gesto significativo.

Tonino, con dignidad, se alejó. Al volver unos minutos después, tenía el sombrero en una mano y con la otra se abotonaba el impermeable.

—Lo siento —dijo—; tengo que salir.

—¿Salir? —repitieron los otros, incrédulos. Tras las ventanas con los postigos cerrados, la tormenta rugía como una catarata con salvajes explosiones—. ¿Pero dónde? —le preguntaron—. ¿Por qué? ¿Estás loco?

Tonino se encogió de hombros, como si no fuera nada salir en un huracán, como si fuera su costumbre. *La signora forestiera* —explicó fastidiado con la pregunta—: la Tarwin le pedía que fuera en seguida a Bellosguardo. Los fusibles… ni una vela en la casa… completamente a oscuras… desesperada… los nervios…

—Pero con una noche semejante… no eres electricista. —Los dos hijos del propietario hablaban en coro. Les parecía, y eso los indignaba, que Tonino se dejaba explotar. Pero el tercer joven se recostó en la silla riendo.

—*Vai, caro, vai* —y amenazando con el dedo le dijo con intención—: *Ma fatti pagare per il tuo lavoro*. (Hazte pagar el trabajo). Berto era un conquistador, un especialista avezado en materia de estrategia amorosa, un experto reconocido.

—Toma la oportunidad. —Los otros hicieron eco a su risa desagradable. Tonino, por su parte, asintió con la cabeza ensayando una sonrisa.

El taxi, por las calles desiertas, se hundía en el agua y salpicaba como una fuente viajera. Tonino, sentado en el coche oscuro, rumiaba el consejo de Berto.

Por cierto, era bonita. Pero —no sabía por qué— apenas se le había ocurrido pensar en ella como en una querida. Había sido cortésmente galante con ella —por principio y por la fuerza de la costumbre— pero sin idea de conquista, y cuando se dio cuenta de que ella no respondía a sus avances, le había sido indiferente. Pero tal vez hubiera debido sentirlo, y hubiera debido poner mayor empeño. En el medio de Berto era como una obligación deportiva hacer lo posible para seducir todas las mujeres a mano. El hombre más admirable era el hombre que contaba más mujeres en su haber. Realmente encantadora, pensaba Tonino en su fuero interno, tratando de entusiasmarse con ese juego. Sería un triunfo de que podría enorgullecerse. Y más tratándose de una extranjera. Y tan rica. Sentía una satisfacción íntima en el gran coche, en la casa, en los sirvientes, en la platería. *Certo* —se dijo complacido—, *mi vuol bene*. Ella simpatizaba con él; no cabía duda. Meditativamente, se acarició el rostro; los músculos se distendieron bajo sus dedos. Se sonreía consigo mismo en la oscuridad; inocentemente, la sonrisa ingenua de una prostituta.

—Moira —dijo en alta voz— Moira. *Strano quel nome. Piuttosto ridicolo*.

Moira le abrió la puerta. Había estado mirando por la ventana, esperando, esperando.

—¡Tonino! —Le tendió ambas manos; nunca se había sentido más feliz de ver a alguien.

El cielo se volvió un momento de un blanco-malva detrás de él, mientras se detuvo en la puerta abierta. Los faldones de su impermeable se agitaron con el viento; una ráfaga húmeda entró con él; helando el rostro de Moira. El cielo se puso negro de nuevo. Cerró él la puerta con un golpe. Estaban en completa oscuridad.

—Tonino, es demasiado bueno de haber venido, sí demasiado…

El trueno que la interrumpió parecía el fin del mundo. Moira se estremeció.

—¡Dios mío! —murmuró; y de pronto llorando oprimió la cara contra el chaleco de Tonino, que la sostuvo en sus brazos acariciándole el cabello. El siguiente relámpago le mostró el sitio del sofá. En medio de la oscuridad que se sucedió la condujo a través del cuarto, se sentó y empezó a besar la cara húmeda de lágrimas. Ella estaba quieta en sus brazos, como una criatura asustada que al fin encuentra un amparo. Tonino la oprimía en sus brazos, besándola con dulzura una y otra vez.

—*Ti amo, Moira* —murmuraba. Y era cierto. Oprimiéndola, tocándola así en la oscuridad, la quería—. *Ti amo!* —¡Cómo la amaba!—. *Ti voglio un bene inmenso*, —repetía con pasión, con una honda y cálida ternura nacida de súbito de la oscuridad y del dulce y ciego contacto. Pesada y cálida como la vida, Moira yacía apretada contra él. Su cuerpo se curvaba, pleno y sólido bajo sus dedos, sus mejillas eran frescas y redondas, sus párpados redondos y trémulos, húmedos de lágrimas, su boca tan dulce, tan dulce bajo el contacto de sus labios.

—*Ti amo, ti amo!* —Estaba sin aliento de tanto amor, y sentía como si hubiera un hueco en el centro de su ser, un vacío de ternura deseosa de colmarse, que sólo Moira podía colmar, un vacío que la atraía hacía él, en él, que la absorbía como un vaso vacío absorbe el agua. Inmóvil, con los ojos cerrados, inmóvil, estaba ella en sus brazos, dejándose beber por su ternura, ahogarse en el vacío absorbente de su corazón, feliz en su pasividad, abandonándose a esa dulce insistencia apasionada.

—*Fatti pagare, fatti pagare!* —El recuerdo de las palabras de Berto transformó de golpe al enamorado en un *sportsman* del amor con una reputación que guardar y con récords que sostener. *Fatti pagare*. Arriesgó una caricia más íntima. Pero Moira se retrajo con tal estremecimiento al contacto que renunció, avergonzado de sí mismo.

—*Ebbene* —le preguntó Berto cuando regresó, una hora después—, ¿arreglaste los fusibles?

—¡Sí, los arreglé!

—¿Y cobraste?

Tonino sonrió con la sonrisa del *sportsman* de amor.

—Algo a cuenta —contestó, y en el acto se disgustó consigo mismo por lo que decía, y se disgustó con los demás porque lo festejaban. ¿Por qué consentía en echar a perder una cosa que había sido tan hermosa? Pretextando dolor de cabeza subió a su cuarto. La tormenta había pasado y la luna brillaba ahora en un cielo claro. Abrió la ventana y miró afuera. El Arno, río de tinta y mercurio, corría murmurando. Abajo, en la calle, brillaban los charcos como ojos abiertos. Lejos, en la opuesta ribera, el fantasma de Caruso cantaba en un gramófono: *Stretti, stretti, nell'estasi d'amore*… Tonino estaba emocionado profundamente.

A la mañana siguiente el cielo estaba azul, el sol brillaba en las hojas barnizadas de la magnolia, el aire era modesto y quieto. Sentada ante el tocador, Moira miró por la ventana, preguntándose incrédula si algo como una tormenta era posible. Pero las plantas estaban tronchadas sobre los canteros; los caminos alfombrados de hojas y pétalos dispersos. A despecho de la brisa suave y del sol, los horrores de la noche eran algo más que un mal sueño. Moira suspiró y empezó a cepillarse el cabello. En su marco de cuero, el perfil de John Tarwin se destacaba, brillantemente fijo en tumores imaginarios. Con los ojos puestos en él, Moira continuó cepillándose maquinalmente el cabello. Luego, de pronto, interrumpiendo el ritmo de sus movimientos, se levantó, tomó el cuadro y, atravesando el cuarto, lo arrojó fuera de su vista encima del gran armario. ¡Ahí! Volvió a su sitio, y, llena de una especie de temeroso engreimiento, prosiguió el peinado interrumpido.

Cuando estuvo vestida, bajó a la ciudad y pasó una hora en la joyería de Settepassi. Cuando salió dirigiéndose a Lungarno, la saludaron como a una

princesa.

—¡No, no fume de ésos! —le dijo a Tonino esa tarde, al querer tomar un cigarrillo de la caja de plata sobre la chimenea—. Tengo algunos egipcios de los que a usted le gustan. Los he comprado especialmente para usted. —Y sonriendo le entregó un paquetito.

Tonino se lo agradeció profusamente —demasiado profusamente— según su costumbre. Pero cuando abrió el paquete y vio el oro mate de una gran cigarrera, sólo pudo mirarla con embarazoso y escrutador asombro.

—¿No le parece bonita? —preguntó Moira.

—¡Maravillosa! Pero es… —titubeó un momento—. ¿Es para mí?

Moira se rio encantada de su cortedad. Nunca lo había visto cohibido. Era siempre el joven de mundo dueño de sí, seguro, inexpugnable bajo su armadura de buenas maneras meridionales. Ella admiraba esa elegante caparazón. Pero la divertía por una vez tomarlo de improviso, verlo desorientado, ruborizándose y tartamudeando como un niño. Le divertía y le gustaba; le gustaba tanto el niño como el joven socialmente competente, educado y cortés.

—¿Para mí? —remedó ella riendo—. ¿Le gusta? —Cambió de tono, se volvió grave—: Quería que tuviera un recuerdo de anoche. —Tonino le tomó las manos y las besó en silencio. Lo había recibido con una alegría tan natural, con tanta desenvoltura, como si nada hubiera pasado entre ellos, que las tiernas referencias (tan cuidadosamente preparadas al subir la cuesta) quedaron inéditas. Temió decir lo que no debía y ofenderla. Pero ahora el encanto estaba roto, por la misma Moira—. Uno no debe olvidar sus buenas acciones —le dijo abandonándole sus manos—. Cada vez que saque un cigarrillo ¿recordará cuan bueno y gentil ha sido con una tontita?

Tonino tuvo tiempo de recobrar su aplomo.

—Recordaré la más adorable, la más bella… —Teniéndole siempre las manos, la miró un momento en silencio, intencionadamente. Moira sonreía—. ¡Moira! —Y se encontró en sus brazos. Cerró los ojos y pasiva se abandonó en el círculo fuerte de sus brazos, pasiva y floja contra su cuerpo firme—. Te amo, Moira. —El aliento de sus palabras abrasaba su mejilla—. *Ti amo*. —Y de pronto los labios de Tonino encontraron los suyos besándolos violentamente, impacientemente. Entre los besos llegaban las palabras a su oído, apasionadas.

—*Ti amo pazzamonte… picana… tesoro… amore… cuore…* —Dicho en italiano, su amor parecía algo especialmente fuerte y profundo. Las cosas descritas en un idioma extranjero cobran una cierta extrañeza—. *Ammami, Moira, ammami. Mi ami un po?* —insistía—. ¿Un poco, Moira, me amas un poquito?

Ella abrió los ojos y lo miró. Luego, con un rápido movimiento le tomó la cara en sus dos manos, lo atrajo hacia ella y lo besó en la boca.

—¡Sí —murmuró—, te amo! —Y dulcemente, lo alejó. Tonino quiso besarla

de nuevo. Pero Moira sacudió la cabeza y se desasió de sus brazos—. No, no —dijo bondadosa y perentoriamente, a la vez—. No hay que afearlo todo.

Pasaban los días, calientes y dorados. Se acercaba el verano. Los ruiseñores, invisibles, cantaban en la frescura de la tarde.

—*L'ussignolo* —se decía Moira a sí misma al escuchar el canto—. *L'ussignolo*. Hasta los ruiseñores eran sutilmente melodiosos en italiano. El sol se ponía. Sentados en una pequeña glorieta al fondo del jardín miraban ensombrecerse el paisaje. Sobre la colina, allá abajo, los muros blancos de las granjas y las villas se recortaban con nítida claridad contra los olivos crepusculares como llenos de un sentido nuevo y extraño. Moira suspiró.

—Estoy tan feliz —dijo; Tonino le tomó la mano—. Ridículamente feliz. —Porque, después de todo —pensaba—, era ridículo estar tan feliz sin un motivo en particular. John Tarwin le había enseñado que sólo se podía ser feliz cuando se llevaba entre manos algo «interesante» (como él decía) o se frecuentaba personas que «valían la pena». Tonino no era un ser extraordinario ¡gracias a Dios! Y hacer un *pic-nic* no era exactamente «interesante» en el sentido que John daba a la palabra; tampoco lo era hablar de los méritos de las diferentes marcas de coches; tampoco, enseñar a Tonino a manejar, ni ir de compras; ni discutir el problema de cortinas nuevas para el salón; ni, como sucedía ahora, estar sentados en una glorieta sin decir palabra. A pesar, o a causa de lo cual, era feliz con una felicidad sin precedente.

—Ridículamente feliz —repetía.

Tonino le besó la mano.

—Y yo también —dijo. Y no era simple cortesía. A su manera, era realmente feliz con Moira. Cuando lo veían sentado a su lado, en el magnífico auto amarillo, la gente le tenía envidia. Era ella tan bonita y elegante y también tan exótica; tenía orgullo de que lo vieran andar con ella. ¡Y la cigarrera, y el bastón con puño de ágata, montado en oro, que le había regalado para su cumpleaños!… Además, y sin, darse bien cuenta, estaba muy enamorado. Por algo la había abrazado y acariciado en la oscuridad, la noche de la tormenta. Algo de esa honda y apasionada ternura, nacida de pronto de la noche y de aquel ciego y mudo contacto, subsistía en él —subsistía aun después que el deseo físico que entonces le había inspirado hubiera sido satisfecho por sustitución. (Y bajo los sabios consejos de Berto habían sido satisfechos con frecuencia). Si no fuera por los comentarios sarcásticos de Berto sobre la naturaleza aún platónica de sus relaciones, habría sido plenamente feliz.

—*Alle donne* —Berto generalizaba, sentenciosamente— *piace sempre la violenza*. Suspiran por que las violenten. Tú no sabes, hacer el amor, mi pobre amigo. —Y ponía como ejemplo sus hazañas. Para Berto, el amor era una especie de lasciva venganza sobre las mujeres por el crimen de ser puras.

Aguijoneado por las bromas de su amigo, Tonino hizo otra tentativa para

hacerse pagar el saldo del arreglo de los fusibles en la noche de la tormenta. Pero recibió en la cara tal bofetada, y Moira lo amenazó en tono tan seco con no volverlo a ver a menos que se condujera correctamente, que no se animó a intentar otro ataque. Se contentó con tomar un aire de tristeza y quejarse de su crueldad. Pero, a despecho de esa cara larga de circunstancias, era feliz con ella. Feliz como un gato al lado del fuego. El coche, la casa, su elegante belleza extranjera, los regalos maravillosos que le había hecho lo mantenían en una felicidad ronroneante.

Pasaban los días y las semanas. Moira hubiera querido que la vida se deslizara así por siempre, como una corriente alegre y viva con rachas ocasionales de tranquilo sentimentalismo, nunca peligrosamente honda o turbulenta, sin caídas ni remolinos ni correntadas. Ella quería que su existencia continuase eternamente así, lo que era en este momento, una especie de juego, con un compañero agradable que la excitara emocionalmente, jugando a amar y a vivir. ¡Si este pasatiempo feliz pudiera durar para siempre!

Y fue John Tarwin quien decidió que no podía durar. «Debiendo asistir congreso citológico Roma iré de pasada unos días llegaré jueves cariños. John». Tal era el texto del telegrama que esperaba a Moira una tarde al volver a su villa. Lo leyó y se sintió en el acto deprimida y desmoralizada. ¿Por qué venía? Iba a echarlo todo a perder. La tarde deslumbrante se volvió descolorida y muerta a sus ojos; esa felicidad que la colmaba al volver con Tonino de esa gira maravillosa por los Apeninos se extinguió. Retrospectivamente, su melancolía oscureció la belleza azul y dorada de las montañas, las flores brillantes, veló las risas y la charla del día.

—¿Por qué venía? —se preguntó desolada y rencorosa—. ¿Y qué va a suceder, qué va a suceder? —Sintió frío y le faltó el aliento y se sintió enferma con la inquietud y la incertidumbre.

La cara de John, al verla esperándolo en la estación, se iluminó instantáneamente con todo el poder de sus cien bujías de ternura y encanto.

—¡Queridita mía! —Su voz era trémula y aterciopelada. Se inclinó sobre ella; Moira se puso tiesa, soportando que la besara. Notó con asco que tenía las uñas sucias. La perspectiva de la comida sola con John la había asustado. Había invitado a Tonino a comer. Además, quería que John lo conociera. Guardar el secreto de la existencia de Tonino era admitir que había algo malo en sus relaciones con él. Y no había nada. Quería que John lo encontrara así, como la cosa más natural del mundo. ¿Le gustaría Tonino? Eso ya era otra cosa. Moira tenía sus dudas que se vieron justificadas. John empezó protestando al saber que había un invitado. ¡Su primera noche! ¿Cómo se le había ocurrido? Le temblaba la voz —pieles rizadas por la brisa. Moira tuvo que soportar un diluvio de sentimentalismo. Pero al fin, cuando llegó la hora de la comida, apagó su patetismo y pasó de nuevo a ser el investigador científico. Indagando con brillo

pero impersonalmente, John hizo un verdadero interrogatorio a su huésped sobre todo lo interesante e importante que sucedía en Italia. ¿Cuál era la verdadera situación política? ¿Cómo funcionaba el nuevo sistema de educación? ¿Qué pensaba de la reforma del código penal? Sobre todos esos temas, Tonino estaba, claro está, mucho menos informado que su examinador. La Italia que él conocía era la de sus amigos y la de su familia, de las tiendas y los cafés y las muchachas y la de la lucha diaria por el dinero. Toda esa Italia histórica, impersonal de que hablaban las grandes revistas que John leía tan inteligentemente, le era totalmente desconocida. Sus respuestas fueron de una tontería infantil. Moira escuchaba, muda de pena.

—¿Qué encuentras en ese muchacho? —le preguntó su marido, cuando Tonino se retiró—. Me ha parecido desprovisto de todo interés.

Moira no contestó. Hubo un silencio. John de repente abrió el conmutador de su sonrisa, una tierna sonrisa conyugal, protectora y enamorada.

—Es hora de acostarse, amor mío —dijo. Moira lo miró y vio en sus ojos la expresión que tan bien conocía y temía—. Amor mío —repitió, y se volvió el perro de Landseer enamorado. La rodeó con sus brazos y se inclinó a besar su rostro. Moira se estremeció, pero estaba sin fuerzas, muda, no sabiendo cómo escapar. Se la llevó.

Cuando John la dejó, tarde en la noche, se quedó despierta reviviendo sus ardores y sus accesos de sentimentalismo con un horror que el correr de las horas parecía aumentar. Al fin vino el sueño a libertarla.

Arqueólogo, el viejo *signor* Bargioni era decididamente « interesante» .

—Pero me aburre mortalmente —dijo Moira, cuando al día siguiente su marida sugirió hacerle una visita—. ¡Qué voz! ¡Y sigue, y sigue! ¡Y la barba! ¡Y la mujer!

John se puso colorado de rabia.

—No seas pueril, —saltó, olvidando cuánto le divertía esa puerilidad cuando no se oponía a sus diversiones o a sus asuntos.

—Con todo —insistió— no hay, probablemente, un hombre en el mundo que sepa más sobre la Toscana en la Edad Media.

A pesar de la Edad Media en la Toscana, John tuvo que hacer solo su visita. Pasó una hora lo más provechosa, charlando sobre arquitectura románica y sobre los reyes lombardos. Pero momentos antes de salir la conversación tomó otro giro; en cierto momento como por casualidad se mencionó el nombre de Tonino. Era la señora la que había insistido en mencionarlo.

—La ignorancia —protestó su marido— es una bendición. —Pero a la *signora* Bargioni le gustaba el escándalo, y siendo ya madura, fea, envidiosa y maligna, estaba llena de virtuosa indignación contra la joven esposa y de hipócrita simpatía por el esposo quizás engañado.

—Pobre Tarwin —insistió—, debe quedar advertido. —Y así, con tacto, con

aire de quien no dice nada el viejo deslizó sus insinuaciones.

Volviendo a pie a Bellosguardo, John iba pensativo y disgustado. No era que supusiera a Moira capaz de ser o haber sido infiel. ¡Esas cosas, en verdad, nunca le suceden a uno! Era evidente que Moira tenía simpatía por ese muchacho poco interesante; pero, en definitiva, y a pesar de su infantilidad, Moira era una persona civilizada. Era demasiado bien educada para hacer una estupidez. Además, reflexionaba, recordando la noche pasada, recordando todos los años de matrimonio, no tiene temperamento; no conoce la pasión; está totalmente desprovista de sensualismo. Su puerilidad nativa no puede más que reforzar sus principios. Se puede confiar en la pureza de los niños; pero no (y eso era lo que inquietaba a John Tarwin) en los que conocen el mundo. Moira no iba a rebajarse hasta permitir que le hicieran la corte; pero podía muy bien dejarse estafar. El viejo Bargioni había sido muy discreto y no se había comprometido; pero era evidente que consideraba al joven como un aventurero, a la pesca de cualquier cosa que le fuera provechosa. John, andando, frunció el ceño y se mordió los labios. Al llegar a su casa encontró a Moira y a Tonino dirigiendo la colocación de las nuevas fundas de cretona en las sillas del salón.

—Despacito, despacito —decía Moira al tapicero, cuando él entró. Volvió la cara al ruido de sus pasos. Una nube pareció oscurecer el brillo de su rostro al mirarlo; pero hizo un esfuerzo para conservar su alegría—. Ven a ver, John —le dijo—, es como querer meter una vieja bien gorda dentro de un traje muy estrecho. ¡Ridículo! —Pero John no le devolvió la sonrisa; su rostro era una máscara de una gravedad de piedra. Se dirigió con aire altanero hasta un sillón, saludó brevemente con la cabeza a Tonino, y al tapicero y se plantó ahí, a observar el trabajo, como si fuera un extraño, y, lo que es peor, un extraño hostil. La vista de Tonino y de Moira charlando y riendo había hecho nacer en su alma una súbita y violenta furia.

—Aventurerillo repugnante, —se repetía ferozmente a sí mismo detrás de su máscara.

—Es una tela muy bonita, ¿no te parece? —dijo Moira.

Contestó con un gruñido.

—Y muy moderna —agregó Tonino—. Aquí las tiendas son muy modernas —insistió con esa especie de susceptibilidad en lo que concierne a la modernidad que caracteriza a los habitantes de un país demasiado rico en monumentos y demasiado pobre en cuartos de baño.

—¿De veras? —dijo John sarcásticamente.

Moira frunció el ceño.

—No tienes idea lo útil que me ha sido Tonino —afirmó con cierto calor.

Tonino empezó a negar efusivamente que ella tuviera nada que agradecerle. John Tarwin lo interrumpió.

—¡Oh, no tengo ninguna duda que te haya sido útil! —dijo con el mismo tono

sarcástico y con una risita despreciativa. Hubo un incómodo silencio. Entonces Tonino se despidió. Apenas hubo salido, Moira se encaró con su marido. Tenía pálido el rostro y los labios le temblaban.

—¿Cómo te atreves a hablar así a uno de mis amigos? —preguntó con una voz que la ira hacía temblar.

John se encolerizó. —Porque quiero verme libre de ese tipo— le contestó; y caída la máscara, su cara descubierta era una furia—. Es repugnante ver a un individuo de esa calaña rondar la casa: un aventurero. Aprovechando tu estupidez. Explotándote.

—Tonino no me explota… Y después de todo, ¿qué sabes tú?

Se encogió de hombros.

—No hay más que oír lo que dice la gente.

—¡Ah!, son esos viejos imbéciles, ¿no? (Odiaba a los Bargioni, los *odiaba*). ¡En vez de agradecer a Tonino su ayuda! Ha hecho más por mí que tú. John. ¡Tú con tus horribles tumores y tu rancio Fausto! —El tono despreciativo de su voz era incisivo—. Sola tengo que luchar o hundirme. Y cuando alguien se me acerca y es humano y bueno conmigo, lo insultas. Y sufres un ataque de celos rabiosos porque le estoy normalmente agradecida.

John había tenido tiempo de acomodarse la máscara.

—Yo no sufro ningún ataque de rabia —dijo tragando su enojo y hablando lenta y fríamente—. Sólo quiero que no seas una presa posible de bellos y jóvenes gigolós de negra cabellera, salidos del bajo fondo napolitano.

—¡John!

—Aunque el asunto *sea* platónico —prosiguió— como estoy seguro que lo es. Pero no quiero tener cerca un gigoló aunque sea platónico. —Hablaba fríamente, lentamente con el propósito deliberado de herirla todo lo posible—. ¿Cuánto te ha sacado, hasta ahora?

Moira no contestó, pero le volvió la espalda bruscamente y salió corriendo.

Tonino acababa de bajar la colina, cuando la insistencia de fuertes cornetazos le hicieron volver la cara. Un gran automóvil amarillo estaba sobre él.

—¡Moira! —exclamó asombrado. El coche se paró a su lado.

—¡Suba! —le ordenó casi furiosa, como si estuviera enojada con él. Hizo lo que le decían.

—Pero ¿dónde piensa ir? —le preguntó.

—No sé, a cualquier parte. Tomemos el camino de Bolonia, por las montañas.

—Pero no lleva sombrero —objetó—, ni abrigo.

Por toda respuesta, ella se rio, y poniendo el coche en movimiento se lanzó a la carrera. John pasó la tarde solitario. Empezó a hacerse reproches: no he debido hablarle tan brutalmente —pensaba, cuando supo la partida precipitada de Moira —. ¡Cuántas cosas tiernas y dulces le diría, a su vuelta, para compensar su rudeza! Y entonces, cuando hicieran las paces, le hablaría con dulzura,

paternalmente, sobre los peligros de las malas amistades. Ya la anticipación de lo que le iba a decir iluminaba su rostro con una bella sonrisa. Pero cuando pasaron tres cuartos de hora del tiempo de la comida y se sentó solitario ante platos recocidos, cambió de humor.

—¡Si quiere enojarse, que se enoje! —Y a medida que las horas pasaban, se le endurecía el corazón. Dio el reloj la media noche. Su enojo empezó a entibiarse con un cierto temor. ¿No le habría sucedido algo? Estaba inquieto. Pero, por principio, y con firmeza, se fue a la cama. Veinte minutos después oyó en la escalera los pasos de Moira y luego su puerta que se cerraba. Había vuelto, nada le había pasado; absurdamente, se sintió exasperado con ella sabiéndola sana y salva. ¿Vendría a darle las buenas noches? Esperó.

Como ausente, entretanto, Moira se desvistió mecánicamente. Pensaba en todo lo que había pasado en esa eternidad, desde que dejó la casa. ¡Esa maravillosa puesta de sol en las montañas! Las laderas que miraban al poniente teñidas de un rosa dorado; abajo yacía un golfo azul de sombra. Contemplaban todo eso en silencio hasta que ella, de pronto, murmuró:

—¡Bésame, Tonino! —y al contacto de sus labios había sentido bajo la piel como un temblor delicioso. Se apretó contra él; ceñido por sus brazos el cuerpo era firme y sólido. Podía oír el latido del corazón de Tonino contra su mejilla, como algo con vida propia. Tic, tic, tic, y esa palpitación de vida no era la vida del Tonino que ella conocía, del Tonino que reía y hacía cumplidos y regalaba flores: era la vida de un poder misterioso e independiente. Un poder con el cual el personaje familiar de Tonino estaba asociado, pero sin relación apenas con él. Moira se estremeció. Misterioso y aterrador. Pero era un terror atrayente, como un negro abismo que nos atrae.

—Bésame, Tonino. Bésame. —Palideció la luz; las colinas se volvieron informes masas chatas contra el cielo—. Tengo frío —dijo ella al fin, tiritando—. Vamos.

Cenaron en una pequeña posada, allá arriba, entre dos pasos. Cuando volvieron al auto, era de noche. Él pasó el brazo alrededor de su cintura y le besó la nuca, allí donde los cabellos cortados eran ásperos contra su boca.

—Vamos a dar a la zanja —dijo ella riendo. Pero Tonino no reía.

—¡Moira! ¡Moira! —repetía; y había angustia en su voz—. ¡Moira! —Y al fin, cediendo a su ruego doloroso, ella detuvo el coche. Bajaron. Bajo los castaños, ¡qué completa oscuridad!

Moira dejó caer la última prenda y desnuda ante el espejo miró su imagen. Parecía el mismo de siempre, su cuerpo pálido: pero en realidad era distinto, era nuevo, acababa de nacer.

John esperaba todavía, pero su mujer no vino.

—Bueno —se dijo a sí mismo, con un dejo de irritado despecho que disfrazaba de olímpica serenidad justiciera— que se enoje si quiere. Se castiga a

sí misma. —Apagó la luz y se dispuso a dormir. A la mañana siguiente se fue a Roma, al Congreso Citológico sin despedirse; ¡eso la enseñaría! Pero —¡gracias a Dios!— fue lo primero que se le ocurrió decir a Moira cuando supo la partida. Y luego, de pronto, le tuvo lástima—. ¡Pobre John! Como una rana muerta, galvanizada: retorciéndose, pero nunca viviente. Era patético, realmente. —Moira se sentía tan rica de dicha, que podía darse el lujo de compadecerlo. Y en cierto modo le estaba agradecida. Si no hubiera venido, si no se hubiera conducido de un modo tan imperdonable, nada habría pasado entre ella y Tonino. ¡Pobre John! Con todo, era el suyo un caso desesperado.

Los días se sucedían serenos y brillantes. Pero la vida de Moira no corría como antes de la venida de John, tal una corriente clara y poco profunda. Turbulenta ahora, con oscuridades y honduras. Ya el amor no era un juego con un compañero agradable; era violento, absorbente, casi terrible. Tonino se le volvió una obsesión. Estaba perseguida por él; por su rostro, por sus dientes blancos y su pelo oscuro, y por sus miembros y por su cuerpo. Necesitaba estar con él, sentir su proximidad, tocarlo. Podía pasar horas enteras acariciándole el cabello, alborotándolo, arreglándolo de un modo fantástico, tieso como el de un *gollinag*, o en bucles enrollados como cuernos. Y cuando conseguía un efecto cómico, golpeaba las manos y se reía, se reía hasta que le corrían las lágrimas.

—¡Si te pudieras ver! —le gritaba; y, ofendido por su risa, Tonino protestaba con una cómica expresión de dignidad irritada—: Juegas conmigo como con una muñeca… —La risa moría en el rostro de Moira, y con una feroz seriedad, casi cruel se inclinaba sobre él y lo besaba en silencio, violentamente, cien y cien veces.

Ausente, aún estaba con ella, como una conciencia culpable. Sus soledades no eran más que meditaciones sin fin sobre Tonino. A veces, la necesidad de su presencia tangible era demasiado dolorosa e insoportable. Desobedeciendo todos sus requerimientos, rompiendo todas sus promesas, le telefoneaba que viniera, o partía en su coche a buscarlo. Una vez, cerca de medianoche, Tonino fue advertido en su cuarto del hotel de que una señora necesitaba hablarle. La encontró sentada en el coche.

—¡No he podido resistir!, ¡de veras!, ¡no he podido! —exclamó para excusarse y ablandar su enojo. Tonino no quiso ablandarse, ¡venir así a medianoche! Era una locura, ¡era escandaloso! Ella escuchaba, sentada en su sitio, pálida, con labios temblorosos y los ojos llenos de lágrimas. Al fin él se calló.

—¡Oh, si supieras, Tonino! —murmuró—, si tú supieras… —Le tomó la mano y se la besó humildemente.

Berto, cuando supo la buena noticia (pues Tonino orgulloso se la dijo en seguida), tuvo curiosidad de saber si la *signora forestiera* era tan fría como se suponía proverbialmente que lo eran las mujeres del norte.

—*Macché!* —protestó Tonino vigorosamente—. ¡Al contrario!

Por largo rato los dos jóvenes *sportsmen* discutieron las temperaturas amorosas, las discutieron técnicamente, profesionalmente.

Los arranques de Tonino no eran tan exagerados como los de Moira. En lo que le concernía personalmente, ya le habían sucedido cosas parecidas. En Moira la pasión no se disminuía con satisfacerla, más bien crecía, por el hecho de que para ella la satisfacción era algo intrínsecamente apocalíptico. Pero lo que era causa de que creciera la pasión en ella, en él la hacía declinar. Había conseguido lo que quería; su deseo de ella, concebido en la noche, nacido de su contacto (amortiguado con el tiempo y disminuido por todas sus deportivas aventuras amorosas en compañía de Berto), se había colmado. Ya no era más la deseada, la inaccesible, sino la mujer poseída, conocida. Al entregarse, se había rebajado al nivel de todas las otras mujeres que había poseído; ya no era más que otro ítem en el cuadro del *sportsman*.

Su actitud hacia ella sufrió un cambio. La familiaridad reemplazó a la cortesía; sus maneras tomaron una brusquedad conyugal. Cuando la volvía a ver después de una ausencia, le decía alegremente, en un tono poco romántico, dándole una o dos palmaditas en la espalda, como se palmea un caballo: *E bbene, tesoro?* La dejaba que hiciera sus compras y hasta las suyas también. Moira era feliz con ser su sirvienta. Su amor, al menos en ese aspecto, era casi abyecto. Era de una sumisión de perro. Tonino encontró ese género de adoración muy agradable mientras se concretó a buscarlo y pasearlo en su coche, a seguir sus consejos y a hacerle regalos.

—Pero no debes, querida, no es posible —protestaba cada vez que le regalaba algo. Sin embargo, aceptó una perla para su corbata, un par de gemelos de esmalte con brillantes, un cronómetro con una cadena de oro y platino. Pero el amor de Moira se manifestaba también de otra manera.

El amor exige tanto como da. Ella quería tantas cosas: su corazón, su presencia física, sus caricias, sus confidencias, su tiempo, su fidelidad. Era tiránica en su abyección amorosa. Fastidiaba a Tonino con su excesiva adoración. El omnisapiente Berto, a quien contó sus cuitas, le aconsejó una actitud enérgica. A las mujeres, decretó, se les debe mantener en su lugar con firmeza. Quieren más si se les maltrata un poquito.

Tonino siguió su consejo y, pretextando trabajo y compromisos sociales, redujo sus visitas. ¡Qué alivio librarse de su asedio! Inquieta, Moira le regaló una boquilla de ámbar. Él protestó, la aceptó, pero no le retribuyó con visitas más frecuentes. Un juego de botones con diamantes para camisa no produjo mejor efecto. Hablaba vagamente y de un modo grandilocuente de su carrera y de la necesidad de un trabajo constante; ésa era la excusa para no venir a verla más a menudo. Una tarde, ella tuvo en la punta de la lengua decirle que ella sería su carrera, que le daría todo lo que quisiera, si sólo… Pero el recuerdo de las

odiosas palabras de John la hizo enmudecer. La idea de que él no pusiera dificultades para aceptar el ofrecimiento la aterró.

—Quédate conmigo esta noche —imploró echándole los brazos al cuello. Él se dejó besar.

—Lo desearía mucho —dijo hipócritamente—, pero tengo un asunto importante que tratar esta noche. —El asunto importante era una partida de billar con Berto.

Moira por un momento lo miró en silencio; luego, separando sus manos del cuello de Tonino, volvió la cara. Había leído en sus ojos un fastidio que era casi horror.

Llegó el verano; pero en el alma de Moira no había ningún brillo interior en armonía con el sol. Pasaba sus días en una tristeza que fluctuaba entre el desasosiego y la apatía. Sus nervios volvieron a empezar su vida irresponsable, independiente de la de ella. Sin motivo real y contra su voluntad, tenía accesos incontrolables de furia, o de lagrimeo, o de risa. Cuando Tonino venía a verla, casi siempre, a despecho de sus buenos propósitos, montaba en amarga cólera o prorrumpía en una risa histérica.

—Pero ¿por qué estoy así? —se preguntaba—. Me le hago odiosa. —Pero en la próxima visita se conducía exactamente lo mismo. Era como si estuviera poseída por el demonio. Y no era sólo su espíritu el que estaba enfermo. Cuando subía la escalera demasiado a prisa, parecía que el corazón detenía por un instante sus latidos y que se le oscurecía la vista. Tenía dolor de cabeza casi a diario, perdió el apetito y no digería la comida. En su carita pálida y delgada, sus ojos parecían enormes. Cuando se miraba en el espejo se encontraba horrible, vieja y repulsiva.

—No es extraño que me deteste —pensaba, y por horas cavilaba y cavilaba con la idea de que se había vuelto físicamente desagradable para ver y tocar, corrompiendo el aire con su aliento. La idea se le volvió una obsesión, indescriptiblemente penosa y humillante.

—*Questa donna!* —se quejaba Tonino con un suspiro, al regreso de sus visitas.

—¿Por qué entonces no la abandonas? —Berto era hombre de medidas radicales. Tonino protestaba que no tenía valor; la pobre mujer sería demasiado infeliz. También lo complacía una buena mesa y pasear en un auto de precio y que su guardarropa se enriqueciera con suntuosos aditamentos. Se contentaba con quejarse y ser un mártir cristiano. Una noche su antiguo amigo Carlos Menardi le presentó a su hermana. Desde entonces soportó su martirio con menos paciencia todavía. Luisa Menardi sólo tenía diecisiete años, era fresca, sana, provocativamente bonita, con inquietos ojos negros que decían muchas casas y una lengua mordaz. Las citas de negocios se hicieron más frecuentes. Moira quedó abandonada a sus cavilaciones sobre el horrible tema de la repulsión que inspiraba.

Y luego, de golpe, la actitud de Tonino hacia ella sufrió otro cambio. Se volvió de nuevo asiduamente tierno, atento, cariñoso. En vez de endurecerse en un indiferente encogimiento de hombros, ante sus lágrimas, en vez de responder con enojo al enojo histérico de Moira, fue paciente con ella y le mostró una gentileza dulce y gozosa. Gradualmente, por una especie de contagio espiritual, ella también se volvió dulce y cariñosa. Casi a disgusto —porque el demonio en ella era el enemigo de la vida y la dicha— subió a la luz.

—« Mi hijo querido —había escrito el viejo Vasari en su inquietante y elocuente carta—: yo no soy de los que acusan débilmente al Destino; toda mi vida no ha sido más que un largo acto de Fe y de indomable Voluntad. Pero hay golpes bajo los cuales tambalea el hombre más fuerte —golpes que…» . La carta seguía así durante páginas y páginas en ese estilo. La dura y desagradable realidad que surgía de esa elocuencia era que el padre de Tonino había estado especulando en la bolsa de Nápoles, especulando sin suerte. El día primero del próximo mes estaría obligado a pagar unos cincuenta mil francos más de lo que tenía. El Grand Hotel Ritz-Carlton estaba muerto: tal vez tendría que vender el *restaurant*. ¿No podría Tonino hacer algo?

—¿Es posible? —dijo Moira con un suspiro de dicha—. Parece demasiado bueno para ser verdad. —Se inclinó sobre él. Tonino le besaba los oídos diciéndole palabras cariñosas. No había luna, el firmamento azul oscuro estaba profusamente constelado de estrellas; y como otro universo estrellado que se moviera en un loco delirio, las luciérnagas se precipitaban brillando y eclipsándose alternativamente, entre los olivos.

—*Darling* —le dijo en voz alta, preguntándose si sería el momento de hablar —. *Piccina mia!* —Al fin se decidió a aplazar el asunto uno o dos días más. En uno o dos días —calculó—, ya no podría negarle nada.

Tonino había calculado bien. Le dio el dinero, no sólo sin vacilar, sino con entusiasmo y alegría. La repugnancia la tuvo el pobre Tonino al recibirlo. Al recibir el cheque estaba casi llorando, y las lágrimas eran lágrimas de verdadera emoción.

—Eres un ángel —le dijo, y la voz le temblaba—. ¡Nos has salvado! —Moira lloraba sin poder contenerse al besarlo. ¿Cómo pudo haber dicho John aquellas cosas? Lloraba y era feliz. Un par de cepillos para el pelo, montados en plata, acompañaban el cheque, para demostrar que aquel dinero no alteraba en nada sus relaciones. Tonino reconoció la delicadeza de la intención y se conmovió—. ¡Eres demasiado buena! —insistía—, ¡demasiado buena! —Y se sentía un poco avergonzado.

—Vamos mañana a dar un largo paseo —insinuó ella.

Tonino había arreglado ir con Luisa y su hermano a Prato. Pero era tan fuerte su emoción, que estuvo a punto de sacrificar a Luisa aceptando la invitación de Moira.

—Bueno —empezó, y de pronto lo pensó mejor. Después de todo, podía salir con Moira cualquier día. Raras veces tenía ocasión de pasear con Luisa. Sacudió la cabeza, puso una cara desesperada—. ¡Pero qué estoy pensando! —exclamó —. Justamente mañana esperamos al administrador de la sociedad de hoteleros de Milán.

—¿Pero tienes que estar ahí para verlo?

—¡Ay de mí!

Era muy triste. Hasta qué punto, sólo al día siguiente Moira pudo saberlo. Nunca se había sentido más sola, nunca había ansiado tanto la presencia y el afecto de Tonino. Insatisfechas, sus ansias se volvían inquietud insoportable. Tratando de escapar a la soledad y al tedio que parecían llenar la casa, el jardín, el paisaje, sacó el auto y salió al azar, sin saber a dónde. Una hora después se encontró en Pistoia, y Pistoia le resultó tan odiosa como el resto; tomó el camino del regreso… En Prato había una feria. El camino estaba lleno de gente, el aire lleno de polvo y de músicas sonoras. En un campo próximo a la entrada de la ciudad, las calesitas daban vuelta brillando al sol. Un caballo desbocado interrumpió el tráfico… Moira detuvo el auto y miró la multitud a su alrededor, los columpios, las calesitas, los miró con fría hostilidad y disgusto. ¡Odioso! Y de pronto vio a Tonino montado en un cisne en la calesita más próxima con una muchacha vestida de muselina rosa, sentada delante, entre las blancas alas y el arqueado cuello. Subiendo y bajando, mientras avanzaba, el cisne desapareció. La música tocaba: *But poor poppa, poor poppa, he's got nothin' at all*. El cisne apareció de nuevo. La muchacha de rosa miraba sobre el hombro, sonriendo. Era muy joven, una linda vulgar, regordeta y vendiendo salud. Los labios de Tonino sonreían tras ese muro de ruido. ¿Qué decía? Todo lo que Moira supo es que la muchacha reía; su risa era como una explosión de joven vida sensual. Tonino levantó la mano y le agarró el moreno brazo desnudo. Como un planeta ondulante, el cisne una vez más desapareció de la vista de Moira. Mientras tanto el caballo desbocado se había sosegado y el tráfico empezaba a moverse. Detrás de ella una corneta sonaba insistentemente. Pero Moira no se movía. Algo en el fondo del alma deseaba repetir y prolongar su agonía. ¡Hu, hu, hu! No prestaba atención. Subiendo y bajando, el cisne otra vez surgió de su eclipse. Esta vez Tonino la vio. Sus ojos se encontraron; la risa, de golpe, desapareció de su rostro.

—*Porca madonna!* —gritó detrás de ella el motorista enfurecido—, ¿no puede seguir? —Moira puso el auto en movimiento y salió a la carrera por el camino polvoriento.

El cheque estaba en el correo.

—Todavía hay tiempo —pensó Tonino— de anularlo.

—Estás silencioso —le dijo Luisa, bromeando, mientras volvían a Florencia. Su hermano guiaba el coche sentado al volante; no tenía ojos detrás. Y Tonino, sentado a su lado, parecía una momia—. ¿Por qué estás tan callado?

Él la miró, y su rostro grave, de una insensibilidad de piedra, no parecía percibir sus hoyuelos y su alegría provocativa. Suspiró; luego, haciendo un esfuerzo, sonrió con desgano. Luisa tenía una mano sobre la rodilla con la palma hacia arriba, mostrando patéticamente su inacción. Cumpliendo honradamente con su deber, Tonino se apoderó de ella.

A las seis y media Tonino depositaba contra el muro de la villa de Moira la motocicleta que le habían prestado para la ocasión. Sintiéndose como un hombre que va a soportar una operación peligrosa, llamó a la puerta. Moira estaba tirada sobre la cama, así estaba desde que llegó; tenía todavía el guardapolvo y no se había quitado ni los zapatos. Afectando una alegre desenvoltura como si nada hubiera pasado, Tonino entró con paso ligero.

—¿Acostada? —dijo con un tono de cariñosa sorpresa—. ¿No tienes dolor de cabeza, verdad? —Sus palabras sonaron triviales y ridículas en ese vacío de significativo silencio. Se sentó al borde de la cama, con el corazón oprimido, y le puso una mano sobre su rodilla. Moira no se movió, siguió tendida, con la cara desviada, distante e inmóvil—. ¿Qué te pasa, mi querida? —la palmeó suavemente—. ¿No estás enojada porque me fui al Prato, verdad? —prosiguió con el tono inseguro del hombre que sabe de antemano que no recibirá respuesta. Ella no dijo ni una palabra. Este silencio era mucho peor que la explosión de llanto que él había esperado. Desesperado, sabiendo que todo era inútil, siguió hablando de su amigo Carlos Menardi, que había venido a buscarlo en su coche; y como el director de la Compañía Hotelera se había ido en seguida del almuerzo —contra lo previsto— y estando seguro que Moira habría salido, había aceptado, al fin, ir con Carlos y sus amigos. Por supuesto, si se le hubiera ocurrido que Moira estaba en casa, le hubiera pedido que los acompañara. ¡Cuánto más agradable hubiera sido para él!

Su voz era dulce, insinuante, apologética. « Un *gigoló* de negra cabellera del bajo fondo napolitano» . Las palabras de John reverberaban en su memoria. Entonces Tonino nunca la había amado, ¡sólo le importaba su dinero! Esa otra mujer… Volvió a ver el traje rosa, de tono más claro que la piel lisa y bronceada; la mano de Tonino sobre el oscuro brazo desnudo; el relámpago de la mirada y los dientes sonrientes. Y mientras tanto él seguía hablando, como disculpándose; hasta su voz era una mentira.

—Vete —le dijo al fin, sin mirarlo.

—Pero mi querida… —Inclinándose sobre ella trató de besar la mejilla desviada. Entonces se volvió y con toda su fuerza lo golpeó en el rostro.

—¡Demonio! —le gritó, furioso con el dolor de la bofetada. Sacó el pañuelo para enjugarse el labio ensangrentado—. ¡Está bien! —La voz le temblaba de rabia—. Si quieres que me vaya, me iré, y con mucho gusto. —Pesadamente se alejó. La puerta se cerró con un golpe tras él.

Pero, pensó Moira, escuchando apagarse el ruido de sus pasos en la escalera,

tal vez en realidad su culpa no ha sido tan grande como parecía; tal vez lo he juzgado mal. Se enderezó. Sobre la colcha amarilla había una manchita roja y redonda: una gota de sangre.

¡Y era ella la que lo había golpeado!

—¡Tonino! —llamó; pero la casa estaba silenciosa—. ¡Tonino!

Siguió llamándolo precipitándose escaleras abajo, atravesó el vestíbulo, salió al pórtico. Llegó a tiempo para verlo franquear la verja en su motocicleta. La manejaba con una mano: con la otra oprimía el pañuelo contra su boca.

—¡Tonino! ¡Tonino! —Pero él no la oyó o no quiso oírla. La motocicleta desapareció de su vista. Y porque él se había ido, y porque estaba enojado y por su labio herido, Moira se convenció súbitamente de que lo había acusado sin razón y de que toda la culpa era de ella. En un estado de dolorosa e incontenible agitación, corrió al *garage*. Era urgente que lo alcanzara, que le hablara, que le pidiera perdón, que le implorara volver. Puso en movimiento el coche y partió.

« Un día de éstos —John le había prevenido— si no tomas cuidado, te vas a desbarrancar. Es una vuelta muy peligrosa» .

Al salir del *garage* dio su golpe habitual al volante. Pero con la impaciencia de alcanzar a Tonino, al mismo tiempo oprimió el acelerador. La profecía de John se cumplió. El coche se acercó demasiado al borde de la barranca; la tierra seca se despedazó y rodó bajo las ruedas del coche, que se inclinó horriblemente, osciló por un largo instante y se volcó. A no ser por un acebo, se hubiera hecho añicos rodando barranca abajo. Felizmente, el motor sólo había alcanzado a rodar apenas un metro detenido por el tronco del árbol, quedando de lado como un ebrio. Sacudida, pero indemne, Moira saltó del coche y se dejó caer al suelo. « ¡Assunta! ¡Giovanni!» . Las sirvientas y el jardinero vinieron corriendo. Cuando vieron lo que había sucedido, hubo una Babel de exclamaciones, preguntas, comentarios.

—¿No se le puede poner de nuevo en el camino? —insistió Moira con el jardinero… porque era necesario, absolutamente necesario que viera a Tonino en el acto.

Giovanni movió la cabeza.

—Se necesitarían cuatro hombres, a lo menos, con palancas y un par de caballos.

—Telefonee, entonces, por un taxi —le ordenó a Assunta, y corrió para la casa. Si se quedaba un minuto más con esos charlatanes, empezaría a gritar. Otra vez sus nervios hacían vida aparte; apretando los puños, trató de dominarlos.

Ya en su cuarto, se sentó delante del espejo y empezó metódicamente, deliberadamente (se imponía la voluntad) a maquillarse. Se pasó un poco de rojo en las mejillas pálidas, se pintó los labios, se empolvo.

—Tengo que estar presentable —pensaba, poniéndose su más elegante sombrero—. ¿Pero no iba nunca a llegar ese taxi? —Luchó con su impaciencia

—. Mi cartera, —se dijo—. Voy a necesitar dinero para el taxi. —Estaba satisfecha consigo misma, al verse tan llena de previsión, tan fríamente práctica —. Sí, naturalmente, mi cartera.

—Pero ¿dónde está la cartera? —Recordaba con tanta claridad haberla tirado en la cama, al volver. Pero no estaba. Miró bajo las almohadas, levantó la colcha. Tal vez se había caído al suelo. ¿Sería posible que, después de todo, no la hubiera puesto en la cama? Pero no estaba en el tocador, ni sobre la chimenea, ni en ninguno de los estantes, ni en los cajones del guardarropa. ¿Dónde, dónde, dónde? Y de pronto se le cruzó una idea terrible. Tonino… ¿era posible? Los segundos pasaban. La posibilidad se le volvió una atroz certidumbre. Un ladrón al par que un… Las palabras de John resonaron en su cabeza: Un *gigoló* de negra cabellera del bajo fondo napolitano, un *gigoló* de negra cabellera del bajo fondo… Y también un ladrón. El bolso era de malla de oro; contenía más de cuatro mil liras. Ladrón, ladrón… Se quedó inmóvil, dura, rígida, con los ojos fijos. Entonces algo pareció deshacerse en sus adentros. Lloró a gritos como si de golpe la atormentara un dolor insoportable.

El estampido de un balazo los hizo subir a todos. La encontraron atravesada en la cama, con la cara para abajo, respirando aún débilmente. Pero antes de llegar el médico ya estaba muerta. En una cama colocada como la suya dentro la alcoba, era difícil arreglar el cuerpo. Cuando retiraron la cama de su sitio, se oyó un ruido de algo duro que caía al suelo con un sonido metálico. Assunta se agachó a mirar al suelo.

—Es un bolso —dijo—. Debió de quedar apretado entre la cama y la pared.

EL MONÓCULO

LA sala estaba en el primer piso. El rumor confuso e inarticulado de muchas voces flotaba escaleras abajo, como el rugir de un tren lejano. Gregory se despojó del sobretodo y lo entregó a la doncella.

—No se moleste —dijo—, conozco ya el camino.

¡Siempre tan considerado! Sin embargo, por una u otra razón, los criados nunca querían hacer nada por él; le despreciaban y le tenían antipatía.

—No se moleste —insistió.

La doncella, que era joven, de tez encendida y cabellos amarillos, le miró —él pensó que con silencioso desprecio— y se alejó. Seguramente, siguió pensando, ni siquiera había tenido la intención de acompañarle hasta arriba. Y se sintió humillado… una vez más.

Al fondo de la escalera había un espejo. Por un instante atisbo su imagen, se dio una palmadita en los cabellos, un toque rectificador en la corbata… Tenía el rostro lampiño y oviforme, las facciones regulares, el pelo pajizo y una boca diminuta, con el labio superior dibujado en arco de Cupido. Rostro de cura. En su fuero interno se creía hermoso, y de continuo se asombraba de que no hubiese más gente de su opinión.

Bruñendo su monóculo, empezó a subir la escalera. El volumen de sonido iba en aumento. Desde el descansillo, allí donde la escalera daba la vuelta, pudo ver la puerta abierta del salón. En un principio sólo alcanzó a ver lo alto del dintel y, a su través, un pedazo del techo; pero a cada escalón que subía fue viendo, progresivamente, una faja de pared bajo la cornisa, un cuadro, las cabezas de las gentes, sus cuerpos enteros, sus piernas y, por último, sus pies. Al llegar al penúltimo escalón, se insertó el monóculo y guardó el pañuelo en el bolsillo. Cuadrando bien los hombros, entró (casi militarmente, lisonjeóse en su interior). La dueña de la casa estaba en pie, junto a la ventana, al otro extremo del salón. Gregory avanzó hacia ella, sonriendo ya mecánicamente su saludo, aunque ella todavía no le había visto. La habitación estaba de bote en bote, caliginosa y en bruma con el humo de los cigarrillos. El ruido era casi tangible; Gregory tuvo la sensación de abrirse paso trabajosamente a través de un elemento más denso. Estirando el cuello fue vadeando el ruido, siempre manteniendo, con gran cuidado, su sonrisa sobre la corriente, a fin de presentarla intacta, como lo hizo, a la dueña de la casa.

—Buenas tardes, Hermione.

—¡Ah, Gregory! ¡Qué sorpresa tan agradable! ¿Cómo está usted?

—Lleva usted un traje delicioso —exclamó Gregory, siguiendo concienzudamente el consejo del amigo mundano (¡y con qué éxito!) que le había enseñado no debía perderse nunca la ocasión de decir un cumplido, por manifiestamente insincero que fuese.

Por otra parte, el traje no estaba mal. Lo malo era la manera de llevarlo que tenía la pobre Hermione, que bastaba que se pusiera una cosa para echarla a perder. A tal punto de malignidad era desgalichada y fea que lo era a propósito, había pensado siempre Gregory:

—¡Lo que se dice una delicia! —insistió, con su voz un tanto chillona.

Hermione sonrió complacida.

—¡Cuánto lo celebro!… —comenzó.

Pero antes de que pudiera continuar, una voz estentórea que cantaba nasalmente vino a interrumpirla:

—¡Contemplad al monstruo Polifemo! ¡Contemplad al monstruo Polifemo! —clamaba aquella voz, repitiendo una melodía de *Acis y Galatea*.

Gregory se ruborizó. Una ancha mano vino a palmotearle en mitad de la espalda, bajo los omoplatos. Su cuerpo emitió el sonido opaco de tambor que dan los flancos de un sabueso en iguales circunstancias.

—¿Y qué tal, Polifemo? —exclamó la voz, dejando de cantar, ya coloquial—. ¿Qué tal? ¿Cómo va esa salud?

—Muy bien, gracias —repuso Gregory, sin mirar a su alrededor.

¿No era, acaso, aquella bestia sudafricana de Paxton, siempre bebido?

—Muy bien, gracias, Sileno —añadió.

Paxton le había llamado Polifemo a causa de su monóculo: Polifemo, el cíclope de un solo ojo, el del ojo redondo. Botonazo mitológico por botonazo. En adelante, ya siempre llamaría Sileno a Paxton.

—¡Bravo! —vociferó Paxton. Y una segunda y no menos cordial sacudida vino a cortar la respiración a Gregory—. ¡Una reunión de primera!, ¿eh? ¡Hermione! ¡Lo que se llama de alta cultura! No todos los días puede uno tener invitados que se apedreen con alusiones grecorromanas. ¡Enhorabuena, Hermione! (Esto pasándole el brazo por el talle). ¡Enhorabuena por disfrutar de nuestra compañía!

Hermione logró soltarse.

—¡No seas pesado, Paxton! —exclamó impaciente.

Paxton se echó a reír teatralmente: «¡Ja, ja!». Una risa de traidor de melodrama. Y no era sólo la risa lo teatral; toda su persona parodiaba al tragediante de antaño: el escarpado perfil aquilino, los ojos profundamente hundidos, el cabello negro, bien crecido.

—¡Mil perdones! —exclamó con irónica cortesía—. Al fin y al cabo, tengan ustedes en cuenta que se trata de un pobre colonial, de un patán mal educado y un tanto bebido.

—¡Idiota! —prorrumpió Hermione alejándose.

Gregory hizo ademán de seguirla, pero Paxton le sujetó por la manga.

—Dígame usted la verdad, Polifemo —inquirió, ya en serio—: ¿por qué lleva usted monóculo?

—Pues si tanto empeño tiene usted en saberlo —contestó secamente Gregory —, le diré que por la sencilla razón de que soy miope y astigmático del ojo izquierdo y no del derecho.

—¿Miope y astigmático? —repitió el otro, con afectada sorpresa—. ¿Miope y astigmático? ¡Santo Dios!… ¡Y yo que creía que era por deseo de parecer un duque de opereta!

La risa de Gregory intentó ser de franco regocijo. ¡Mire usted que ir a figurarse semejante cosa! ¡Increíble, grotesco! Pero a través del regocijo sonaba una nota de malestar y turbación. Pues claro está que aquel maldito Paxton estaba en lo cierto. Consciente de su insignificancia, provincianismo y falta de aplomo vencedor, había convertido el diagnóstico del oculista en pretexto para tratar de parecer más distinguido, más impertinente e impresionante. En vano ¡ay! Aquel cristal no había aumentado ni mucho ni poco su confianza en sí mismo. Los monoculistas, acabó por decidir, son como los poetas: nacen y no se hacen. Cambridge no había transformado al colegial provinciano. A pesar de su cultura y sus inclinaciones literarias, ni por un momento había logrado dejar de sentirse el heredero del zapatero rico. Por más que hizo, no pudo acostumbrarse a su monóculo. La mayor parte del tiempo, no obstante las recomendaciones del oculista, veíasele colgando de su cordón: péndulo cuando andaba, sonda cuando comía, tan pronto sumergiéndose en la sopa como en el té, ya horadando la mermelada, ya la mantequilla. Sólo alguna que otra vez, en circunstancias particularmente favorables, conseguía Gregory ajustado a su órbita; y aún era más raro que lograse, una vez ajustado, conservarlo unos cuantos minutos, o segundos siquiera, sin que la ceja, enarcándose, viniera a dejarlo caer de nuevo. Y aun así, ¡qué pocas veces eran favorables las circunstancias al tal vidrio de Gregory! Unas veces, el medio era demasiado sórdido para dicho refinamiento; otras, demasiado elegante. Usar monóculo en presencia del indigente, del mísero, del analfabeto, equivale, realmente, a poner demasiado de relieve el triste lote que le cupo en suerte. Sin contar con que el mísero y el analfabeto tienen la deplorable costumbre de hacer befa de estos atributos de casta superior. Y Gregory no estaba, ni mucho menos, a prueba de burlas: le faltaba el aplomo señoril y la natural inconsciencia de los monoculistas. No sabía cómo hacer caso omiso del pobre, tratándolos, cuando no había más remedio que habérselas con ellos, como si fueran máquinas o animales domésticos. No en balde los había visto bastante de cerca en vida de su padre, cuando lo obligaba a interesarse de modo práctico en su negocio. Por otra parte, la misma falta de aplomo le cohibía para insertar su cristal en presencia del rico. Con éstos nunca se sentía absolutamente seguro de tener derecho al monóculo; sentíase, por decirlo así, un advenedizo a la monocularidad. Luego, por si todo esto no bastara, estaban también los intelectuales, cuya compañía era igualmente de lo más desfavorable al porte del cristal. ¿Cómo poder, realmente, hablar de cosas serias llevando

monóculo? Así, por ejemplo, muy bien podríais decir en un momento dado: « La música de Mozart es de una belleza tan pura, tan espiritual…» . Pero ¿a quién se le ocurriría pronunciar estas palabras con un disco de cristal engarzado en la órbita izquierda? No; el medio era rarísima vez favorable. Sin embargo, alguna que otra vez presentábanse ciertas circunstancias más benignas: las reuniones semibohemias de Hermione, por ejemplo. Pero Gregory no había contado con Paxton.

Regocijado, sorprendido, echóse a reír. Y, como por accidente, le resbaló de la órbita el monóculo.

—¡Por favor, vuelva usted a ponérselo! —imploró Paxton; y él mismo, apoderándose del cristal, que se bamboleaba sobre el estómago de Gregory al extremo de su cordoncillo, trató de poner en ejecución su súplica.

Gregory se echó atrás, rechazando con una mano a su perseguidor y tratando, con la otra, de arrancar de sus dedos el monóculo. Pero Paxton no estaba dispuesto a soltarlo.

—¡Por favor!… —seguía repitiendo.

—¡Démelo usted en seguida! —exclamó Gregory furioso, pero en voz queda, a fin de que la gente en torno no advirtiese la grotesca causa de la querella. ¡En su vida le habían puesto tan en ridículo!

Al fin, Paxton se lo dio.

—Usted perdone —dijo, con una caricaturesca atrición—. Hay que perdonar a un pobre colonial, borracho, que no está acostumbrado a la buena sociedad. Tenga usted en cuenta que yo no soy sino un borrachín, un desdichado palurdo aficionado a empinar el codo. ¿Conoce usted esos impresos que tiene uno que llenar en los hoteles franceses el día de llegada? Sí, donde hay que apuntar el nombre, la fecha de nacimiento, la profesión, etc., etc. ¿Sabe usted?

Gregory asintió con dignidad.

—Pues bien, cuando llega lo de la profesión, yo también pongo *ivrogne*. Eso, cuando estoy bastante despejado para recordar la palabra francesa. Si me encuentro ya en período demasiado avanzado, sólo pongo « borracho» . Hoy todo el mundo entiende nuestro idioma.

—¡Ah! —exclamó Gregory, fríamente—. ¡Es una profesión estupenda! —aseveró Paxton—. Le permite a uno hacer siempre lo que se le antoja…, todos los disparates que se le ocurran a uno: abrazar a las mujeres decentes (o que hacen como que lo son), decirles las groserías mayores, insultar a los hombres impunemente, reírse de ellos en sus mismas narices… ¡Todo le está permitido al desgraciado borracho!… sobre todo si es un pobre colonial y no sabe hacerlo mejor. Al hombre avisado, con media palabra… Créame, amigo: déjese usted de monóculo. ¡Maldito de lo que sirve! Hágase borracho, y ya verá cómo se divierte mucho más. Por cierto que esto me recuerda que tengo que encontrar, cueste lo que cueste, algo más de beber. Se me está despejando la cabeza.

Y desapareció entre la muchedumbre. Aliviado Gregory, buscó, a su alrededor, algún rostro conocido. Mientras miraba, bruñía su monóculo, que, después de secarse la frente, acabó por ajustar de nuevo en la órbita.

—Usted perdone…

Y se fue, insinuando delicadamente entre los grupos de pie y los corrillos sentados: «Usted perdone…», a cada paso, hasta llegar al otro extremo del salón, donde descubrió a unos amigos: Ransom, Mary Haig y *Miss* Camperdown. Apresuróse a inmiscuirse en la conversación, que giraba en torno de Mrs. Mandragora.

Todos los cuentecillos, ya conocidos, acerca de esta famosa cazadora de celebridades, fueron pasando en revista. Él mismo repitió dos o tres, con la pantomima «*ad hoc*», perfeccionada por cien representaciones. En medio de una mueca, al remate de una gesticulación bien estudiada, de pronto se vio tal, gesticulando y haciendo muecas, repitiendo de memoria las ya sabidas frases: «¿Por qué vendrá uno a las reuniones? ¿Por qué, santo cielo? ¡Siempre la misma gente inaguantable!, la misma murmuración estúpida y los mismos juegos de salón. ¡Siempre!». A pesar de todo, siguió mimando, adornando y floreciendo su cuenta hasta el final. Sus oyentes hasta consintieron en reírse; fue lo que se llama un éxito.

Pero Gregory se sentía avergonzado de sí propio. Ransom, mientras tanto, empezó a contar la historieta de Mrs. Mandragora con el raja de Pataliapur. Gregory gimió en espíritu. ¿Por qué?, se preguntó para sus adentros; ¿por qué, por qué, por qué? Detrás de él hablaban de política. Simulando sonreír aún a la fábula de Mandragora, prestó oídos a la discusión.

—Es el principio del fin —decía el político, profetizando catástrofes, con una voz tan tonante como satisfecha.

—«Mi querido Maharajá…» —contrahacía Ransom, imitando la voz intensa de la Mandragora, sus ademanes obsequiosos y suplicantes—; si usted supiera cómo adoro el Oriente…

—Nuestra posición excepcional se debe al hecho de haber puesto en práctica el sistema industrial antes que nadie. Ahora bien, en cuanto el resto del mundo ha seguido nuestro ejemplo, nos encontramos con que el haber comenzado antes es una desventaja. Pues toda nuestra maquinaria resulta ya anticuada.

—Gregory —reclamó Mary Haig—. ¿Cuál es su historieta sobre el soldado desconocido?

—¿El soldado desconocido? —repitió Gregory vagamente, tratando de oír lo que se decía a sus espaldas.

—Los últimos en llegar son los que tienen la última palabra en cuestión de maquinaria. La cosa es inevitable… Nosotros…

—¿Usted conoce ya la de la reunión de Mandragora, verdad?

—¡Que si la conozco! ¿Cuando nos invitó para presentarnos a la madre del

soldado desconocido?

—… Como Italia —continuaba diciendo el político, con su voz satisfecha y tronitruante—. En lo futuro, siempre tendremos uno o dos millones de hombres más de los que podemos emplear. Esto es, viviendo a costa del Estado.

¡Uno o dos millones! Gregory pensó en el Derby. Es muy posible que aquella muchedumbre, que acostumbraba a contemplar la carrera famosa, constase de unas cien mil personas. Es decir, diez Derbies, veinte Derbies, medio muertos de hambre, caminando por las calles con charangas y banderas. Dejó caer el monóculo. No tenía más remedio que enviar un billete de cinco libras al *London Hospital*, pensó. Cuatro mil ochocientas libras al año… que hacen treinta libras diarias. Sin contar los impuestos, claro está. Los impuestos eran tremendos. Monstruosos, sí, señor, monstruosos. Y Gregory trató de sentirse tan indignado respecto a los impuestos como esos señores viejos que apenas hablan de ellos, ya están congestionándose. Pero por mucho que se esforzaba, la verdad es que no lo conseguía. Al fin y al cabo, los impuestos no eran una excusa, ni una justificación. De repente, se sintió profundamente deprimido. Sin embargo —pensó, tratando de consolarse—, apenas si unos veinte o veinticinco, de aquellos dos millones, podrían vivir a expensas de su renta. ¡Veinticinco, de nada menos que dos millones!… La cosa era absurda, irrisoria. Pero no por eso acababa de sentirse Gregory consolado.

—Y lo curioso es —continuaba disertando Ransom sobre la Mandragora— que, en el fondo, no le interesan lo más mínimo sus celebridades. Empezará a contarle a uno lo que, en tal o cual ocasión, le dijo Anatole France, y de pronto, a la mitad del cuento, lo dejará colgado y saltará a otro cualquiera, todo ello por pura tontería…

—¡Santo Dios! —pensó Gregory—. ¡Cuántas veces no habría oído ya a Ransom hacer las mismas reflexiones sobre la psicología mandragoresca! ¡Cuántas veces! Y seguro que no tardaría mucho en sacar a relucir la historieta de los chimpancés. ¡Válganos el cielo! —¿No se ha fijado usted nunca en los chimpancés del Zoológico? —comenzó, en efecto, Ransom—. La manera que tienen de coger una paja o un pellejo de plátano y después de examinarlos durante unos segundos con apasionada atención… —y aquí Ransom se entregó a una apropiada pantomima simiesca—, luego, de pronto, se cansan, y tiran el objeto que un momento antes parecía absorberles de tal modo, y miran a su alrededor buscando otra cosa… Siempre me han hecho pensar en la Mandragora y en sus invitados. La manera que tiene de empezar, cuando parece pendiente de uno, como si uno fuera en aquel momento el eje del mundo, y luego, de pronto…

Gregory no pudo aguantar más. Farfulló a *Miss* Camperdown unas palabras sobre alguien que acababa de ver y con quien necesitaba urgentemente hablar, y se escabulló. Otra vez el « Usted perdone…» y el sortear la muchedumbre. ¡Ah! ¡La sordidez, la espantosa melancolía de todo aquello! En un rincón se encontró

al joven Crane con otros dos o tres, todos ellos copa en mano.

—¡Ah! ¡Crane! —exclamó Gregory—. ¡Por amor de Dios, dígame dónde se puede conseguir algo de beber!

Aquel dorado fluido le parecía ya la única esperanza Crane señaló en dirección al arco del medio punto que comunicaba con la parte posterior del salón. Sin hablar palabra, levantó el vaso, se lo acercó a los labios y por encima guiñó el ojo a Gregory. Su rostro era ya, por sí solo, un siniestro. Gregory siguió escurriéndose por entre la multitud. « Usted perdone…» , decía en voz alta, pero en su fuero interno iba diciendo: « ¡Válgame el cielo!» .

Al fondo del salón se levantaba una mesa con botellas y copas. El borracho de profesión se hallaba sentado en un sofá cercano, copa en mano, haciéndose a sí mismo las más variadas consideraciones personales sobre todo aquel que caía a tiro de su voz.

—¡Por los clavos de Cristo! —estaba diciendo en el momento en que Gregory llegó, por fin, a la mesa—. ¡Por los clavos de Cristo! ¡Hay que ver esto! (*Esto* era la cenceña Mrs. Labadie en tisú de oro constelado de perlas). ¡Por los clavos de Cristo!

Mrs. Labadie se había asido ya a un joven de aspecto tímido, atrincherado tras de la mesa.

—Dígame usted, Mr. Foley —musitó, acercando mucho su faz equina a la del joven y hablando con acento suplicante—: usted que sabe *tanto* de matemáticas, dígame…

—¿Es posible? —bramó el borracho de profesión—. ¿Y esto en la alegre y verde Albión? ¡Ja, ja, ja!

Y tronó su risa melodramática.

—¡Majadero! ¡Presuntuoso! —pensó Gregory—. Sin duda el muy idiota se cree un personaje novelesco. El filósofo que ríe, seguramente que bebe y se emborracha porque el mundo es para él un medio inferior. Un pequeño Fausto, como quien dice.

—¡Ah! ¿También Polifemo? —siguió monologueando Paxton—. ¡Delicioso este Polifemito! (Nueva carcajada). ¡El heredero de todos los tiempos! ¡Por los clavos de Cristo!

Dignamente, Gregory se sirvió dos dedos de *whisky*, acabando de llenar el vaso con agua de Seltz. Sí, dignamente: con la gracia y la precisión conscientes del actor que, en la escena, se sirve un *whisky and soda*. Bebió un sorbo; después representó escrupulosamente el papel de quien saca el pañuelo y se suena la nariz.

—¡Y luego querrán que toda esta gente no le haga pensar a uno en la conveniencia de intervenir en la natalidad! —proseguía el borracho de profesión —. ¡Si siquiera hubieran tenido sus progenitores algún trato, por superficial que fuera, con Stopes! ¡Ay! (Suspiro estilizado, shakesperiano).

« ¡Bufón!» , pensó Gregory. Y lo peor es que si uno se lo llamase, el muy mamarracho pretendería que ya se lo había estado llamando él a sí mismo todo el tiempo. De manera que, en realidad, no habría por dónde atacarle. Aunque lo cierto es que, en el fondo, el tal se cree una especie de Musset o de Byron modernizado; un alma noble, ensombrecida y amargada por la experiencia. ¡Qué asco!

Siempre aparentando ignorar la presencia del borracho de profesión, Gregory se fue entregando, una tras otra, a las acciones del hombre que bebe a sorbitos.

—¡Qué claro lo presenta usted! —exclamaba Mrs. Labadie, a quemarropa sobre el joven matemático.

Exclamación acompañada, como es natural, de una sonrisa. (« ¡Qué expresión tan tremendamente humana tiene el caballo!» , pensó Gregory).

—Pues bien —argüía, nerviosamente, el joven matemático—, si ahora llegamos a Riemann…

—¡Riemann! —repitió Mrs. Labadie, como arrobada—. ¡Riemann! —como si el alma entera del geómetra estuviese en su nombre.

Gregory deseó encontrar alguien con quien hablar, alguien que le aliviase de la necesidad de representar el papel de indiferencia ante los ojos escrutadores de Paxton. Por lo pronto, se reclinó en la pared, en la actitud de quien cae, súbitamente, en una meditación abstrusa. Con expresión pensativa y ausente, se dio a contemplar un punto muy alto de la pared de en frente, casi en la línea de intersección con el techo. Sin duda, ya la gente se estaría preguntando el objeto de su meditación, pensó. ¿Y cuál era realmente ese objeto? Él mismo, no cabía duda; él mismo. ¡Vanidad, vanidad! ¡Ah, la sordidez, la melancolía de todo ello!

—¡Polifemo!

Fingió no oír.

—¡Polifemo!

Y esta vez fue como un tronido.

Gregory exageró levemente el papel del que se ve arrancado bruscamente de una honda meditación. Con un estremecimiento, parpadeando, como un si es no es deslumbrado, volvió la cabeza.

—¡Ah! Paxton… —dijo—. ¡Sileno! No me había fijado que estaba usted ahí.

—No ¿eh? —repuso el borracho de profesión—. Hizo usted muy bien. No en balde es usted tan inteligente. ¿Y en qué, si puede saberse, estaba usted pensando ahí, de modo tan pintoresco?

—¡Oh, en nada! —contestó Gregory, con la modesta cortedad del pensador cogido *in fraganti*.

—¡Lo que yo me figuraba! —replicó Paxton—. ¡En nada!… Naturalmente. ¡En nada!… ¡Jesucristo! —añadió, para sí.

La sonrisa de Gregory era un tanto desmayada. Desviando el rostro cayó

nuevamente en meditación. Por el momento, le parecía que era lo mejor que podía hacer. Con expresión soñadora, como quien no se da cuenta de lo que está haciendo, apuró el vaso.

—¡La verdad es que esto parece un funeral! —oyó que murmuraba entre dientes el borracho de profesión—. ¡Triste! ¡Triste!

—¿Qué tal, Gregory?

Gregory dio nuevamente uno de sus elegantes respingos, y tuvo un segundo parpadeo. Por un momento había temido que Spiller fuera a pasar de largo, respetando su meditación. Cosa que no habría dejado de ser molesta.

—¡Spiller! —exclamó, con tanto deleite como sorpresa—. ¡Mi querido Spiller! —Y se apresuró a estrecharle la mano.

De rostro cuadrado, con una boca ancha y una frente inmensa, enmarcada por una cabellera abundante y rizosa, Spiller tenía todo el aspecto de una celebridad victoriana. Sus amigos sostenían que muy bien hubiera podido ser una celebridad georgiana, a no preferir la conversación a la literatura.

—Pasando el día nada más —explicó Spiller—. No hubiera podido soportar una hora más de cochino campo. Todo el día trabajando. Sin más compañía que la mía propia. ¡Yo, que me aburro a mí mismo mortalmente! —Y se sirvió su *whisky and soda*.

—¡Santo cielo! ¡El grande hombre! ¡Ja, ja!… —Y el borracho de profesión se cubrió el rostro con las manos y se estremeció de pies a cabeza.

—¿Quiere usted decir que vino a Londres especialmente por esto? —inquirió Gregory, indicando con la mano la reunión en su torno.

—No; especialmente, no. Incidentalmente. Me dijeron que Hermione daba una reunión, y se me ocurrió venir…

—¿Por qué demonios vendrá uno a las reuniones? —observó Gregory, asumiendo inconscientemente algo de la modalidad amargada y byroniana del borracho de profesión.

—Para satisfacer los anhelos del instinto gregario —replicó Spiller a la retórica pregunta, sin vacilar y con un aire pontifical de infalibilidad—. Lo mismo que persigue uno a las mujeres para satisfacer los requerimientos del instinto de reproducción.

Spiller daba a cuanto decía una resonancia científica que impresionaba. Así Gregory, cuyo espíritu era un tanto propenso a las vaguedades, lo encontraba muy estimulante.

—¿Quiere usted decir que venimos a las reuniones simplemente por encontrarnos en medio de una muchedumbre?

—Exactamente —repuso Spiller—. Para sentir el calor del rebaño en torno nuestro, y olfatear el tufillo de nuestros semejantes, simplemente. —Y husmeó un momento el aire denso y caliginoso de la estancia.

—Es muy posible que tenga usted razón —asintió Gregory—. Lo cierto es

que cuesta trabajo dar con otra.

Y Gregory miró en torno suyo por toda la habitación, como buscando otras razones. Y, con no poca sorpresa suya, he aquí que encontró otra: Molly Voles. Hasta entonces no la había visto; sin duda acababa de llegar.

—Se me ha ocurrido una idea estupenda para un nuevo periódico —comenzó a exponer Spiller.

—Sí, ¿eh? —preguntó Gregory, sin demasiada curiosidad—. (¡Qué cuello tan precioso el de Molly!, pues ¡y los brazos!…).

—Arte, literatura y ciencia —continuó Spiller—. La idea no puede ser más moderna. Es poner a la ciencia en contacto con las artes, y de este modo, en contacto con la vida. Vida, Arte, Ciencia… Es indudable que las tres irían ganando. ¿Comprende usted mi propósito?

—SÍ —contestó Gregory—, ya me doy cuenta…

En realidad, estaba mirando a Molly, y tratando de llamar su atención. Al fin consiguió captar su mirada, aquella mirada gris, tranquila y fría. Molly sonrió y le saludó con una inclinación de cabeza.

—¿Le parece a usted bien la idea? —insistió Spiller.

—¡Espléndida! —contestó Gregory, con un entusiasmo súbito que asombró a su interlocutor.

La ancha faz severa de Spiller sonrió complacida.

—¡Ah!, lo celebro —dijo—; celebro que le parezca a usted tan bien.

—¡Espléndida! ¡Espléndida! —reiteró Gregory, extravagantemente—. Lo que se dice espléndida. (Pensaba que Molly había parecido realmente contenta de verle).

—Por cierto —prosiguió explicando Spiller con una estudiada indiferencia—, por cierto que, ahora que pienso, ¿quizás a usted le interesaría contribuir a poner en marcha la cosa? Por mi parte, no habría inconveniente. Y creo que con unas mil libras de base podría holgadamente darse el primer impulso…

El entusiasmo se apagó en el rostro de Gregory, que recobró bruscamente su redondez eclesiástica.

—Si yo tuviese esas mil libras, crea usted… —se excusó melancólicamente, moviendo la cabeza—. (¡Un cuerno! —pensó—. ¡A buena hora me pescan a mí!).

—¿El qué? —acosó Spiller—. Pero, mi querido amigo… (risa brevemente despectiva, y a la par tentadora). ¡Si al fin y al cabo es una inversión al seis por ciento! Usted no sabe la plana magnífica de colaboradores con que yo podría contar desde el comienzo…

—Sí, sí… no digo que no… —y Gregory meneó de nuevo la cabeza.

—Sin contar —siguió asediando Spiller— que sería usted un bienhechor de la sociedad.

—Imposible —afirmó Gregory, plantándose con la firmeza de un rucio que

no está dispuesto a moverse del sitio.

Precisamente, el dinero era el único punto sobre el cual no le costaba ningún trabajo sentirse inconmovible.

—Vamos, vamos… —prosiguió Spiller—. ¿Qué son mil libras para un millonario como usted? ¿No ha heredado usted?… Vamos a ver, ¿cuánto ha heredado usted?

—Mil doscientas libras de renta —afirmó Gregory, mirándole, vidriosamente, de hito en hito—. Alrededor de eso… mil cuatrocientas a lo sumo… (De sobra veía que Spiller no le creía. ¡El muy…! No es que él esperase que le creyera, no; no obstante…). Y eso sin contar con los impuestos —añadió, quejumbrosamente—. Y las obras de caridad a que tiene uno que contribuir… (Y aquel billete de cinco libras que se prometió enviar al London Hospital se le vino a las mientes). El London Hospital, por ejemplo, al que es un deber ayudar. (Nuevo y melancólico meneo de cabeza). Imposible, crea usted, imposible…

Y pensó en todos los obreros que había sin trabajo; diez muchedumbres de día de Derby, medio muertas de hambre, con estandartes y charangas. Se sintió enrojecer… ¡Al diantre este Spiller! ¡Habráse visto!…

Dos voces sonaron simultáneamente en sus oídos: la del borracho de profesión, y otra voz, ésta de mujer… ¡La de Molly!

—¡El súcubo! —gruñó el borracho de profesión—. *Il ne manquait que ça!*

—¿Imposible? —preguntó la voz de Molly, repitiendo inesperadamente su última palabra—. Y ¿qué es lo que es imposible?

—Pues… —repuso Gregory, todo cortado y vacilante.

Al cabo, fue Spiller el que lo explicó.

—¡Pues claro está que Gregory puede poner esas mil libras! —decidió Molly, en cuanto se hubo enterado de la cuestión.

Y le miró indignada, despectiva, como echándole en cara su avaricia.

—En ese caso, sabe usted más que yo —se defendió Gregory, tratando de tomar la tangente de la chanza, aun posible. Y acordándose de lo que aquel amigo mundano (y ¡con qué éxito de mundo!) le enseñara referente a los cumplidos—: ¡Qué deliciosa está usted con ese traje blanco, Molly! —Y la frivolidad de la sonrisa fue atemperada con una expresión de ojos, a la vez intencionada y tierna—. ¡Exquisita! —subrayó, calándose el monóculo para mirarla.

—¡Gracias! —dijo ella, devolviéndole resueltamente la mirada.

Los ojos de Molly eran tranquilos y luminosos. Contra aquella mirada firme y penetrante, la intención y la ternura de Gregory fracasaban irremediablemente. En vista de ello, apartó los ojos y dejó caer el monóculo. Este monóculo iba siendo ya como un arma que no se atreviera o no supiese usar. Y, además, le ponía en ridículo. Gregory acababa de sentirse como la equina Mrs. Labadie flirteando coquetonamente con su abanico.

—De todos modos, yo no me niego a examinar la cuestión —dijo a Spiller, contento de encontrar un pretexto que le permitiera escapar de aquellos ojos—. Pero le aseguro a usted que, realmente, no puedo… Por lo menos, las mil enteras —añadió, comprendiendo, desesperadamente, que se había visto obligado, bien contra su voluntad, a rendirse.

—¡Molly! —vociferó el borracho de profesión.

Molly, obediente, fue a sentarse a su lado.

—¿Qué tal, Tom? —dijo, descansando una mano sobre la rodilla de él—. ¿Cómo te sientes?

—Como siempre que tú estás cerca —contestó trágicamente el borracho de profesión—, ¡loco! —Y pasándole el brazo sobre los hombros, se inclinó hacia ella—. ¡Loco de remate!

—Bueno, por lo pronto, ya sabes que no me gusta esa manera de sentarse —le regañó ella, muy risueña, mirándole fijamente, como, por otra parte, él a ella.

Al cabo de un instante, Paxton retiró el brazo y se reclinó en un rincón del sofá.

Observándolos, Gregory quedó súbitamente convencido de que se entendían. ¡La atracción, sin duda, de lo más bajo! Al fin y al cabo, todos los amantes de Molly habían sido por el estilo: todos rufianes.

Gregory se volvió hacia Spiller.

—¿Le parece a usted que nos vayamos a casa? —sugirió, interrumpiéndole a mitad de un largo discurso sobre el proyectado periódico—. Tendremos más tranquilidad, y un aire menos mefítico. (Molly y Paxton. ¡Molly y aquella bestia alcohólica! ¿Era posible? ¡Era seguro! No cabía la menor duda). Vámonos lo antes posible de este lugar lamentable —insistió.

—Como usted guste —acordó Spiller—. Un último trago de *whisky* para ayudarnos a hacer la travesía.

Gregory bebió casi medio vaso de *whisky* puro, sin aditamento de agua. A los pocos pasos, calle abajo, comprendió que estaba un tanto achispado:

—Me parece que mi instinto gregario no debe estar muy desarrollado que digamos —confió a Spiller—. ¡Lo que detesto las apreturas! (¡Hay que ver: Molly y Sileno-Paxton! Se imaginaba ya sus amores… Y él, que se figuró que ella se había alegrado de verle la primera vez, poco antes, cuando se cruzaron sus miradas).

Llegaron a la plaza de Bedford. Los jardincillos estaban tan misteriosos como un boscaje campestre. Campo fuera, *whisky* dentro, combináronse para dar voz a la melancolía de Gregory. *Che faro senza Euridice?*, comenzó a cantar suavemente.

—Pues pasarse perfectamente sin ella —intervino Spiller, replicando a la letra—. Ése es, precisamente, el timo y la estupidez del amor. Cada vez se siente uno convencido de que es algo maravilloso y eterno; y tres semanas después se

empieza uno a aburrir en compañía del ser amado u otro ser le pone a uno los ojos en blanco, con el resultado de que aquellas emociones y sentimientos infinitos cambian de objeto… para otra eternidad de tres semanas. ¡Un bromazo! Eso es lo que es. Tan estúpido como desagradable. Pero ¿qué quiere usted? El humorismo de la naturaleza rara vez está a nuestro alcance.

—¿Entonces, para usted, ese sentimiento divino no es sino una broma? —exclamó Gregory, indignado—. ¡Pues para mí no lo es! ¡No, señor! Para mí representa algo real, fuera de nosotros, que integra la estructura del universo…

—Un universo diferente con cada querida ¿eh?

—Pero ¿y cuando acontece una vez sola en la vida? —preguntó Gregory, con voz pastosa. Y le entraron deseos de contar a su amigo lo desgraciado que le había hecho Molly, y hasta qué punto se había sentido siempre más desgraciado que nadie.

—Nunca ocurre semejante cosa —aseguró Spiller.

—¿Y si yo le digo a usted que sí? —rebatió Gregory, hipando.

—En ese caso, será por falta de oportunidades —repuso Spiller, con su acento más decisivamente científico, completamente *ex cathedra*.

—No estoy de acuerdo con usted —fue cuanto pudo argüir, débilmente, Gregory. Y decidió no sacar a relucir su desgracia. Spiller no podía entenderle. Era un espíritu demasiado tosco.

—Personalmente —continuó Spiller—, hace tiempo que he dejado de hacerme ilusiones sobre el particular. Acepto esas emociones infinitas simplemente por lo que son… muy estimulantes y muy tónicas mientras duran… sin intentar explicarlas ni razonarlas. Es el único modo sano y científico de considerar los hechos.

Hubo un silencio. Habían entrado en el resplandor de la calle de Tottenham Court. El asfalto bruñido reflejaba los arcos voltaicos. Las entradas de los cines semejaban cavernas de refulgente claridad amarilla. Dos autobuses pasaron de largo rugiendo.

—Muy peligrosas esas emociones infinitas —prosiguió Spiller—; muy peligrosas. Una vez, recuerdo que una de ellas estuvo a punto de hacerme caer en el garlito conyugal. La cosa empezó a bordo de un trasatlántico. Usted ya sabe lo que son los trasatlánticos; el singular efecto afrodisíaco que ejercen los viajes por mar sobre la gente; en especial sobre las mujeres. Realmente, valía la pena de que algún fisiólogo competente estudiara la cuestión. Probablemente, no es sino el resultado del ocio, de la sobrealimentación y de la constante cercanía… aunque dudo que, dadas las mismas circunstancias en tierra, los efectos fueran también los mismos. Quizás el cambio total de ambiente, la variación del paisaje terrestre al paisaje acuático, contribuya a socavar los habituales prejuicios de tierra. Acaso también la misma brevedad del viaje ayude… esa sensación de fugacidad, que nos debe llevar, según el poeta, a coger las rosas de la vida

mientras permanecen intactas sobre el rosal. ¡Quién sabe! (Encogimiento de hombros). En todo caso, no cabe duda que es muy singular… Pues sí, la cosa empezó, como le decía, en un trasatlántico… Gregory escuchaba. Hacía unos minutos que las frondas de la plaza de Bedford habían rumoreado en la oscuridad de su alma, nublada por el *whisky*. Las luces, el estrépito, el tráfago de la calle de Tottenham Court, se extendían ahora tanto detrás como delante de sus ojos. Escuchaba, apretando los dientes. La historia duró sin dificultad hasta Charing Cross Road.

En el momento de tocar a su fin, ya Gregory se sentía en una disposición perfectamente eutrapélica y rosada. Se había asociado además con Spiller; las aventuras de éste eran ya suyas. Conteniendo a duras penas la risa, volvió a insertarse el monóculo, que había estado colgado todo este tiempo al extremo de su cordoncillo, tintineando a cada paso contra los botones de su chaleco. (Un corazón hecho pedazos, ya se comprenderá, a poca sensibilidad que se tenga, que no puede, en manera alguna, usar monóculo). ¡Ah, él también se iba haciendo ya perro viejo! Tuvo un acceso de hipo, al que vino a mezclarse un cierto asomo de náuseas, que entibió un tanto su jocundidad. (¡Oh, nada más que un adorno levísimo!). Sí, sí; él también sabía lo que era la vida en los trasatlánticos…, aunque su viaje más largo por mar había sido de Newhaven a Dieppe.

Al llegar a Cambridge Circus, la gente salía de los teatros. Las aceras estaban atestadas; el aire, impregnado de ruido y de perfumes femeninos. Arriba, los anuncios eléctricos guiñaban sus luces. Los vestíbulos de los teatros relumbraban. Era un lujo vulgar y plebeyo, al que Gregory se sentía fácilmente superior. A través de su ojo de cíclope, examinaba inquisitivamente a cada mujer que pasaba por su lado. Sentíase prodigiosamente ligero, e importándole todo un bledo (las náuseas seguían sin pasar del estado de una simple insinuación), maravillosamente alegre, y… sí, esto era lo curioso… grande, más grande, más vasto que la vida. En cuanto a Molly Voles, ya vería ella.

—¡Deliciosa criatura! —exclamó, de pronto, señalando hacia una salida de teatro, oro y seda, rematada por una cabecita dorada y rizosa.

Spiller asintió, indiferente.

—En cuanto a nuestro periódico —dijo pensativamente—, estaba pensando que podríamos empezar con una serie de artículos sobre la base metafísica de la ciencia, las razones históricas y filosóficas que nos asisten, para dar por sentado que la verdad científica es tal verdad.

—¡Hum! —comentó Gregory.

—Al mismo tiempo, otra serie sobre el significado y la finalidad del arte. En ambos casos, comenzando la campaña desde un principio. ¿Qué, no le parece a usted una buena idea?

—Excelente —corroboró Gregory.

Una de sus miradas monoculares había sido recibida con una sonrisa de

invitación. Claro está que ella era una profesional; y fea, desgraciadamente. Con altivez, como si no hubiese reparado en ella, Gregory pasó de largo.

—Si Tolstoy tenía o no razón —argumentaba reflexivamente Spiller—, es cosa que no me atrevería a decidir. ¿Que la función del arte es, como él pretende, la transmisión de la emoción? Admitido; pero en parte solamente, no como finalidad exclusiva. —Y Spiller sacudió su cabeza con aire definitivo.

—Me parece que cada vez me siento más mareado —apuntó Gregory más para sí que para su acompañante. Todavía podía andar correctamente; a pesar de todo, se daba cabal cuenta sobrada del hecho. Y aquella leve sospecha de náuseas iba cobrando, por segundos, más y más fundamento.

Spiller no le oyó, o bien, si le oyó, no dio importancia a la cosa.

—Para mí —continuaba perorando—, la función principal del arte es la trasmisión del conocimiento. El artista sabe, conoce más que el resto de los hombres. Nació sabiendo de su alma más de lo que nosotros sabemos de la nuestra, y más también sobre las relaciones que median entre su alma y el cosmos. Anticipa lo que, más tarde, en una fase ulterior de desarrollo será conocimiento común a todos. La mayoría de nuestros contemporáneos son hombres primitivos comparados con los grandes artistas del pasado.

—Exacto —apoyó Gregory, sin oír. Sus pensamientos estaban en otra parte, con sus ojos.

—Además —continuó Spiller—, el artista puede decir lo que sabe, y decirlo de tal manera, que nuestro conocimiento rudimentario, incoherente y parcial de aquello de que está hablando, viene a caer en una especie de molde o patrón… como las limaduras de hierro bajo la influencia del imán.

Allí en un grupo junto al borde de la acera, deliciosamente, provocativamente jóvenes, se erguían tres muchachitas. Charlaban entre sí, miraban con ojos chispeantes y burlones a los transeúntes comentando lo que había que comentar en voz perfectamente inteligible, riendo con carcajadas agudas e irrefrenables… Al acercarse Spiller y Gregory, los vio una de ellas, que se apresuró a dar con el codo a sus compañeras:

—¡Santo Dios! —Y arreciaron en sus carcajadas, desternilladas de risa.

—¡Fíjate en el viejo Golliwog! —Esto iba por Spiller, que caminaba con la cabeza descubierta, en la mano el ancho fieltro gris.

—¡Pues y el del cristalito!…

Huelga decir que esto, a su vez, iba dedicado al monóculo de Gregory.

—Este poder magnético —prosiguió, impertérrito, Spiller, ignorante de la amable mofa de que era objeto—, este poder de organizar el caos mental en una norma o patrón, es lo que hace a una verdad, expresada artísticamente, en poesía, más valiosa que una verdad, expresada científicamente, en prosa.

Amablemente, en juego, Gregory amenazó con el dedo a las burlonas. Lo que, como es natural, sirvió para atizar la risa. Por fin, los dos hombres las

dejaron atrás. Sonriendo, Gregory se volvió un momento. Y se sintió más ligero y gozoso que nunca. Aunque la leve sospecha iba convirtiéndose, a pasos agigantados, en certidumbre.

—Así, por ejemplo —seguía disertando Spiller—, yo puedo saber que todos los hombres son mortales. Pero esta noción adquiere forma, estructura, y hasta puede decirse que se agranda y ahonda, cuando Shakespeare habla de todos nuestros ayeres, habiendo iluminado a necios el camino hacia el polvo de la muerte.

Gregory estaba tratando de buscar una excusa para dar esquinazo a su acompañante, y volver atrás, a reunirse con las tres gracias. Las amaría a las tres, simultáneamente.

La touffe echevelée
De baisers que les dieux gardaient si bien mélée.

La frase mallarmeana le venía a las mientes, revistiendo sus vagos deseos (¡qué razón tenía el viejo Spiller… el muy idiota!) de las más elegantes formas. Las palabras de Spiller llegaban a él como a través de una gran lejanía.

—Y la obertura de *Coriolano* es un ejemplo de conocimiento nuevo, así como un compuesto de conocimiento caótico del día.

A Gregory se le ocurrió si propondría el hacer alto un momento en el café Mónico, para pretextar luego una necesidad cualquiera, y poder, así, escurrir el bulto. La verdad es que aquel viejo idiota se estaba poniendo insoportable con su conferencia. Es muy posible que, en un momento adecuado, todo aquello hubiese sido del mayor interés. Pero en aquél precisamente… ¡Y pensar que el muy majadero estaría regocijándose en sus adentros a la idea de que le iba a sacar las mil libras! ¡Sí, sí!… Ya Gregory le entraron ganas de echarse a reír alto. Pero la conciencia de que su mareo había, al fin, tomado una forma tan nueva como inquietante, venía a turbar la euforia de aquel sarcasmo.

—Algunos de los paisajes de Cézanne… —oyó aún que decía Spiller.

Bruscamente, de un portal, a pocos pasos lenta y trémulamente, surgió una cosa: un paquete de negros guiñapos, sostenido por un par de botas desvencijadas, y coronado por un remedo de sombrero. Este bulto tenía un rostro demacrado y arcilloso. Y manos, con una de las cuales extendía una bandejita con cajas de fósforos. Y el bulto abrió la boca, en la cual faltaban dos o tres dientes, seguramente tan sin brillo en un tiempo como los que quedaban, y cantó; pero todo ello de modo imperceptible. Gregory, sin embargo, creyó reconocer el « Más cerca, ¡oh mi Señor!, de ti…» . Se fueron acercando.

—Algunos frescos de Giotto, algunas esculturas griegas primitivas… —Y Spiller se lanzó en una interminable catalogación.

El bulto los miraba, y Gregory miraba al bulto. Los ojos de ambos se

encontraron. Y la órbita de Gregory se dilató, dejando caer a plomo el monóculo. Su mano derecha exploró un instante el bolsillo correspondiente del pantalón, donde acostumbraba a guardar la plata menuda, buscando una monedita de seis peniques… aunque fuera de un chelín. Pero he aquí que el bolsillo no contenía sino cuatro medias coronas, cuatro monedas de dos chelines y medio. ¿Media corona? ¿Le daría media corona?… Vacilante, fue sacando una de las monedas casi hasta la abertura del bolsillo… pero, antes de llegar a ésta, ya había vuelto a caer al fondo, con un leve retintín. En vista de ello, sumergió la mano izquierda en el otro bolsillo del pantalón, y la sacó llena de calderilla. Tres peniques y medio cayeron sonoramente sobre la bandejita extendida.

—No, no necesito cerillas —profirió, con generosidad.

La gratitud interrumpió el himno. En su vida se había sentido Gregory tan avergonzado. El monóculo tintineaba de nuevo contra los botones del chaleco. Pensándolo mucho, y muy atento a lo que hacía, fue colocando un pie tras el otro, caminando con corrección, pero como quien camina por un alambre. ¡Ah, pluguiese a Dios que él no hubiera estado bebido, ni hubiera deseado con tanta precisión aquella «guedeja enmarañada de besos»! ¡Tres peniques y medio! Pero nadie le impedía volver atrás y darle media corona, o dos medias coronas. Nadie le impedía correr atrás… Paso a paso, siempre como si anduviese sobre el alambre, continuó avanzando, a compás con Spiller. Cuatro pasos, cinco pasos… once, doce, trece pasos… ¡Ah, la mala suerte! Dieciocho pasos, diecinueve… ¡Demasiado tarde! Ahora sería demasiado ridículo el volver atrás; sí, no cabe duda que sería una estupidez. Veintitrés, veinticuatro pasos… La leve sospecha, el vago asomo, era ya una certidumbre de náuseas, una creciente e irrefragable certidumbre.

—Al mismo tiempo —decía Spiller—, no veo cómo la mayor parte de las verdades e hipótesis científicas pueden llegar nunca a constituir un tema para el arte. No veo la manera de darles un sentido poético, emotivo, sin hacerles perder su exactitud. ¿Cómo va usted, pongo por caso, a expresar en una forma literaria, conmovedora, la teoría electromagnética de la luz? ¡Imposible, de todo punto imposible!

—¡Por amor de Dios! —gritó Gregory, en un súbito estallido de furor—. ¡Por amor de Dios, calle usted esa boca! ¿Cómo es posible que pueda usted hablar tanto? —Un hipo, más profundo y amenazador que hasta entonces, vino a cortarle la indignación.

—¿Y por qué no? —preguntó Spiller, con una indulgente sorpresa.

—¡Hablar de arte, ciencia y poesía —exclamó Gregory trágicamente, casi con lágrimas en los ojos—, cuando hay dos millones de personas en Inglaterra a pique de morirse de hambre! ¡Dos millones! —Pensó que esta repetición interjectiva pondría más de relieve el horror del caso; pero nuevamente vino el hipo a interrumpirle, cercenando el efecto: no cabía duda que, de momento en

momento, iba empeorando—. ¡Viviendo en tabucos hediondos —logró, no obstante, proseguir, aunque en *decrescendo*—, amontonados como bestias…, peor aún que los animales!…

Habían hecho alto, y se hacían frente uno al otro.

—¿Cómo puede usted?… —repetía Gregory, tratando de renovar la generosa indignación de un momento antes. Pero las angustias precursoras de la catástrofe rampaban ya estómago arriba, como los miasmas de un pantano, ocupando por entero su espíritu, desalojando de él todo pensamiento, toda emoción que no fuera el temor a la cosa repugnante que amenazaba producirse.

La ancha faz de Spiller perdió súbitamente su apariencia monumental, de celebridad victoriana, como si, de pronto, se viniera a tierra, hecha añicos. Su boca se abrió, los ojos se replegaron hacia arriba, la frente se quebró en arrugas, y los dos surcos que corrían, desde ambos lados de la nariz a las comisuras de la boca, se dilataron y contrajeron frenéticamente, como un par de abridores de guantes atacados de demencia. Un volumen inmenso de sonido irrumpió de todo él. Su corpachón se estremecía de pies a cabeza bajo el ímpetu de aquella risa titánica.

Pacientemente —la paciencia era ya lo único que quedaba en él; paciencia y una esperanza cada vez más esfumada— esperó Gregory a que pasase aquel paroxismo. No cabía duda: se había puesto en ridículo, y se estaban burlando de él. Pero él se sentía por encima de aquella burla.

Poco a poco, Spiller fue recobrando el uso de la palabra.

—¡Es usted magnífico, amigo mío! —dijo, al fin, medio ahogado aún por la risa, y con lágrimas en los ojos—. ¡Lo que se dice estupendo!…

Y tomándole afectuosamente de un brazo, y todavía riendo, le arrastró consigo.

Gregory se dejó hacer. ¡Qué remedio le quedaba!

—Si le parece a usted, tomaremos un taxi —se atrevió a decir, al cabo de unos pasos.

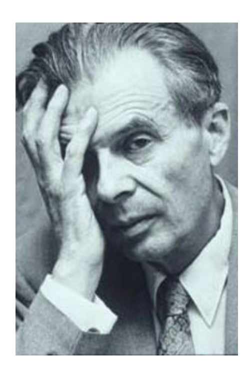
—¿Cómo, a su casa ya? —exclamó Spiller.

—Sí, me parece que es lo mejor que podemos hacer —insistió Gregory.

Al subir al vehículo, se las arregló de manera que el cordoncillo del monóculo se enredase en la manija de la portezuela. El cordoncillo estalló, y el cristal fue a caer sobre el suelo del coche.

Spiller lo recogió y se lo entregó.

—Gracias —dijo Gregory, guardándolo en el bolsillo, y poniéndolo así ya en la imposibilidad de hacer daño.



ALDOUS LEONARD HUXLEY (26 de julio de 1894, en Godalming, Surrey, Inglaterra – 22 de noviembre de 1963, en Los Ángeles, California, Estados Unidos), fue un escritor anarquista británico que emigró a los Estados Unidos. Miembro de una reconocida familia de intelectuales, Huxley es conocido por sus novelas y ensayos, pero publicó relatos cortos, poesías, libros de viaje y guiones. Mediante sus novelas y ensayos, Huxley ejerció como crítico de los roles sociales, las normas y los ideales. Se interesó, asimismo, por los temas espirituales, como la parapsicología y el misticismo, acerca de las cuales escribió varios libros. Al final de su vida estuvo considerado como un líder del pensamiento moderno.